

FLORENCE·DU·CANE

LAS  
ISLAS·CANARIAS

ILUSTRADO·POR  
ELLA·DU·CANE

LAS ISLAS CANARIAS

# LAS ISLAS CANARIAS

POR  
FLORENCE DU CANE

CON 20 PÁGINAS ILUSTRADAS  
A COLOR POR ELLA DU CANE



Traducción y Prólogo  
ÁNGEL HERNÁNDEZ

Título original: THE CANARY ISLANDS

Edición inglesa: LONDON, 1911

● Florence Du Cane

Edición al cuidado de Carlos Gaviño de Franchy

●



Viceconsejería de Cultura y Deportes.  
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-7947-040-2

Depósito Legal: M. 13.475-1993

Foromecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51. - 28045 Madrid

# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	
I. TENERIFE .....	11
II. TENERIFE (Continuación) .....	31
III. TENERIFE (Continuación) .....	43
IV. TENERIFE (Continuación) .....	61
V. TENERIFE (Continuación) .....	79
VI. TENERIFE (Continuación) .....	95
VII. TENERIFE (Continuación) .....	103
VIII. GRAN CANARIA .....	115
IX. GRAN CANARIA (Continuación) .	125
X. GRAN CANARIA (Continuación) .	137
XI. LA PALMA .....	147
XII. LA GOMERA .....	157
XIII. FUERTEVENTURA, LANZAROTE Y EL HIERRO .....	163
XIV. BOSQUEJO HISTÓRICO .....	171

## ILUSTRACIONES

	<u>Págs.</u>
Un patio .....	III
Almendros en flor .....	V
Una calle del Puerto de La Orotava .....	VII
El Pico, desde La Orotava .....	IX
Santo Domingo. La Orotava .....	XI
Realejo Alto .....	XIII
Entrada a una villa española .....	XV
Puerto de La Orotava .....	XVII
Statices y orgullo de Tenerife .....	XVIX
La Paz .....	XXI
Jardín Botánico. La Orotava .....	XXIII
El Sitio del Pardo .....	XXV
Convento de San Agustín. Icod de los Vinos .....	XXVII
Las Palmas .....	XXIX

	<u>Págs.</u>
Un balcón antiguo .....	XXXI
Carro cargado de plátanos .....	XXXIII
Una vieja cancela .....	XXXV
Pino canarió .....	XXXVII
San Sebastián .....	XXXIX
Un jardín español .....	XLI

## PRÓLOGO

*LA literatura de viajes, singularmente la de tiempos pasados, goza hoy de un creciente interés por parte de los lectores. Por ello, cabe preguntarnos sobre el origen de este interés —y, paralelamente, sobre lo que pretendieron los autores— para averiguar si, a pesar del tiempo que separa aquéllos de éstos, hay algún punto de coincidencia entre la expectativa que atrae el interés de los primeros y la intención que motivó la inspiración de los segundos. De existir tal coincidencia, resulta vital para la supervivencia de la obra, porque el sostenido interés del lector, y no otra cosa, es lo que confiere permanente vitalidad al impulso creador del que escribe. Por encima del tiempo, se mantiene una especie de tensión entre lo que espera el lector y lo que ha ofrecido el autor. Posiblemente, en ningún otro género literario se produce, de manera tan clara, esta relación que nace, fundamentalmente, de actitudes profunda e ineludiblemente humanas, definidas, quierase o no, por ideas preconcebidas de una y otra parte,*



*ya que la plena y pura objetividad es casi inalcanzable virtud sobrehumana.*

*Hay, claro está, viajeros y viajeros; pero, casi sin excepción, todo el que viaja siente en su interior el recóndito afán de contar, más tarde, lo que ha visto. La mayoría no pasa de ahí; pero una minoría, selecta minoría, plasma por escrito sus observaciones y, aún mejor, sus descubrimientos. El viajero escritor —y, mucho más, el escritor viajero— sale de su casa predispuesto a descubrir algo nuevo en su punto de destino, pero sólo los verdaderos y raros descubridores, movidos de positivo interés, de penetrante curiosidad, de aguda visión y de libérrimo espíritu crítico y analítico, logran genuinos descubrimientos. Los más, llevan, a priori y dentro de sí, sus futuros “descubrimientos”, ven lo que otros han visto y descubren lo que otros han descubierto.*

*Estos últimos son los que defraudan las expectativas del consciente lector de relatos de viajes que, en el mejor de los casos, desea apagar su sincera sed de objetividad, especialmente cuando se trata de descripciones pretéritas de su propia tierra. Busca este lector la desapasionada visión ajena, la crítica ponderada, el análisis justo, el cómo y el por qué de cada hecho, en un intento de precaverse contra sus pro-*

*pios deseos e ideas preconcebidas, y de conocer su pasado a través de lo que han dicho los que de verdad lo han visto y vivido. De esta forma, la limpia curiosidad del buen viajero sirve a la interesada del buen lector, proporcionándole un instrumento de valoración del presente por comparación con el pasado. Aquí reside el vital punto de coincidencia, aquí radica la viva y fructífera relación autor-lector. Posiblemente, aquí está, también, la razón de la creciente curiosidad por los testimonios de los viajeros que antaño visitaron nuestras islas, ahora que estamos sintiendo a flor de piel el siempre renovado interés por conocer nuestros orígenes; ahora que muchos, en ejercicio de pleno amor, libres de vanos chovinismos, vamos sintiéndonos cada vez más abiertos a la comprensión de nuestras pasadas realidades, luminosas unas, sombrías otras, pero todas asumibles. Esta actitud, germen de progreso, aventaja a la del que sólo quiere ver perfecciones en el objeto amado y rehuye el reconocimiento de sus defectos, porque el amor parcial no pasa de ser un menguado amor.*

*Son numerosísimos los viajeros que, desde la conquista de Canarias, visitaron nuestras islas, dejando escritos sus observaciones y recuerdos. Pero, de*

*manera casi general, nuestros visitantes de antaño fueron fundamentalmente científicos atraídos ex profeso por las singularidades de nuestra naturaleza y, en particular, atendiendo al reto de la subida al Teide, siendo escasos los que alargaron sus itinerarios a las otras islas. Por otra parte, el interés de la mayoría de estos visitantes los distingue de los que, con orientación más bien literaria, comentaban, en otras regiones españolas, aspectos sociales que, en Canarias, salvo excepciones, no parecieron merecer su atención. Hay, sin embargo, interesantes testimonios que ahora nos sirven para valorar el alcance de la positiva evolución experimentada por la sociedad canaria a lo largo de sus diferentes ciclos históricos. No es posible decir lo mismo cuando se valora la progresiva y, al parecer, inexorable devastación de muchos de nuestros más bellos parajes; la deforestación, sólo parcialmente compensada por recientes repoblaciones; la irreparable reducción de nuestras reservas de agua, y tantas otras pérdidas quizá justificadas, tal vez inevitables, pero, en todo caso, merecedoras de meditación y de análisis que ahora estarían fuera de lugar, pero que es preciso hacer. Radica aquí el valor testimonial de los libros de viajes, reflejos de luces y sombras de otros tiempos.*

*Luces y sombras encontrará el lector en LAS ISLAS CANARIAS de Ella y Florence Du Cane. Ambas "ladies" británicas, después de visitar Japón, Madeira e Italia, que les inspiraron sendos libros descriptivos de su vegetación y de sus paisajes, vivieron una larga temporada de varios meses en nuestras islas, recorriéndolas, al parecer, todas. En esta obra, que satisface plenamente la relación autor-lector antes descrita, miss Florence, testigo valioso de principios de nuestro siglo, pone a contribución, sobre todo, su casi obsesivo entusiasmo de experta botanista, dando cuenta, con minucioso empeño, de la más humilde florecilla hallada en los más arriscados precipicios, y extasiándose ante la grandiosidad de nuestros paisajes. Pero este exhaustivo interés por la vegetación canaria no le impide observar y reflejar, aunque sin intención analítica, determinados aspectos peculiares de la situación económica y social, contribuyendo a completar la descripción panorámica de aquella época canaria, cuando estaba en sus inicios la nueva etapa de nuestros ciclos económicos caracterizada por el cultivo del plátano.*

*Las ocho o nueve décadas transcurridas desde entonces —poco más de la vida media de una generación— no nos parece mucho tiempo si, a la luz de*

*la descripción de Florence Du Cane, consideramos cómo se ha ido poniendo remedio a aquella casi total inexistencia de vías de comunicación, a los rudimentarios medios de transporte, al bochornoso atraso cultural y a la más que deplorable situación social. En estos aspectos, el balance actual es alentador aunque, sin duda, insuficiente.*

*Nada de cuanto se describe en esta obra resulta dudoso ni discutible, salvo en lo relativo a las incursiones de la autora por los campos de la Historia. Al conocer, no sin asombro, muchas de sus sorprendentes afirmaciones, queremos imaginar que, con la mejor voluntad, pretendió informarse concienzudamente pero que, a la hora de redactar, confió demasiado a la propia memoria que, como es sabido, suele jugar muy malas pasadas. En todo caso, digamos que así se escribe la Historia... cuando se escribe así. Esto que, sólo en escasa medida, empaña el interés y los méritos de la obra, queda confiado a la benévola comprensión del lector. Por mi parte, a fuer de fiel traductor, aunque quizá pecando de excesivamente fiel, no he querido quitar, cambiar, ni comentar en el texto nada de cuanto la autora ha escrito, porque me ha parecido que, de haberlo hecho con la*

*acaso conveniente insistencia, habría restado no poco de su grata espontaneidad.*

*Párrafo aparte, y especialmente elogioso, merece la excelente obra ilustradora de miss Ella Du Cane. Sus exquisitas acuarelas —en las que me parece encontrar el origen de la inspiración y hasta de la manera y del estilo de muy ilustres maestros de la espléndida escuela acuarelistica tinerfeña de la primera mitad de nuestro siglo y sus epígonos— constituyen una extraordinaria y bellísima aportación documental que, por sí sola, avalora esta obra.*

**ÁNGEL HERNÁNDEZ**

## TENERIFE

Muchas personas compartirían, probablemente, mi desilusión al recalar en Santa Cruz. Desde hacía mucho tiempo, yo había observado que pocos lugares coinciden con las ideas preconcebidas. En este caso, la que me había forjado yo no era muy bella; pero, aun así, me sorprendió la absoluta fealdad de la capital de Tenerife.

Un cielo anormalmente despejado en el mar nos había ofrecido nuestra primera vista del Pico, alzándose como una montaña fantástica entre las nubes, a cien millas de distancia; pero, cuando nos acercamos a tierra, se habían concentrado aquellas nubes y el cono estaba envuelto en un velo de niebla. Vista desde el mar, no decepciona la primera impresión de la isla. La cadena de montañas, en dientes de sierra, parecía despeñarse sobre la costa, desgarrada por

algún cataclismo natural; los profundos barrancos mostraban misteriosas sombras azul oscuro; un litoral profundamente dentado se extendía a lo lejos, y yo pensaba que aquella tierra tenía bien merecido el ser llamada una de las islas Afortunadas.

Cuando nuestro barco entraba en el puerto, Santa Cruz o, para consignar su nombre completo, Santa Cruz de Santiago parecía haber sido edificado la víspera, e, incluso, estar aun en construcción a pesar de ser una de las ciudades más antiguas de Canarias. Las casas bajas, de desteñido color amarillo y tejados rojos, descansan junto a la orilla, estrechamente apiñadas; la extrema fealdad de la población se alivia con las torres de un par de viejas iglesias que miran con disgusto a las casas modernas que las rodean. Unas áridas laderas descienden, gradualmente, detrás de la ciudad, totalmente exentas de vegetación. Suspendido en una escarpada montaña, está el Hotel Quisisana, del que no puede decirse que añada belleza alguna al panorama, y yo sentí volcarse toda mi compasión por los que, en busca de la salud, se hayan visto condenados a pasar todo un invierno en tan desolado paraje.

No hay, probablemente, ciudad extranjera alguna tan totalmente desinteresada de la atención a los via-



jeros. A la llegada, los objetos pintorescos que captan la atención hacen sentir que, cuando se ha dado el último paso por la pasarela del barco, Inglaterra y todo lo inglés han quedado atrás. La multitud de tostados holgazanes que haraganean por el muelle, con ligeras ropas blancas o amarillas, son dignos hijos de una raza meridional que ríen y charlan animadamente con lindas muchachas de ojos negros. Fuertes campesinas cargan pesados bultos sobre sus asnos, y se disponen a treparse a lo alto y emprender su viaje hacia las montañas. Su típica vestimenta se caracteriza por un diminuto sombrero de paja, no mayor que un plato de postre, que sirve de apoyo para la carga que llevan en la cabeza, de la que cuelga un amplio pañuelo negro que flota al viento o se ciñe alrededor de los hombros, como un chal.

Por todas partes, quedan casas antiguas, de cuando el comercio de los vinos estaba en su plenitud y, aunque muchas de ellas se han convertido ahora en sedes de consulados y oficinas de consignatarios de buques, no están a tono con los edificios más baratos y más recientes que las rodean. En muchas de aquellas frescas y espaciosas viviendas, la abierta entrada permite ver las amplias escaleras y las profundas galerías que encuadran unos patios umbro-

sos. Al fondo de éstos, se almacenaban los vinos, y las habitaciones se abrían a los amplios pasillos, en el primer piso. En varios lugares, hay plazuelas abiertas, donde pimenteros de colgantes ramas dan sombra a unos bancos de piedra, lugares de reposo, pero todos y cada uno de ellos cubiertos de una espesa capa de tierra gris, que daba a la ciudad un triste aspecto. Calles angostas y mal pavimentadas, que obligan a trepar; unas mulas exhaustas arrastran pesados y ruidosos carros, y yo sacudo el polvo santacruceño de mis pies; pero no sólo éste, porque, a menos que haya llovido muy recientemente, el polvo se encuentra por todas partes. Un tranvía eléctrico se abre camino con lento andar, subiendo la pendiente que respalda a la ciudad, lo que da tiempo para contemplar el panorama.

Las únicas plantas que parecen ambientadas en el seco y polvoriento suelo son las chumberas o nopales, recuerdos del cultivo de la cochinilla. En aquellos dichosos tiempos, los terrenos áridos fueron dedicados a aquel cultivo, y se plantaron cactus por todos lados. En el siglo dieciocho, los isleños consideraban a la cochinilla, simplemente, como una repugnante especie de plaga, y se prohibió recolectarla, porque se temía perjudicar a las chumberas; pero se olvidó

aquel prejuicio y, cuando se vio que se había dado con una posible fuente de riqueza cultivando la *Opuntia coccinellifera*, que es el cactus idóneo para el insecto, comenzó la explotación. Como apenas había terreno disponible, se trabajó duramente para romper capas de lava, con el fin de sacar a la luz las tierras subyacentes; se terraplenaron colinas donde quiera que fue posible; se hipotecaron las tierras para adquirir nuevas propiedades. En realidad, los isleños creyeron que su suelo valía tanto como una mina de oro. Mr. Sander Brown ha dado las siguientes cifras, para mostrar la extraordinaria rapidez del desarrollo de este comercio. "En 1831, el primer embarque fue de 8 libras, siendo su primer precio de unas diez pesetas por libra; diez años más tarde, la exportación había aumentado a 100.566 libras; y, en 1869, había alcanzado un total de 6.076.869 libras, con un valor total de 789.993 libras esterlinas". La noticia del descubrimiento de los colorantes derivados de la anilina alarmó a los canarios; pero, durante algún tiempo, su producción, insuficiente, no afectó seriamente al comercio de la cochinilla, aunque la caída de los precios hizo que los traficantes empezaran a temer la posibilidad de la sobreproducción. La crisis surgió en 1874, cuando el precio en Londres cayó a 1 chelín

y 6 peniques, o 2 chelines, y la ruina de la industria de la cochinilla fue algo inevitable. El gusto del público había aceptado los colorantes de la anilina y, aunque se ha demostrado que la cochinilla es el tinte rojo más resistente a la lluvia y a unas condiciones de uso más duras, la demanda es ahora pequeña, y los comerciantes que habían comprado y almacenado el insecto seco se quedaron con sus invendibles existencias en las manos. El hundimiento, como hemos dicho, fue inmediato, repentino y total, y el productor, que había gastado tanto en adaptar, palmo a palmo, su tierra a aquel cultivo, vio que tenía que arrancar las chumberas, o hacer frente al hambre.

Probablemente, hay otras muchas personas tan ignorantes sobre el tema de la cochinilla como yo lo era al llegar a Canarias. Aparte del hecho de que la cochinilla es un tinte rojo utilizado, de vez en cuando, como colorante en la preparación de alimentos, yo no habría podido contestar, con seguridad, pregunta alguna sobre este tema. Me desagradó mucho saber que se trata de la sangre de un insecto parecido al resultado de un cruce entre la cochinilla de la humedad y la chinche, abultando como una pasa de Corinto. Creo que el procedimiento más

corriente de cultivo consiste en dejar que el insecto se adhiera en primavera a un trozo de tela que se conserva en una caja de madera llena de "madres", dentro de una habitación a temperatura muy alta. La tela se sujeta luego a una pala de chumbera, mediante sus espinas. Una vez adherida a la hoja del cactus, la madre permanece inmóvil. Había dos diferentes maneras de matar los insectos para exportarlos: uno, consistía en ahumarlos con azufre y, el otro, en sacudirlos dentro de un saco. Una colonia de estos insectos sobre una pala de nopal recuerda a una mancha de pulgones agrupados, lo bastante desagradable como para que cualquiera decida no tomar jamás nada teñido con cochinilla.

El terreno, escalonado en terrazas, se dedica ahora a la producción de patatas y tomates para el mercado inglés, al haber cesado la lluvia de oro de los días de la cochinilla, aunque el cultivo del plátano parece hacer revivir aquella época dorada en otras partes de la isla.

La Laguna, a unos diez kilómetros de Santa Cruz, es una de las ciudades más antiguas de Tenerife; fue la plaza fuerte de los guanches y el escenario de la lucha más desesperada contra los invasores. Hoy parece, meramente, una pequeña ciudad dor-

mida, pero puede jactarse de poseer algunas bonitas iglesias antiguas, además del viejo convento de San Agustín, ahora convertido en un centro oficial de enseñanza —que contiene una amplísima biblioteca pública— y el Palacio Episcopal, con una bella fachada de piedra. La catedral parece estar en perpetuo estado de reparación o de reconstrucción pues, aunque empezaron a levantarla en 1513, aun no la han concluido. Una de las cosas más dignas de verse en La Laguna es el maravilloso drago, viejo árbol cuya edad se ignora, existente en el jardín del Seminario, anejo a la Iglesia de Santo Domingo. La pretina que ciñe su tronco habla, por sí sola, de su inmensa edad. A mí no me sorprendió oír que, ya en el siglo XV, era un ejemplar tan singular que el terreno donde se halla tomó el nombre de “huerta del Drago”.

Los viajeros consideran esta ciudad como un buen punto de partida para sus excursiones que, a juzgar por la lista de nuestra guía, son casi innumerables. Se podría hacer fácilmente una gira hasta el bello pinar de La Mina, siempre que la vereda de suave lodo no esté resbaladiza por la lluvia. Después de una larga permanencia en Santa Cruz, e incluso en La Orotava, donde son escasos los grandes árbo-

les, se siente uno a gusto en un monte arbolado por estos espléndidos pinos, *Pinus canariensis*, y en estos húmedos lugares, y se deleita con los helechos y los musgos, tan diferentes de la vegetación a la que está habituado.

A Alexander von Humboldt, que pasó unos días en Tenerife de paso hacia Sudamérica, llegando a Santa Cruz el 19 de junio de 1799, le sorprendió mucho el contraste entre los climas de La Laguna y de Santa Cruz. Lo que sigue son unos párrafos de su relato del viaje que hizo, a través de la isla, para subir al Pico: "A medida que nos aproximábamos a La Laguna, íbamos notando el gradual descenso de la temperatura. Esta sensación nos resultaba muy agradable, porque habíamos encontrado muy agobiante el aire de Santa Cruz. Como nuestros organismos se sienten más afectados por las impresiones desagradables que por las gratas, el cambio de temperaturas se hizo más sensible a nuestro regreso de La Laguna al puerto; entonces nos parecía que íbamos asomándonos a la boca de un horno. Sentimos la misma impresión cuando, en la costa de Caracas, bajamos del monte Ávila al puerto de La Guayra... Su permanente aire fresco hace que La Laguna sea considerada un delicioso lugar de residencia."

“Situada en un pequeña llanura rodeada de jardines, protegida por una colina coronada por un bosque de laureles, arrayanes y madroños, la antigua capital de Tenerife está hermosamente situada. Nos engañaríamos si, por la lectura de relatos de algunos viajeros, la creyéramos a la orilla de un lago. A veces, la lluvia forma una balsa de considerable extensión, y los geólogos, que en todo contemplan más el pasado que el estado actual de la naturaleza, pueden creer que toda la llanura es una gran cuenca desecada.”

“La Laguna ha decaído de su anterior opulencia desde que unas crupciones laterales destruyeron el puerto de Garachico, convirtiéndose Santa Cruz en el punto principal del comercio insular. Ahora sólo tiene 9.000 habitantes, 400 de los cuales son religiosos distribuidos en seis conventos. La ciudad está rodeada de gran número de molinos de viento, señal del cultivo del trigo en estas zonas altas.”

“La Laguna está rodeada por un gran número de capillas, que los españoles llaman ermitas. Sombreadas por árboles de perpetuo verdor, y levantadas en pequeñas eminencias del terreno, estas capillas contribuyen al pintoresco efecto del paisaje. El interior de la población no es tan pintoresco. Las casas, sóli-



damente construidas, son viejas, y las calles parecen desiertas. Un botánico no prestaría atención a la antigüedad de los edificios, distraídos porque los muros y los tejados están cubiertos de plantas como los elegantes *trichomanes*, mencionados por todos los viajeros. Estas plantas viven gracias a la abundante humedad...”

“El clima invernal de La Laguna es extremadamente neblinoso, y sus habitantes suelen quejarse de frío. Pero jamás se ha visto una nevada, lo que parece indicar que la temperatura de esta ciudad debe exceder de los 19° C, es decir, que es más alta que la de Nápoles...”

“Me sorprendió saber que M. Broussonet plantó un árbol del pan (*Artocarpus incise*) y unos cinamomos (*Laurus cinnamomum*) en el húmedo jardín del marqués de Nava. Estas valiosas especies de los Mares del Sur y de las Indias orientales se han aclimatado allí, así como en La Orotava.”

Lo acostumbrado para ir a Tacoronte en route hacia La Orotava, destino más frecuente de la mayor parte de los viajeros, es seguir la carretera que conduce al punto más alto poco más allá de La Laguna, a una altitud de unos 630 metros. Lo más atractivo de la carretera, por otra parte carente de

interés, es la larga doble fila de eucaliptos, que dan una agradecida sombra en verano. Si no se tiene en cuenta el tiempo y la distancia, y se hace el viaje en automóvil, es preferible la carretera más baja, que pasa por Tejina. Los altos bordes de los caminos están orillados por viejos cedros. En primavera, las hermosas pendientes se alegran con flores silvestres y, por todas partes, la amarilla retama (*spartium junceum*) llena el aire con su delicioso aroma. Las curvas de la carretera descubren inesperadas vistas del Pico en la larga bajada al pueblecito de Tegueste y, allá abajo, se tiende Tejina, a escasa altura sobre el nivel del mar. Aquí gira la carretera, vuelve a subir hacia Tacoronte, y se nos aparece de nuevo el Pico, sobre un borde de nubes que cubre su base.

En Tacoronte termina el tranvía, y el viajero tiene que tomar un coche de caballos o un auto para recorrer los veintiocho kilómetros que lo separan del fértil valle de La Orotava. Este valle es justamente célebre por su belleza y, en un claro día de invierno, cuando el Pico está plenamente cubierto de nieve, no es posible contener una exclamación ante la belleza del paisaje cuando, en una revuelta del camino, se muestra toda la hondonada tendida a sus pies, bañada por la luz solar y encerrada en un semicírcu-

lo de montañas nevadas. Las nubes expanden sombras azules sobre las laderas, y vellones de blanca niebla cruzan el valle; el oscuro pinar se extiende en fuerte contraste con el brillante colorido de los castaños de las zonas más altas, cuyas hojas se han vuelto de color de oro rojizo por efecto de las heladas. En el fondo del valle, anchas fajas de platanares se intercalan con terrenos sin cultivar donde aún quedan almendros, higueras y chumberas, y grupos de palmeras canarias ondean al viento sus emplumadas copas. Apenas sorprende que, incluso un viajero tan avezado como Humboldt, se impresionara hasta tal punto con la belleza del paisaje que, según se dice, se arrodilló para saludarlo como lo más hermoso del mundo. Sin caer en un gesto tan extravagante como el del gran viajero, vale la pena parar y contemplar esta vista aunque, por precaución, los vehículos circulan en Tenerife a tan baja velocidad que uno dispone del tiempo suficiente para contemplar el panorama. El ángel guardián del valle —el Pico— domina, en tiempos de paz, la amplia extensión de tierra y mar como una plácida y comprensiva pirámide blanca. Pero, en ocasiones, la montaña se ha enfurecido y ha esgrimido una espada llameante sobre la tierra, por lo que los guanches lo llamaron

Pico de Teide o Infierno aunque, al parecer, también lo consideraron como el Trono de la Divinidad.

El mismo Humboldt describe el panorama con las siguientes palabras: "El valle de Tacoronte (*sic*) es la entrada a este paraje encantador del que han hablado con extático entusiasmo los viajeros de todas las procedencias. En la zona tórrida, yo he encontrado lugares en los que la Naturaleza es más majestuosa y más rica en la ostentación de formas orgánicas; pero, después de haber cruzado las orillas del Orinoco, las cordilleras del Perú, y los hermosos valles de México, confieso que nunca he contemplado una perspectiva más variada, más atractiva, más armoniosa en la distribución de las masas de verdor y de rocas que en la costa occidental de Tenerife."

"El litoral se destaca con líneas de palmeras datileras y cocoteros; más arriba, agrupamientos de *musa* forman un agradable contraste con los dragos, cuyos troncos han sido acertadamente comparados con las tortuosas formas de las serpientes. Las laderas están cubiertas de vides que extienden sus ramas sobre armazones de palos. Naranjos cargados de flores, arrayanes y cipreses rodean las capillas alzadas por los devotos sobre aisladas colinas. Las lindes entre las propiedades se señalan con hileras de agaves y

cactus. Los muros están cubiertos por cantidades incalculables de plantas criptógamas entre las que predominan los helechos regados por pequeñas corrientes de agua cristalina.”

“En invierno, cuando el volcán queda oculto bajo la nieve y el hielo, este paraje disfruta de perpetua primavera. En verano, al atardecer, las brisas marinas difunden un delicioso frescor...”

“Desde Tegueste y Tacoronte hasta San Juan de la Rambla (célebre por su exquisito vino de malvasía) las colinas están cultivadas como jardines. Podríamos compararlas con las inmediaciones de Capua y Valencia, si esta parte occidental de Tenerife no fuera infinitamente más bella debido a la proximidad del Pico que muestra, por cada lado, un aspecto diferente.”

“El de esta montaña es interesante. No sólo por su gigantesca masa, sino porque estimula la imaginación, haciéndola retroceder hasta el origen de la misteriosa fuente de su actividad volcánica. Durante miles de años, no han sido vistas luces ni llamas en la cúspide del Pico, pero enormes erupciones laterales, la última de las cuales tuvo lugar en 1798, prueban que aquella actividad dista mucho de haberse extinguido. Hay algo que produce también una

melancólica impresión al contemplar un cráter en el mismo centro de una campiña tan fértil y tan bien cultivada. La historia del globo nos dice que los volcanes destruyen lo que ha sido creado a lo largo de las edades. Las islas, alzadas sobre el agua por la fuerza de los fuegos submarinos, se han ido vistiendo gradualmente con rico y riente verdor, pero estas nuevas tierras son frecuentemente assoladas por la renovada acción de la misma fuerza que las hizo surgir del fondo del océano. Los islotes, que ahora no son más que montañas de escoria y de cenizas volcánicas, fueron, quizá, un día tan fértiles como las colinas de Tacoronte y El Sauzal. ¡Dichoso el país donde el hombre no tiene nada que temer del suelo que pisa!”

Allá abajo, en la costa, reposa el pequeño puerto de La Orotava, conocido como El Puerto para distinguirlo de la villa, más antigua y más importante, de La Orotava que se extiende a unos cinco kilómetros tierra adentro. Más allá, siguiendo la costa, está San Juan de la Rambla y, en las laderas más bajas de la vertiente opuesta al valle, se encuentran los pueblos de Realejo Alto y Realejo Bajo, mientras que Icod el Alto está encaramado en el mismo borde del precipicio de Tigaiga, a unos 500 metros de altitud.

Una garganta en la montaña siguiente es conocida como el Portillo. La Fortaleza se alza sobre esta "entrada", y en este punto comienza la larga pendiente del Tigaiga que impide la vista de todo el cono del Pico desde el valle. Sobre la Villa de La Orotava, se encumbran Pedro Gil y la Montaña Blanca, con el sol brillando sobre la nieve recién caída y, muy cerca, como al alcance de la mano, están El Sauzal, Santa Úrsula, La Matanza y La Victoria.

Aunque Humboldt los describe como "sonrientes caseríos", comenta los nombres de estos últimos diciendo que "aparecen en todas las colonias españolas, y forman un desagradable contraste con los apacibles y sosegados sentimientos que estos campos inspiran". Matanza significa carnicería o exterminio; y la palabra, por sí sola, recuerda el precio que hubo que pagar por la victoria. En el Nuevo Mundo, señala la derrota de los nativos; en Tenerife, la villa de La Matanza fue fundada en el lugar donde los españoles fueron dominados por los mismos guanches que, poco después, se vieron vendidos, como esclavos, en los mercados europeos.

Al comienzo del invierno, las escalonadas montañas, plantadas de trigo y patatas, desnudas y de

color pardo, son una mancha del paisaje; pero, al surgir la primavera, después de las lluvias invernales, estas laderas se transformarán en extensiones verde esmeralda; entonces es cuando el valle alcanza su máximo esplendor. Durante unos días, demasiado pocos, los almendros se engalanan con sus delicadas flores rosa pálido, pero la lluvia de una noche, o unas horas de viento fuerte, esparcirán todas las flores, y de aquel sonrosado encanto sólo quedará una alfombra de caídos y maltrechos pétalos.

El valle presenta claras muestras del despertar de la Naturaleza en un remoto pasado: son las anchas corrientes de lava, que en un tiempo se vertieron sobre el valle, resto gris y desolado, casi exento de vegetación. Aunque totalmente estériles, no podemos dejar de admirar los dos montones de cenizas, semejantes a enormes y ennegrecidos tumores. Nadie parece conocer su historia ni su exacta edad, pero es muy posible que hayan aparecido con independencia de cualquier erupción del propio Teide aunque, quizá, no "brotando en una sola noche", como me lo han asegurado seriamente. Una teoría, que no parece improbable, es que los terrenos volcánicos sobre los que han sido edificados varios chalés ingleses, la iglesia y el Grand Hotel, proceden de una de



estas montañas, y que la colina donde se alza este hotel era el borde del acantilado. Se supone que la lava cayó sobre este borde, volcándose en el mar hasta formar el relleno sobre el que ahora está el Puerto.

El pueblecito no deja de tener su atractivo, aunque las calles son polvorientas y sin barrer, ya que sólo se limpian una vez al año, con ocasión de la fiesta del Corpus Christi, día en el que los lugares por donde ha de pasar la procesión se cubren con pétalos de flores formando alfombras de complicados dibujos. En una primera impresión, el pueblo me pareció un lugar desierto. Apenas encontré algún transeúnte, y mi propio borrico era el único animal de carga en la calle principal. Espléndidas masas de buganvillas asomaban por encima de las tapias de los jardines viéndose, a través de las puertas abiertas, los patios cubiertos de enredaderas. Los tallados balcones con sus tejados son inseparables de las casas antiguas. Especialmente, las contraventanas o postigos tras los que los moradores parecen pasar muchas horas atisbando las calles, fueron siempre para mí un motivo de extrañeza. La calle principal termina en el muelle y, frente al mar, las olas parecen saltar hasta la calle misma. El pueblo se despierta a la vida con

la llegada de algún vapor carguero y, entonces, una larga cola de carros, tirados por los más hermosos bueyes que jamás he visto, se abre camino hacia el muelle para descargar las jaulas de plátanos que, muchas veces, son vendidas allí mismo a los contratistas.

## II

### TENERIFE (Continuación)

A unos trescientos metros sobre el Puerto de La Orotava, en el largo y gradual declive que desciende desde Pedro Gil formando el valle de La Orotava, se encuentra la villa o ciudad del mismo nombre. Esta es la más pintoresca de las viejas poblaciones canarias, y mucho más interesante que su pobre puerto, siendo la residencia de muchas antiguas familias españolas, cuyas hermosas viviendas son los mejores ejemplos de arquitectura hispánica en Canarias. Junto a sus tranquilos patios, sombríos y frescos incluso en los más cálidos días estivales, las fachadas de muchas de estas casas son de extraordinaria belleza. La admirable labor de talla en piedras, balcones y contraventanas, y los hierros forjados, no pueden dejar indiferente a quien contemple estos edi-

ficios que van convirtiéndose, rápidamente, en ejemplares únicos, pues los españoles como, desdichadamente, otros muchos pueblos, han perdido el gusto por la arquitectura y las casas modernas, que están surgiendo con demasiada celeridad, estremecen al contemplarlas. Unas, han sido edificadas para reemplazar a las desaparecidas en incendios y, otras, fueron, simplemente, construidas por negociantes enriquecidos con el negocio bananero. No contentos con sus viejas y sólidas moradas, con sus bellas portadas de piedra y con sus volados balcones de madera, están destruyéndolos despiadadamente para levantar una meneguada monstruosidad moderna, más cómoda, posiblemente, para habitarla, pero más desagradable a la vista. Parece que también está decayendo su amor a los jardines y, como oí exclamar en cierta ocasión, "sólo les interesan los plátanos", porque es cierto que el cultivo de las bananas está viviendo un momento de atractivo interés.

Aunque los patios de las casas pueden estar animados con plantas, al ser fresco y húmedo el ambiente debido al rocío y al agua salpicada por una fuente, muchos jardines de estas viejas mansiones señoriales se hallan en un triste estado de desorden y abandono. Se han marchitado los arrayanes y los

setos de boj, antes orgullo de sus dueños, y ya no hay flores en los macizos. Queda un jardín que muestra cómo, aunque no muy cuidadas, las plantas crecen y florecen al aire fresco de la Villa. En tiempos pasados, tuvo este jardín un árbol gigantesco que era su orgullo; ahora, sólo existe su venerable tronco para hablarnos de pasadas glorias. Pero los poyos están llenos de flores durante todo el año, y los autóctonos *picos de paloma*, (*Lotus Berthelotii*), florecen mejor aquí que en ningún otro jardín. Cubren los muros, y medio invaden los caminos y los bancos de piedra con sus guirnaldas de suave gris verdoso, cubriéndose, en primavera, con sus "picos", de color rojo oscuro. Las paredes se alegran con alhelies, claveles, verbenas, geranios, azucenas, y multitud de otras plantas. Bordean la entrada largos setos de *Libonia floribunda*, que los canarios llaman *bandera de España*, porque sus flores rojas y amarillas les representan los colores de la bandera nacional y, en apartados y húmedos rincones, viven blancas calas, injuriadas *orejas de burro*, así llamadas por los campesinos, que motejan certeramente no sólo a las flores sino, también, a las personas.

Aunque los españoles distinguidos constituyen una clase social muy exclusiva, sólo he recibido aten-

ciones por su parte, cuando les he pedido permiso para ver sus patios o jardines, pero no puedo decir lo mismo de las clases baja y media de hoy, que son claramente xenófobas. Las clases bajas parecen considerar un derecho el recibir un incesante río de dinero, e insultan y apedrean, cuando se ignoran sus peticiones de limosnas e, incluso, los comerciantes son descorteses con los extranjeros. Se nota una actitud de independencia y republicanismos. Es natural que un patrono no pueda controlar a sus obreros, que trabajan cuando quieren o, con más frecuencia, no trabajan cuando no quieren, y el padre o la madre de familia tampoco controla a sus hijos. Un día, pregunté a mi jardinero por qué no enviaba a sus hijos a la escuela para aprender a leer y escribir, aprovechando que se lamentaba por no ser capaz de leer los nombres de las semillas que estaba sembrando. Pensé que era una ocasión oportuna para dar un buen consejo, pero él se encogió de hombros, y me dijo que ellos no se molestarían en ir, que no tenían zapatos y que no iban a acudir descalzos a la escuela. Este hombre vivía sin pagar impuestos, ganaba un salario semejante al de un obrero inglés de nivel medio, tenía dos hijos trabajando que contribuían a los gastos de la casa, y percibía la renta

de una pequeña parcela de terreno que cultivaba la familia los domingos; pues aun así, no podía adquirir unos zapatos para que sus hijos pudieran aprender a leer y escribir. Otro hombre me dijo, con orgullo, que uno de sus hijos iba a la escuela. Como tenía dos, le pregunté: "¿Por qué sólo uno?". Me contestó que el otro, una niña, solía ir pero que, ahora, se negaba y ni él ni su mujer podían obligarla. ¡Aquel independiente personaje tenía nueve años! Una de las mayores curiosidades de la Villa fue el Drago Grande y, aunque ya no existe, aún se señala a los visitantes el lugar en el que estuvo, y se les habla de su inmensa edad. Cuando lo visitó Humboldt, le estimó un mínimo de 6.000 años y, aunque esto pueda haber sido exagerado, no cabe duda de que era extremadamente viejo. Fue parcialmente derribado por un vendaval, y los restos quedaron destruidos, en 1867, por un incendio accidental, por lo que sólo viendo antiguos grabados podemos tener idea de su asombroso tamaño. Su tronco hueco era tan amplio como una habitación mediana y, en tiempos de los guanches, cuando se convocaba una asamblea para nombrar un nuevo jefe, la reunión tenía lugar en el Drago Grande. La finca en la que estuvo fue

vallada más tarde, convirtiéndose en el jardín del marqués del Sauzal.

Era curiosa la ceremonia de designación de un jefe. El más importante de ellos era el mencey o rey de Taoro (antiguo nombre de Orotava), que tenía 6.000 guerreros bajo su mando. Si bien esta dignidad era hereditaria, no pasaba necesariamente de padre a hijo y, más frecuentemente, se transmitía entre hermanos. "Para esta ceremonia de designación de un mencey, cada señorío conservaba, envuelto en pieles, un hueso de uno de los más remotos antepasados de su linaje, y se convocaba a los más antiguos consejeros reuniéndolos en el "Tagoror", lugar donde se celebraba la asamblea. Después de su elección, el nuevo rey besaba aquellas reliquias y las ponía sobre su cabeza. Luego, los demás notables tocaban con ellas los hombros del elegido, mientras él decía: *Agoñe yacoron yñatzahaña Chcoñamet* (Juro por el hueso el día en que me habéis enaltecido). Así concluía la ceremonia de la coronación y, el mismo día, se llamaba al pueblo para que supiera quién era su nuevo rey, que era homenajeado, y había un festín general a expensas del nuevo mencey y sus familiares. Parece que estos dignatarios estaban rodeados de gran pompa, nadie se les acercaba por el camino,



cuando se trasladaban desde sus residencias veraniegas de las montañas a las de invierno en la costa. Entonces, se aguardaba a que pasara para postrarse ante él, y levantarse limpiando los pies del rey con el borde de su vestidura de piel" (Ver "The Guan-ches of Teneriffe", por Sir Clement Markham). Después de la conquista, los españoles convirtieron en capilla el templo de los guanches, celebrando una misa bajo el árbol.

En la Villa hay bonitas iglesias antiguas, cuyas torres y tejados constituyen su mejor adorno. La principal es la de la Concepción, con una cúpula que domina toda la población. Es muy bello su aspecto exterior, pero el interior no es tan interesante. Es curioso imaginar cómo puede haber llegado a pertenecer a esta iglesia la custodia de plata que, según se dice, fue de la catedral londinense de San Pablo. Generalmente, se acepta la teoría de que, tanto esta custodia como otra semejante que existe en la catedral de Las Palmas, son restos dispersos de los magníficos objetos de culto vendidos y desperdigados por orden de Oliver Cromwell.

La bella portada y la torre del convento y de la iglesia de Santo Domingo datan del tiempo en que

los españoles eran más sensibles a la belleza que ahora.

Las empedradas y empinadas calles de La Orotava no carecen de interés, y los viejos balcones, las talladas celosías y los zaguanes que se abren a los floridos patios, con espléndidos macizos de enredaderas desbordándose por la tapia de un jardín, o entrosándose en un viejo portalón, se combinan para lograr un pueblo de lo más pintoresco. Un detalle característico de casi todas las casas españolas es una especie de pequeño armario enrejado que contiene un filtro de piedra. En muchas casas antiguas, estos armarios están cubiertos de enredaderas y helechos, aprovechando la continua humedad procedente del filtro, e incluso crecen culantrillos, lo que no se considera contrario a la acción purificadora de la piedra, en la que confían plenamente los naturales. A mí me parece increíble que el agua limpia pueda mejorarse pasando a través del polvo acumulado en estos filtros durante muchos años, ya que sólo es posible limpiarlos superficialmente. Los rojos recipientes de barro, de formas rotundamente clásicas, son de todas las capacidades, por lo que es posible ver a una niña pequeñita aprendiendo a llevar a la cabeza uno proporcionado a su tamaño; pronto afirmará su paso,

ahora inseguro, y, en uno o dos años, marchará con firme andar, llevando un gran cántaro casi sin sentirlo, y dejando libres sus manos para cualquier otra cosa.

Un agradable paseo, a pie o en burro, lleva desde la Villa al Realejo Alto, a través de una hermosa campiña, pasando por los caseríos de La Perdoma y La Cruz Santa. Al comienzo de la primavera, la flor de los almendros tiñe de rosa muchas zonas baldías y, en los pueblos, el aire vuelca, desde las tapias de los huertos, el aroma del azahar. A esta altura, los árboles parecen menos afectados por el mortífero pulgón negro que ha exterminado todos los naranjales de las tierras bajas, y toda la vegetación impresiona por ser más lozana y más pujante. Las tapias de los huertos estaban jubilosamente florecidas; durante nuestro paseo, vimos alhelies de colores malva y blanco, favoritos de los naturales; largas hileras de geranios, guirnaldas de *picos de paloma*, claveles dobles y sencillos, y multitud de otras flores.

El Realejo Alto es, sin duda, el pueblo más pintoresco que he visto en Canarias. Su situación, en una pendiente ladera, con las casas aparentemente apiladas unas sobre otras, parece un pueblo de montaña italiano. Se supone que una parte de la iglesia

de Santiago, la que está unida a la torre, corresponde al templo más antiguo de la isla, y el remate de aquélla, que es el punto más destacado del pueblo y de sus alrededores, puede haber pertenecido al viejo edificio. El interior de éste no deja de ser interesante cuando está bien iluminado, y se dice que su bella portada es obra de canteros españoles activos muy poco después de la Conquista. La obra de piedra labrada que enmarca esta puerta, y la muy semejante que hay en el pueblo de abajo, son ejemplos únicos de este estilo en las islas.

En el barranco que separa los dos Realejos, tuvo lugar, en 1820, una gran riada que asoló ambos pueblos. El Realejo Bajo, aunque no tan pintoresco como el Alto, vale bien una visita, pues sus habitantes están justamente ufanos porque tienen un drago, rival de uno de Icod que algún día puede llegar a ser tan célebre como el de La Orotava.

Estos dos pueblos son grandes centros de producción de bordados o *calados*. A través de las puertas de entrada a las casas, se ven mujeres y muchachas jóvenes inclinadas sobre unos bastidores en los que se tensan sus labores. Estas son, en su mayor parte, de baja calidad, muy toscamente trabajadas con pobres materiales, y da lástima el que, por lo visto,

no haya mejores y más delicados trabajos. Los visitantes se cansan de ver enormes cantidades de colchas y manteles que se les ofrecen, cuando, en realidad, no es posible compararlos, ventajosamente, ni en calidad ni en precio, con los que vienen de *Oriente*.

### III

#### TENERIFE (Continuación)

Unos días claros, a finales de febrero, nos decidimos a hacer una excursión a las Cañadas que atraen al viajero corriente más que la ascensión al propio Pico, excepto a los habituados a escalar montañas que siempre desean llegar a la máxima altura y a la más alta cumbre que ven. A pesar de las perspectivas de buen tiempo de la víspera, la mañana se presentó nubosa y húmeda, de modo que, a las seis, salimos llenas de dudas y reservas sobre lo que ocurriría a la salida del sol. Habíamos decidido ir en auto hasta donde nos lo permitiera la carretera, porque nos dijeron que, yendo en mula, se tardaría nueve o diez horas. Nuestros informadores eran más bien exagerados. Unos, nos dijeron que la expedición era tan extenuante que sabían de quienes seguían

enfermos después de una semana de haberla realizado. Otros, decían que el cielo nunca estaba despejado en lo más alto, que debíamos prepararnos para estar permanentemente empapados por la humedad, para los tropezones de las mulas cayendo, probablemente, en un salto mortal y, en fin, que, con seguridad, debíamos esperar toda una serie de desastres. Nuestras mulas se nos reunieron en el Realejo Alto, después de una hora de auto desde el Puerto, y allí discutimos sobre si decidíamos continuar o nos conformábamos con una excursión más breve y a menos altitud.

La salida del sol no mejoró las perspectivas, ya que unos espesos nubarrones cubrían Pedro Gil, mientras que ligeras nubes blancas iban acumulándose bajo el Tigaiga, y el aspecto del mar no era más esperanzador. Las mulas llegaron con retraso, a la buena manera española, y consultamos a unos cuantos vecinos, conocedores de los cambios del tiempo, que se fueron reuniendo en la plaza, alrededor de nuestro coche, protegiéndose con sus mantas del frío mañanero. Miraron compasivamente a aquellas chifladas extranjeras que habían abandonado sus camas a semejantes horas, sin tener necesidad de hacerlo —porque el español no madruga— y se pro-

ponían viajar hasta las nubes. Los miembros optimistas del grupo decían: “No es más que una neblina mañanera”, mientras que los pesimistas advertían: “Mi experiencia me dice que las neblinas mañaneras producen las nubes del mediodía.”

La llegada de las mulas dio fin a la discusión. Los arrieros esperaban y confiaban en que se dispersaran las nubes o, al menos, que, al llegar a remontar la zona de éstas, hallaríamos el cielo despejado; de manera que, aunque nuestro encapotado amigo murmuró, para sus adentros, “¡Pobrecitas!”, emprendimos la marcha provistas de abrigo para protegernos de la humedad y del frío que íbamos a encontrar. El rumor de las pisadas de las mulas, cuando subíamos la pendiente calle del pueblo, asomó muchas cabezas a las ventanas; los verdes postiguitos se abrían apresuradamente para que la multitud que parecía habitar cada casa pudiese echar una mirada a las *inglesas*. Al decir a dónde íbamos, se nos repetía el mismo comentario, (“*Tiempo muy malo*”), con gran indignación de nuestros hombres que gruñían: “¡*No digan eso!*”

El pedregoso camino lleva, siempre cuesta arriba, a Palo Blanco, un disperso caserío formado por chozas de carboneros, a una altitud de 700 metros. Espi-



rales de humo azulado surgían de sus fogatas mezclándose con la niebla, pero ya había señales de mejoría del tiempo, porque iba saliendo el sol y las nubes eran menos densas. Las voces de los carboneros son algo habitual en estas regiones, pero yo nunca averigüé si se trata de una cantinela que les bace más llevadera su caminata cuesta abajo, o de una señal de su proximidad para que se aparten los posibles caminantes, porque el tamaño de la carga que llevan sobre sus espaldas les dificulta, con frecuencia, el pasar por determinados lugares. De pronto, aparecieron dos muchachas, andando con ondulante y firme paso; sus desnudos pies parecían pisar el áspero suelo con mayor soltura que los mal herrados cascos de nuestras monturas, porque no se cuidaban de pisar con tiento, atentas sólo a llegar cuanto antes a su destino y soltar las cargas de sus cabezas. Con ansioso interés, les preguntamos cómo estaba el tiempo por arriba; sin la menor duda, nos contestaron: "*Muy claro*", y, en pocos minutos, una racha de aire barrió las nubes como por arte de magia, y oímos una triunfal exclamación de los hombres.

Abajo, se extendía todo el valle de La Orotava. La pintoresca villa quedaba a lo lejos, a la izquierda.

Los pueblecitos de La Perdoma, La Cruz Santa y los dos Realejos, Alto y Bajo, estaban más cerca de nuestros pies y, distantes, al otro lado del Puerto, se veían Santa Úrsula, El Sauzal, y el disperso poblado de Tacoronte. Pedro Gil y toda la larga cadena de montañas de la izquierda lucían amplias manchas de nieve, brillando al sol con deslumbrante blancor. Había habido un invierno de mucha nieve, lo que, como nos decían, explicaba que aún se conservase a finales de febrero, con alegría por nuestra parte porque aquella nieve añadía una gran belleza al paisaje. En el Monte Verde, hicimos un alto por consideración a los hombres y a las bestias y, mientras los muleros recobraban fuerzas con sustanciosas rebanadas de pan integral y tajadas de queso de cabra del país, blanco como la nieve, y nuestras mulas disfrutaban de unos cinco minutos para recuperar el aliento libres de sus cinchas, dimos un paseo para contemplar el bello barranco de La Laura. Allí, los árboles aún han escapado de la destrucción a manos de los carboneros, y las empinadas lomas se cubren con variedades autóctonas de laureles, mezclados con amplias matas de *Erica arborea*, brezo que cubre toda la zona del Monte Verde. Es muy lamentable la casi total deforestación causada por los

carboneros, y resulta triste imaginar hasta qué punto debe haber sido más hermosa esta región antes de haberla despojado de sus grandes pinos y laureles. Las autoridades no tomaron medidas para poner coto a esta total destrucción de los bosques hasta que fue demasiado tarde e, incluso ahora, aunque se han arbitrado disposiciones en este sentido, no se toman la molestia de ver lo que tienen la obligación de ver. Ahora, la ley no sólo permite la explotación de los bosques, sino que es bastante fácil *hacer* leña: uno va al monte, rompe ramas de árboles o de retama y, unas semanas más tarde, se da una vuelta y las recoge como leña, con lo que la ley queda burlada. Como hay una interminable demanda de carbón, único combustible consumido por los españoles, las cosas seguirán así hasta que no quede nada que cortar.

Estábamos, sin duda, en el mismo camino seguido por Humboldt, en 1799, cuando visitó Tenerife y subió al Teide. Su descripción de la vegetación muestra cómo la despiadada hacha de los leñadores ha destruido algunos de los más bellos bosques del mundo. Humboldt se había visto obligado a abandonar sus viajes a Italia, en 1795, sin visitar los parajes volcánicos de Nápoles y Sicilia, cuyo conoci-

miento era indispensable para sus estudios geológicos. Cuatro años más tarde, el Gobierno español le había dispensado una espléndida acogida, y había puesto a su disposición la fragata *Pizarro* para su viaje a las regiones equinociales de Nueva España. Después de haberse librado, apuradamente, de caer en manos de unos corsarios ingleses, los alisios lo impulsaron hasta Canarias. El 21 de junio de 1799, se encontraba camino de la cumbre del Pico, acompañado por su amigo Bonpland, M. le Gros, secretario del consulado francés en Santa Cruz, y el jardinero de Durazno (los jardines botánicos de La Orotava). No parece que el día fuera bien elegido. La cumbre del Pico estuvo cubierta por espesas nubes, desde la salida del sol hasta las diez de la mañana: No hay más que un camino que lleve desde La Orotava a través de campos de retama y de malpaís. "Este es el camino que han de seguir los viajeros que disponen de poco tiempo en Tenerife. Cuando la gente sube al Pico (son palabras de Humboldt) es como cuando visitan Chamonix o el Etna: hay que seguir a los guías, y sólo se logra ver lo que han visto y descrito otros viajeros". Como a ellos, le impresionó, al desembarcar, el contraste de la vegetación en estas zonas de Tenerife y los alrededores de Santa Cruz.

“Un estrecho sendero pedregoso conduce, a través de unos castañares, a regiones llenas de brezos y laureles y, más adelante, a la cascada de Dornajito, único manantial que se encuentra camino del Pico. Paramos bajo un solitario abeto para proveernos de agua. Este lugar es conocido como Pino del Dornajito. Sobre esta región de brezos arborescentes, llamada Monte Verde, está la de los helechos. En ninguna parte de la zona templada he visto tal abundancia de *Pteris*, *Blechnum* y *Asplenium*; sin embargo, ninguna de estas plantas ofrece el aspecto imponente de los helechos arborescentes que, alcanzando el porte de las palmeras, constituyen el principal ornamento de la América equinoccial. La raíz de la *Pteris aquilina* sirve de alimento a los habitantes de La Palma y La Gomera. La trituran hasta convertirla en polvo, y la mezclan con harina de cebada. Cuando se cuece esta mezcla, se llama *gofío*; el consumo de tan grosero alimento prueba la extrema pobreza de las clases bajas en Canarias. (El *gofío* se consume mucho todavía.)

“A la región de los helechos sigue un bosque de enebros y abetos, que ha sufrido muchos daños por la acción de violentos huracanes (ahora no queda ninguno). Mr. Eden afirma que, en este lugar, nom-

brado por algunos viajeros como Caraveles, vio, en 1705, unas llamitas que, de acuerdo con las ideas de los naturalistas de aquellos tiempos, atribuyó a la combustión espontánea de emanaciones sulfurosas. Continuamos subiendo hasta llegar a la roca de La Gaita y al Portillo. Atravesando este angosto paso entre dos montañas basálticas, accedimos a la gran llanura de *Spartium*... Tardamos dos horas en cruzar el Llano de la Retama, que semeja un inmenso mar de arena blanca. En medio de este llano, hay macizos de *retamas*, que es la *Spartium nubigenum* de Aiton. M. de Martinière ha querido introducir este bello arbusto en el Languedoc, donde es muy escasa la leña. Crece esta planta hasta casi tres metros de alto, y se cubre de flores aromáticas con las que engalanaban sus sombreros los cazadores que encontramos por el camino. Las cabras del Pico, que son de color pardo oscuro, las comen con gusto; devoran *spartium*, y corretean libremente por estos desiertos desde tiempo inmemorial". Al pasar la noche en estas montañas, los viajeros se quejaron del frío, aunque era verano, porque no disponían de tiendas ni de mantas. A las tres de la madrugada, encendieron antorchas para emprender la etapa final de la ascensión al Pico. "Un fuerte viento del Norte impulsaba

las nubes. La luz de la luna, atravesando, de vez en cuando, los vapores que la ocultaban, asomaba su disco sobre un firmamento de oscurísimo azul, y la visión del volcán daba al paisaje nocturno un majestuoso aspecto."

"A veces, la niebla ocultaba totalmente el Pico a nuestra vista y, en otras ocasiones, aparecía sobre nosotros con abrumadora proximidad. Como una enorme pirámide, proyectaba su sombra sobre las nubes, que se despeñaban a nuestros pies."

Al escalar el Pico por el Nordeste, llegó la partida, en dos horas, a Alta Vista. Habían seguido el mismo camino que los viajeros de ahora, pasando por el *malpais* (región de restos vegetales, y cubierta de lava) y visitando las cuevas de hielo. A la zona de los laureles siguió la de los helechos gigantes, los enebros y los pinos (ahora no queda ninguno de ellos), a lo largo del camino que lleva al Portillo.

Este quedaba aún lejos, por encima de nosotros. Teníamos que atravesarlo para llegar a las Cañadas, y el camino de piedras, aunque bien señalado, serpentea por una cuesta no muy pendiente, pasadas unas ásperas lomas donde, por todas partes, aparecen zonas de piedra pómez. Los brezos, que estaban empezando a florecer, se cubrirían, en pocas sema-

nas, de unas más bien insignificantes florecillas blancas o rosadas, y se entremezclaban con los codesos (*Adenocarpus viscosus*), de diminutas bojititas de pálido gris azulado. Durante toda la larga subida, no hay señales del Pico. El camino está tan adaptado a la vertiente inferior de la ladera que sólo cuando se llega al propio Portillo aparece el Teide, súbitamente, ante nuestros ojos. Es grandioso el panorama que se nos presenta. El espacio rocoso del fondo se mezcla con grandes macizos de retamas del Teide (*Spartocytisus nubigena*), planta que se considera característica de esta tierra. Al desarrollarse, se parece algo a *Spartium junceum*, más conocido en Inglaterra como "escoba española", pero que es más grueso y, quizá, menos elegante. En mayo, cuando florece, da un aroma suave y tan intenso que no sólo invade el aire de esta montaña sino que, según los marinos, se percibe a muchas millas mar adentro. Nuestros guías nos dijeron que algunas matas tienen flores blancas y, otras, blancas teñidas de rosa. En esta estación, grandes manchas de nieve desplazan a las flores, pero también es posible ver macizos de retama asomando a través de la densa capa helada que cubre el Pico hasta una altitud de 3.000 metros.



Me habían dicho que toda la belleza del Pico se pierde cuando se está cerca de él, que la imponente pirámide de roca y nieve, que se eleva hasta unos 3.700 metros y domina el valle de La Orotava, me parecería una simple colina cuando la viera alzarse de la fosa de arena fina, que es a lo que más se parecen Las Cañadas; que, en fin, se perdería todo el encanto. Incluso, un escritor ha llegado a llamarlo "feo montón de cenizas" al verlo, desde las Cañadas, por el otro lado, y a decir que se encontraba "en un mundo sin vida, silencioso, abrasado, muerto, la abominación de la desolación, donde alguna vez se inflamó un ardiente infierno sobre un lago de hirviente lava". Estoy segura de que el autor de este párrafo llegó allí de mala gana, porque es curioso observar que, cuando se está muy fatigado, el frío y la humedad impiden a uno reconocer la belleza de un paisaje mientras que, otros, que, como nosotras, lo hayan visto bajo un sol maravilloso, lo describirán como una de las más bellas visiones del mundo.

El camino se bifurca justamente en el Portillo (2.200 metros), y los que se proponen subir al Teide siguen el sendero del lado de la Montaña Blanca, un promontorio cubierto de nieve en la base oriental del Pico. El propio cono recibe el nombre de Lomo

Tieso, inclinándose con una pendiente de 28°. En una choza de piedra que hay en Alta Vista (3.300 metros) es donde pasa la noche algún fatigado excursionista antes de cubrir la etapa final: un tramo de 430 metros a pie, porque las mulas se dejan en la choza. Con el cielo despejado, el excursionista se considera, sin duda, bien satisfecho al contemplar el panorama que Mr. Sander Brown describe así: "Los que no puedan subir podrían probablemente, imaginarlo al contemplar un cráter lunar con un telescopio. Los alrededores son el *súmmum* de la desolación y de la ruina. Por un lado, la redondeada cima de la Montaña Blanca; por el otro, los amenazantes cráteres del Pico Viejo y de Chahorra. Éste de 1.400 metros de diámetro y a 3.200 metros de altitud, fue una hirviente caldera y, aún hoy, puede reventar con furia en cualquier momento. Abajo, el cuenco circular de las Cañadas, surcado por corrientes de lava, y rodeado de aserradas murallas multicolores. En torno, numerosos volcanes, empinados, según Piazzy Smyth, como peces sobre sus colas, con las bocas plenamente abiertas en un bostezo. Coronando las laderas, bosques de pinos y, allá abajo, distante, el mar con los Seis Satélites (las islas de La Palma, Gomera, Hierro, Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote)

flotando en la lejanía, con el enorme horizonte dando la impresión de que el espectador está en una suerte de pozo más que en una gran altura que, considerada en relación con lo que la circunda, no tiene otra comparable en el mundo.”

Desde el pequeño refugio de la Fortaleza, donde hubo que hacer una breve parada, el camino baja hasta las Cañadas. Un espacio de amarilla y fina arena, como las del Sahara, plenamente tostado por el sol, tentó sin remedio a una de las mulas y, sin hacer caso de su arriero, ni tener en cuenta la cesta de las provisiones, se dio un buen revolcón en el suave y tibio lecho, afortunadamente sin más consecuencias. Después de un bien acogido descanso, a la sombra de unas retamas, volvimos las espaldas al Pico y abandonamos este bello y solitario paraje. La isla de La Palma estaba como flotando en las nubes; la línea del horizonte, dividiendo mar y cielo, parecía infinitamente alejada; realmente, estos lugares semejan un mundo misterioso y espectral y, aunque hoy el Pico puede estar sereno y en calma, bañado por la luz del sol y cubierto de nieve, sigue recordándonos la muerte y destrucción causados con sus tormentas de fuego, y quién sabe si algún día puede despertar

de su largo sueño, y sacudir toda la isla desde sus cimientos.

Se ha aceptado la teoría de que las propias Cañadas fueron un tiempo un inmenso cráter, el segundo mayor del mundo, y que, durante un período de actividad, surgió de ellas el Pico, que se convirtió en un nuevo cráter. Probablemente, durante este proceso se hundieron las Cañadas, quedando la muralla de rocas que parece formar una perfecta protección del valle de La Orotava, para el caso de que el volcán vuelva a vomitar, algún día, su ardiente lava.

A principios de 1909, los habitantes de Tenerife supieron que su volcán no estaba muerto. Desde casi un año antes, pequeños movimientos sísmicos habían advertido a los expertos geólogos que algo era de temer. En noviembre, se produjeron fuertes detonaciones que sacudieron las casas de La Orotava. Uno de los habitantes describió como de extraña inestabilidad la sensación que le produjeron, como si las casas estuvieran edificadas sobre bases de gelatina. A 37 kilómetros del Pico, se abrió un nuevo cráter y, aunque estaba muy alejado de La Orotava, sus llamas eran claramente visibles desde allí, apareciendo sobre las montañas más bajas del Sur. Parece que hizo poco daño porque, afortunadamente, no había

poblados lo bastante próximos como para resultar afectados por las corrientes de lava, pero por Europa circularon las más exageradas noticias sobre la erupción e, incluso, se dijo que el Gobierno español había lanzado un mensaje solicitando el envío de tropas para evacuar a los habitantes ¡porque la isla estaba hundiéndose en el mar!

Muchos geólogos han expresado su opinión de que es improbable otra erupción antes de un centenar de años, lo que resulta consolador y tranquilizante.

Como los caminos estaban secos, pudimos regresar por otro diferente, más largo pero más bonito, y mucho más recomendable para los que prefieran andar en lugar de cahalgar. Las mulas caminan con mayor firmeza por los caminos pedregosos, y, cuando se vuelve a entrar en la parte del Monte Verde y el terreno es blando, los mal herrados cascos no se adhieren pues, con el tiempo lluvioso, el camino se convierte en un mero deslizadero de lodo que es preferible no utilizar. Fue un hermoso paseo por el borde de la cordillera; perdimos de vista el Pico, pero el valle reposaba abajo, cubierto por ligeras nubes que, movidas por la brisa, permitían contemplar la Villa bañada por la luz del atardecer.

Pedro Gil y, más allá, la Montaña Blanca resplandecían bajo una luz roja y, al fondo, a lo lejos, se veían las montañas que dominan La Laguna.

La mejor vista se disfruta, quizá, desde La Corona. A la izquierda, los pinares de los altos de Icod de los Vinos se extienden, lejanos, hasta el extremo occidental de la isla y, a la derecha, el valle de La Orotava se muestra tendido como en un mapa. Precisamente debajo de La Corona, se divisan los campos cultivados, y el encuentro de una campesina, con su acostumbrada carga a la cabeza, nos recuerda la cantidad de horas transcurridas sin haber visto una señal de vida, no contando, por supuesto, a los dos carboneros que, al amanecer, nos habían dado buenas impresiones sobre el estado del tiempo. Icod el Alto, con la calle más rústica que jamás he visto, quedó pronto atrás, y las mulas bajaron, con tedioso paso, por un camino tan pendiente como los demás para llegar al Realejo Bajo, a la civilización y a la vida prosaica. Una destartalada y reducida victoria, con tres flacos pero valientes caballitos, nos devolvió a casa doce horas después de haber iniciado la excursión. No habíamos pretendido superar ninguna marca y, durante el regreso, tomamos las cosas con tranquilidad. El recorrido, montadas, desde el

Realejo Alto hasta las Cañadas, duró exactamente cuatro horas; luego, tuvimos una hora de descanso, otras cinco de bajada en mulas, una pequeña caminata, y otras dos horas montadas. Y ni nos habíamos mojado, ni estábamos enfermas como para hacer cama durante una semana. Yo oí una buena descripción de este recorrido en mula hecha por alguien a quien se preguntó si era muy fatigoso, contestando: "¡No, porque no tiene que guiar a la mula. Usted móntesc, y deje lo demás a la mula y a la Providencia!"

## IV

### TENERIFE (Continuación)

No sé de nada tan agradable como un paseo a la orilla del mar o por uno de los barrancos próximos a la villa de La Orotava. Siempre había oído que las islas Canarias son ricas en plantas autóctonas, pero comprobé plenamente que casi cada barranco (término que literalmente significa lecho de un torrente pero que, ahora, se aplica a cualquier hondonada o profunda depresión) tendría sus propias y especiales maravillas, y que los acantilados sobre el mar son tan ricos en vegetación que, en muchos lugares, parecen los ejemplos más perfectos de rocallas.

Uno de los mejores paseos desde el Puerto consiste en recorrer la pendiente veredita, casi una trocha de cabras, que va desde el barranco Martiánez a los acantilados al pie de la terraza de La Paz. Es



posible recorrer kilómetros siguiendo aquella dirección, aunque, de vez en cuando, la encantadora ocupación de coleccionar plantas se ve repentinamente interrumpida, porque el camino está cortado por vastos platanares. Pero, por suerte, aún quedan partes sin roturar, y la vereda sigue, llegando hasta el pie del acantilado y a sitios inaccesibles. Hay allí tantas plantas desconocidas para el excursionista extraño, que le resultará difícil saber cuáles prefiere tener en cuenta y cuáles desechar; pero nada más lejos de mi intención que dar una relación completa de las plantas canarias. Durante mi estancia en las islas, comprendí lo que me contaron de un sabio botánico que había estado acopiando materiales durante cuatro años para hacer un catálogo completo de la flora de las Canarias, y que aún no había concluido su trabajo. Creo que, para empezar, la *Euphorbia canariensis*, una de las plantas más típicas y ornamentales del acantilado, merece ser la primera en captar nuestro interés. Los grandes grupos de esta "planta candelabro", como la han bautizado los ingleses (o *cardón*, como se conoce en Canarias) son tan característicos, que siempre estarán asociados en mi mente a los precipicios de Tenerife. Sus grandes columnas acanaladas pueden alcanzar alturas de hasta 3 y 4 metros,

sin contar las hojas, luciendo en lo alto una flor rojiza o un fruto, y teniendo espinas de aspecto amenazante en las aristas de sus robustas ramas. Al hacer una incisión en una de éstas con un cuchillo, brota una savia pegajosa y de aspecto lechoso que si bien, en realidad, no es venenosa, sí es irritante. Dice una tradición que los guanches la utilizaban para atontar a los peces, pero no pude averiguar cómo lo hacían. La vegetación del acantilado presenta, como característica que no puede dejar de llamar la atención, el tenue color gris azulado de casi todas sus plantas. Las chumberas, nombre común aplicado tanto a la *Opuntia dillenii* como a la *Opuntia coccinellifera* —que parece haber sido introducida especialmente para el cultivo de la cochinilla, y que ha quedado sin otra aplicación— las cerrajas (*Sonchus*), las yerbas punteras (*Kleinias*), las manzanillas (*Artemisias*), y casi todas las plantas suculentas tienen color gris verdoso, que contrasta bellamente con el fondo oscuro de las rocas. Estas, cortadas a pico bajo La Paz, son bellísimas, tanto por su formación como por su colorido; por unas partes, son de oscuro color rojo ladrillo, debido a una acumulación de ocre amarillo, y, por otras, de tono amarillo leonado. Las cuevas originadas en las rocas volcánicas

por los embates del mar son tan profundas que se han convertido en viviendas. Se ve más de una familia que, con todos sus bienes y enseres, se han acomodado en aquellos huecos, y allí viven al auténtico aire libre, sin impuestos sobre las viviendas ni gastos de mantenimiento. A mano, tienen el mejor suministro de agua potable, tomada del manantial que brota de la propia roca y que surte a todo el pueblo. Cuando me dijeron que uno de los habitantes de estas cuevas era un loco inofensivo, pensé que no debía ser tan loco como podía parecer, al recordar las mal ventiladas y malolientes chozas habitadas por la mayoría de los pobres.

La yerba puntera, *Senecio Kleinia*, o *Kleinia neriifolia*, arbusto de un metro y medio de alto, tiene el aspecto de un pequeño drago, con sus ramas coronadas de ramilletes de hojas verde-azuladas. El balo, *Plocama pendula*, con su forma ligeramente colgante y de bonito color verde, contrasta, de manera encantadora, con los macizos de Euphorbias y Kleinias; éstas tres, tan típicas de la vegetación del acantilado, son, probablemente, las primeras en captar la atención de los excursionistas. La *Artemisia canariensis* (la manzanilla canaria), es fácilmente reconocible por sus hojas blanquecinas y su fortísimo aroma, poco

agradable cuando se estruja. El espliego autóctono y algunas variedades de crisantemos, probables ascendientes de la llamada "margarita de París", artificialmente obtenida, son especies comunes; pero, en marzo y abril, es posible encontrar otros muchos e interesantes tesoros cuando florecen entre las rocas, al alcance de la mano, y coger puñados de flores y ramas de arbustos probablemente desconocidos para un viajero de climas nórdicos. A su lado, en una húmeda y umbrosa grieta del terreno, anidando a la sombra de las rocas que los protegen de las salpicaduras del agua salada, pueden verse unos hermosos ejemplares de uña de caballo, *Cineraria tus-silaginis*, con todos los matices del color lila, mucho más bellos que los híbridos cultivados. En un hueco inaccesible, se entremezclaban con unos ranúnculos amarillos y, muy cerca, había muchas cerrañas con sus vistosas flores del mismo color. En algunas de las inclinadas peñas —demasiado inclinadas, por suerte, como para permitir la incesante invasión de las plataneras— los esbeltos vástagos de las flores de las pitas, *Agave rigida*, elevan al aire, hasta seis metros de altura, sus orgullosas cabezas. Son los restos de una plantación con la que se pretendía poner en explotación la fibra de las hojas. Esta variedad es la

verdadera *Sisal* de las Bahamas, botánicamente conocida como variedad *sisalana*. Se puede comprender la rapidez de su desarrollo y de su proliferación si se sabe que crece más rápidamente cuando alcanza su madurez para florecer, y que pueden nacer dos mil nuevas plantas de un solo ejemplar. La explotación de la fibra quedó abandonada, como otros muchos experimentos agrícolas en Tenerife; pero me han dicho que están haciendo algunos intentos de llevarla a cabo en la árida isla de Lanzarote.

Entre las peñas, junto a las euforbias y las chumberas, se encuentran, desperdigados, muchos ejemplares de suculentas, tales como la barrilla, *Salsola oppositae folia*, el azaigo, *Ruba fruticosa*, una pequeña *Micromeria* de flores blancas, *Spergularia fimbriata*, cuyas vistosas flores malva podrían ser consideradas una valiosísima novedad en cualquier rocalla inglesa, y el taginaste, *Echium violaceum*, de color violeta azulado, planta que se considera hierba mala en Australia, donde la semilla se introdujo, quizá, por azar. Muchas veces he pensado, al errar por esta rocalla natural, en las enseñanzas que podrían obtenerse en Inglaterra estudiando las formaciones rocosas antes de confeccionar esas tristes imitaciones de la Naturaleza que conducen a lamentables adfesios, no sólo

por lo que desagradan al contemplarlos sino, también, porque no se proporciona a las plantas el ambiente adecuado al intentar cultivarlas.

Las personas de cabeza firme, a las que no importe exponerse por las estrechas y pendientes veredas, pueden deslizarse bajando hasta los arrecifes y, cuando la pleamar salpique hasta el acantilado, se encontrarán sumergidas en una niebla de blanca llovizna, sorprendiéndose de que las plantas puedan vivir bajo esta lluvia salina. La pequeña *Statice pectinata* crece y florece en semejante ambiente y nos recuerda que, en Inglaterra, se llaman "lavandas marinas" porque la variedad inglesa, *S. Limonium*, vive en las marismas. *Frankenia ericifolia*, de minúsculas florecitas, parecida al brezo, vive también bajo este rocío.

Como, con frecuencia, en nuestro deambular sin rumbo fijo, pasamos por grandes fincas totalmente dedicadas al cultivo del plátano, puede ser interesante decir algo sobre esta muy lucrativa actividad. Yo solía salir a mi antojo para contemplar los desmontes de terrenos que estaban siendo cruelmente desposeídos de su natural vegetación: se talaban higueras viejas, nudosas y retorcidas, y cuadrillas de obreros se dedicaban a roturar el suelo para cultivarlo. Muy a

menudo, se retiraba la tierra que cubría la superficie, sustituyéndola por la de abajo; pero, al parecer, el sistema variaba según la naturaleza del suelo. Se construían muros para proteger las plantas o hacer terrazas, y para dar al terreno la pendiente precisa con el fin de que llegara el agua de riego por atarjeas de hormigón. Es, pues, muy fuerte la inversión necesaria para hacer la tierra cultivable; pero, entonces, el resultado obtenido compensaba de sobra los sueños más ambiciosos. Ahora, un buen terreno de regadío produce unas 100 libras esterlinas por hectárea y año —por supuesto, me han hablado de rendimientos de hasta 150 libras que, aunque pueden ser ciertos, son excepcionales. Pero, posiblemente, no hay otro lugar en el mundo donde la tierra de labor rinda tanto. El terreno de secano, aun siendo bueno, sólo produce de 10 a 12 libras por hectárea y año; y, aunque nunca pude averiguar el coste exacto del agua de riego, éste es, sin duda, muy alto, de modo que no toda la ganancia es para el propietario de la tierra.

La vida productiva de un platanar varía entre los doce y los catorce años, pero no se obtiene beneficio alguno durante los primeros dieciocho meses, si no es sembrando patatas entre las nuevas plataneras o,

más bien, manteniendo el cultivo de viejos plantones que retoñarán dando su fruto. Estas plantas se cortan dejando, por regla general, sólo tres vástagos de cada una, que darán nuevos frutos al cabo de nueve o diez meses. Una hectárea de terreno, en plena producción, viene a dar unos 10.000 racimos que, ya empaquetados para la exportación, se cotizan a unos 4 chelines cada uno.

Una buena parte del trabajo en las plataneras es realizado por mujeres que forman largas filas hasta los salones de empaquetado, llevando sobre sus cabezas inmensos racimos de los verdes frutos. Descalzas, vigorosas, muchachas bonitas muchas de ellas, cantan una melopea, con voces curiosamente graves, mientras recorren, espléndidamente erectas, su camino. Por desgracia, su canto se interrumpe bruscamente en cuanto ven a un extranjero. Entonces, se cambia por un coro de *peni, peni, peni*, a voces cada vez más altas si no se les hace caso, que se convierten en un lloriqueo pidiendo *una perrita*, y acompañándolo, a veces, de una lluvia de piedras. Los extranjeros se quejan, amargamente, de este pordioso, pero ellos mismos lo han estimulado tirando dinero a los chiquillos que encuentran por las carreteras, o cuando lanzan una lluvia de monedas a una muchedumbre



de golfillos, en gracia a sus ojos negros y a las lindas caritas que muchos de ellos tienen, por lo que no sorprende que esté creándose una casta cuyo primario instinto les lleva a mendigar. Estoy segura de que, a menudo, *peni* es la primera palabra que se enseña a algunos niños.

Los salones de empaquetado de los frutos constituyen, también, una mancha en el paisaje; a veces, son grandes y disformes cobertizos unidos a las que, en otros tiempos, fueron residencias veraniegas de algunas antiguas familias españolas, donde multitud de hombres, mujeres y muchachas jóvenes empaquetan los racimos de plátanos que se embarcan a millares o decenas e, incluso, centenares de millares, en guacales de madera. Viendo la interminable caravana de carros que, tirados por bueyes enormes, se dirigen al muelle, yo imaginaba la llegada de un barco, con todo su cargamento, a Inglaterra. Con frecuencia, me preguntaba cómo sería posible hallar un tan ilimitado mercado consumidor de plátanos, teniendo en cuenta que Gran Canaria exporta tanto como Tenerife y que, además, tienen con Jamaica un formidable competidor. Hay que esperar que no se sature el mercado, y no caigan los precios; que no ataque una plaga a las plantas, y que las islas no

vuelvan a sufrir una ruina como la que siguió al auge de la cochinilla. Se dice que los plátanos fueron introducidos en Canarias desde el Golfo de Guinea pero éste no es su verdadero origen, y nadie sabe cómo llegaron desde el Lejano Oriente. Desde Canarias, pasaron a las Indias Occidentales y, desde allí, a la América Central. Fernández de Oviedo, autor de la "Historia Natural de las Indias Occidentales", dice haber visto plátanos en 1520, en el huerto de un monasterio de Las Palmas. El nombre botánico del banano, *Musa sapientum*, le fue aplicado por la creencia de que era el fruto del Árbol del Bien y del Mal. La variedad que ahora se cultiva es la *Musa Cavendishii*, la menos tropical y la más adaptada a los climas templados. Localmente se llama *plátano* por corrupción del nombre original inglés, *plantain*, con el que es conocido en Oriente. Aunque esta planta se menciona en las islas desde hace casi cuatro siglos, no se cultivó mientras no se comenzó a alumbrar en las montañas suficiente agua, tan necesaria para esta explotación. Algunos residentes —según pude observar, los que no tienen platanares— lamentan que el exceso de riegos haya hecho más húmedo el clima de La Orotava; pero, si este cultivo ha motivado un cambio de clima, también ha

dado lugar a una evolución en las propiedades de agricultores y terratenientes, y muchos hombres emprendedores que, hace unos años, trabajaban como medianeros y se conformaban con sus cosechas de patatas o tomates, han amasado, poco a poco, considerables fortunas.

Un *medianero* es una especie de servidor que cultiva la tierra a cambio de una parte de las ganancias. El contrato entre el propietario y el medianero es muy diferente según se acuerde, y el sistema es más bien complicado; pero, por regla general, aquél proporciona a éste vivienda gratuita, paga la mitad de las semillas de cereales, patatas o verduras, pero no el coste de la labranza, y los resultados de la cosecha se reparten por igual. A veces, especialmente en el caso del cultivo del plátano, el propietario paga la mitad de los gastos de la plantación, de la recolección y del envío al mercado, pero no los intermedios del cultivo. El terrateniente aporta el importantísimo suministro de agua, pero el trabajo del riego corresponde al medianero, que también paga una parte de los impuestos. Asimismo, se comparte la pérdida de la cosecha por plaga o por mal tiempo. La parte complicada del sistema, que en ciertos aspectos parece bueno, se refiere al reparto de las ganancias

porque, o bien se da como cierta la honradez del medianero, o hay que apelar a un mediador a la hora de recoger la cosecha, para procurar que el propietario reciba su verdadera *media*.

A una mayor altitud, de 250 a 300 metros por debajo de Santa Úrsula, pueblo justamente célebre por sus grupos de palmeras canarias, hay una extensa propiedad, hasta ahora baldía por falta de agua bastante para su cultivo. Junto a la vegetación natural que resiste la sequía veraniega, el propietario ha reunido toda una colección de plantas de secano, entre las que hay algunas autóctonas de Australia. El zarzo dorado parecía hallarse en su ambiente, aunque los árboles aún no habían alcanzado la altura que tendrían en su país de origen. Unos bosquecillos de *Eucalyptus Lechmanni*, con sus curiosos botones velludos, daban una agradable sombra y se ensayaba el cultivo de hierbas nativas de Australia, con la intención de aclimatarlas como plantas forrajeras. El pedregoso terreno estaba cubierto de *Cystus monspoliensis*, muy semejante a la variedad *florentina*, tan apreciada en Inglaterra. Sus blancos capullos cubrían los arbustos. Muchas de las plantas eran las mismas del acantilado de abajo, pero a mí me interesó mucho el hallazgo de la correhuela, *Convolvulus sco-*

*parius*, desarrollándose en su medio natural. Se parece tanto a la retama, que podría ser fácilmente confundida con ella; los naturales la llaman *leña Noel* o *palo de rosa*, pero la flor es como una *Convolvulus* en miniatura creciendo a lo largo de los tallos. Tanto ésta como *Convolvulus floridus* se conocen en las islas como "palo de rosa canario" e *iscoparius* va escaseando debido a la búsqueda de sus raíces que producen un aceite por destilación. El Dr. Morris, de Kew, sentía una gran admiración por *C. floridus* y describe el *gadin*, que es su nombre local, como "una planta de lo más atractivo. Al florecer, parece cubrirse de nieve recién caída. Se trata de una de las plantas nativas que más despiertan la admiración de los naturales de las islas". Se podía ver muchas siemprevivas, *Sempervivums*, y, entre ellas, la curiosísima *S. Lindleyi*. Sus hojas carnosas y transparentes se presentan en grupos, y reciben el nombre local, y muy oportuno, de *uvas de guancho*. La pequeña *Scylla iridifolium* crece por todas partes. Uno podría pasarse días enteros acopiando maravillas. Yo me ví ante la disyuntiva de admirar las espléndidas vistas que se disfrutaban desde aquella altura, o intentar ampliar algo mi más que insuficiente conocimiento de las plantas autóctonas. Junto a la casa, había un cantero

donde se cultivaban las dos más ornamentales variedades nativas de retama, la *Genista rhodorrhizoides* y la *Cytisus filipes*, que deberían ser más cultivadas, con flores blancas muy olorosas. La primera, se parece mucho a la variedad *monosperma*, muy extendida por la costa mediterránea.

También se veían espléndidos ejemplares de la realmente autóctona *Statice arborea* que, durante muchos años, dio lugar a diferencias de opiniones entre los botánicos. Esta variedad se perdió por largo tiempo; se confundió un híbrido de *arborea* y de *macrophylla* con la auténtica variedad, que se creyó extinguida. Parece que el primero que encontró esta planta en Tenerife fue Francis Messon, cuando, en 1778, estuvo de paso hacia El Cabo, describiendo el lugar del hallazgo como "una roca en el mar, frente a la fuente que surte de agua al Puerto de La Orotava". Estas rocas eran las que forman la Cueva del Burgado, al Este de la Rambla de Castro, y allí fue donde Berthelot y Webb encontraron, nuevamente, esta variedad, en 1829, describiéndola, en su admirable "Histoire Naturelle des Isles Canaries". Antes de esta fecha, Broussonet, otro botánico francés, había "descubierto" la planta a poca distancia de allí, en Daute, cerca de Garachico. Más tarde, des-

apareció totalmente de las rocas del Burgado debido, probablemente, a la acción destructiva de las cabras, siendo redescubierta en Daute, hace unos años, gracias al esfuerzo y la tenacidad del Dr. Jorge Pérez. Como había oído hablar de las plantas que viven en rocas inaccesibles, contrató a un pastor para que le proporcionase muestras. Éste tiraba de las plantas mediante cuerdas provistas de ganchos, logrando ejemplares que se habían conservado gracias a que, por su situación, no estaban al alcance de las cabras. Así fue rescatada la *Statice arborea*, que ha vuelto a ser cultivada y es una de las plantas más ornamentales que se pueda ver en los jardines. Sus flores, de oscuro color rojo púrpura, se mantienen lozanas durante semanas, y lucen tanto que incluso una sola planta parece dar colorido a todo un jardín. Las *statices* endémicas en las distintas islas forman una larguísima lista; son todas ellas ornamentales, y prueban el hecho, que ya he mencionado, de las áreas, extremadamente reducidas, en las que se encuentran muchas plantas nativas. La auténtica *Statice macrophylla*, es otra vistosa especie, que sólo encuentra su ambiente adecuado en una pequeña zona de la costa nordeste de Tenerife. *Statice frutescens* es muy semejante a *Statice arborea*, pero de estatura

mucho menor; su ambiente propio parece hallarse —o haberse hallado— en el promontorio rocoso de El Fraile, en el extremo occidental de la misma isla. En 1907, y en una solitaria y alta roca, conocida como Tabucho, cerca de Masca, también en la costa occidental, apareció una nueva variedad que, al principio, pareció tratarse de *Preauxii* pero que, luego, resultó ser totalmente nueva, recibiendo el nombre de *Statice Perezii*, por el Dr. Pérez que la descubrió y envió la muestra a Kew.

La isla de La Gomera contribuye a esta relación con la *S. brassicifolia*, de abundantes flores azules, con sus elevados tallos que facilitan su identificación, y de Lanzarote procede la *S. puberula*, una variedad más pequeña y de diferentes colores. Estas son las *statice* en cultivo más conocidas, aunque hay otras muchas variedades menos interesantes.

En Santa Úrsula, también se interesaban mucho por los *Echiums*, otras plantas canarias. El primer puesto corresponde al taginaste, *Echium simplex*, generalmente conocido como “orgullo de Tenerife”, que da una inmensa espiga de flores blancas y, después de este supremo esfuerzo, muere, como el *áloe*. Por suerte, la semilla germina libremente. De la isla de La Palma, habían llevado semillas de *Echium pini-*



*nana* de las que según se dice, brotaron tallos de hasta 3 ó 4 metros de alto y, aunque las plantas sólo duraron un año, parece que estuvieron a punto de florecer. *E. auberianum*, de flores azules, ha encontrado su ambiente, como muchos *statices*, en lugares casi inaccesibles, entre las rocas de la Fortaleza, a unos 2.000 metros de altitud, cerca de Las Cañadas.

De las paredes colgaban macizos de *Lotus Berthelotii*, una de las plantas nativas que más admiro. Sus largas ramas, con hojas de color gris claro, cuelgan en guirnaldas y, en primavera, dan flores rojo oscuro. La planta es conocida como "pico de paloma"; a mí me pareció que el nombre botánico le ha sido dado al azar, porque no lo encuentro adecuado. Se trata de otra planta de origen desconocido. Parece que procedía de una reducida zona comprendida entre La Orotava y La Florida pero, durante años, los botánicos la han buscado por allí infructuosamente. Una variedad ligeramente diferente se encontró en El Pinar, por encima de Arico, pero también ha desaparecido.

## V

### TENERIFE (Continuación)

Al este de La Orotava, hay una zona donde, en tiempos pasados, los antiguos españoles edificaron sus residencias veraniegas para huir del calor y de la tierra del pueblo. Entonces, los viñedos y los maizales ocupaban los terrenos de los actuales plátanares y huertas de patatas, y ahora es posible ver, en las cercanías, los antiguos lagares, con sus añosas vigas de madera de pinos nativos. Estas prensas llevan largo tiempo ociosas y calladas, porque una plaga asoló los viñedos hace unos cincuenta años, y ya no se almacena el "Canary sack" en las amplias bodegas de aquellas casonas.

Uno de estos antiguos edificios fue nuestra vivienda provisional, por lo que se me ha de perdonar que lo mencione en primer lugar. A él se llega,

desde el Puerto, por un pedregoso y pendiente camino, bordeado de plátanos de sombra y grupos de adelfas, terminando en el llano donde se alza la casona de La Paz. Guarda la entrada la capillita de San Amaro desde donde, una vez al año, el fuerte tintineo de la campana convoca a los trabajadores para asistir a la misa y para acompañar al santo en la procesión, entre incienso y cohetes, siguiendo la larga avenida de cipreses, y asomándose a la orilla de la terraza, sobre el mar.

Dos gigantes cipreses guardan el paso, como centinelas, a cada lado de una desteñida verja de madera. A través de ésta, puede verse, a un lado, una fila de vistosas flores de pascua, destacando su llamativo color rojo sobre un bajo seto de arrayanes y, al otro lado, el alto muro del jardín cubierto de enredaderas color naranja. Transversalmente, y conduciendo a la entrada de la casa, se abre una larga avenida bordeada de cipreses, afilados como lanzas, que se alzan sobre otro seto de arrayanes, cuyos troncos dan fe de su enorme vejez. Un tramo de bajos peldaños lleva al patio exterior al que sigue otro, también guardado por una despintada puerta verde. En éste, las flores se prodigan en brillante desorden, destacándose los setos de boj que bordean los pavi-

mentados paseos. Al fondo de una terraza enlosada está la "Casa de La Paz", asomada sobre el Atlántico. Desde la sólida puerta de cuarterones se disfruta de una despejada vista a lo largo de la recta avenida y, abajo, se divisa el undoso y deslumbrante océano.

Sobre la puerta hay un escudo de armas patinado por el tiempo y encimado por una pieza verde claro de madera tallada, en la que campea una divisa en latín: HIC EST REQUIES MEA, porque a esta casa de reposo venía su primer propietario para descansar de su trabajo en la villa.

Parece saberse muy poco de la historia de La Paz, pero se considera bastante probable que haya sido construida por una familia irlandesa, de nombre Walsh, que emigró a las Canarias, con muchos de sus compatriotas, después del asedio de Limerick, y, en el Puerto, en la iglesia de Nuestra Señora de la Peña de Francia, se conserva la tumba de Bernard Walsh, fallecido en 1721, en la que puede verse un escudo idéntico al de la puerta de La Paz. La familia que, sin duda, emprendió negocios en el pueblo, debe haber considerado inconveniente su apellido extranjero, cambiándolo por Valois, porque Bernard Walsh aparece mencionado en viejos documentos con

su nuevo apellido como alias. Las dos familias irlandesas de Walsh y Cologan se enlazaron, reiteradamente, por matrimonios, y la propiedad pasó a pertenecer a los Cologan, que recibieron el título español de marqueses de la Candia. La Paz pertenece aun a esta familia, aunque hace muchos años que se han ausentado de allí, hasta el punto de que el actual propietario, que vive en la Península, nunca ha sido visto en esta propiedad.

Se dice que Humboldt pasó unos días, como huésped, en La Paz, lo que ha dado lugar a que muchos alemanes la llamen "la quinta de Humboldt" e, incluso, lleguen a decir que fue construida por él, aunque el célebre viajero sólo hizo una rápida visita de cuatro días a La Orotava, en 1799. Del relato de su visita, que figura en sus memorias, resulta dudoso si residió en La Paz o en la casa de la familia Cologan, en La Orotava. Aludiendo a su corta estancia, observa: "Es imposible hablar de La Orotava sin mencionar, recordando a los amigos de las Canarias, a don Bernardo Cologan, cuyo hogar ha estado siempre abierto a los viajeros de cualquier nación. Nos habría gustado residir durante más tiempo en la casa de don Bernardo, y haber visitado con él el encantador paraje de San Juan de la Rambla; pero, en un

viaje como el nuestro, se dispone de poco tiempo para el ocio. Continuamente apremiados por el temor de no alcanzar los objetivos de cada día, vivimos en perpetua dificultad...". Más adelante, dice: "La familia de don Cologan (*sic*) tiene una casa de campo, que ya he mencionado, cerca de la costa. Esta casa, llamada La Paz, está relacionada con una circunstancia que la ha hecho especialmente interesante para nosotros: M. le Borde, cuya muerte lamentó, residió allí durante su última visita a las islas Canarias para determinar la altura del Teide". La casa no tiene pretensiones de belleza arquitectónica, pero sí disfruta de ese aire de paz y dignidad que el paso del tiempo otorga a muchos edificios de dimensiones mucho menos imponentes que las de otros próximos.

Por una corta escalinata, a un lado de la casa, se baja al jardín vallado, una plazoleta rodeada y atravesada por emparrados que forman otras cuatro plazoletas. Un inmenso pino acoge, en el centro de una de ellas, a una fuente redonda donde papiros y aros de Etiopía brindan un buen refugio a unas diminutas ranas verdes. En estos viejos jardines españoles, hay algo que debería ser copiado en otros lugares; se trata de unas pocetas hechas de dobles paredes de

cemento, de poca altura y de unos seis o siete centímetros de espesor, a las que llaman "poyos", y que contienen bonitos arriates de plantas tales como geranios, verbenas, alhelies, claveles, amapolas, y los colgantes "picos de paloma". Todas ellas lucen extraordinariamente de esta forma y, en un nivel más bajo, se extiende un banco a todo lo largo del poyo. Los sembrados están rodeados de olorosos geranios, salvia de hojas blanquecinas, junto a tomillo y boj, en setos cuidadosamente recortados. Es lamentable ver que algunas partes del jardín han sido dedicadas a cultivos más provechosos que el de las flores: una plantación de patatas se alterna, en el verano, con otra de maíz, pero aun queda una buena cantidad de árboles, arbustos, enredaderas y plantas ornamentales. La vistosa *Bignonia vetusta*, de color naranja, cubre una buena parte de la pérgola, cuelga por los muros, y trepa hasta el tejado de una de las alas de la casa. En verano, una *stephanotis* blanca le disputa su dominio e invade lo alto de un cobertizo, perfumando el aire con su delicioso aroma. Entre otras plantas aromáticas, estaban los estramonios cuyas grandes trompetas exhalan su perfume singularmente de noche, y, al comienzo de la primavera, las excelentes florecitas blancas de la *esmilace* trepadora, de

olor tan parecido al del azahar que puede ser fácilmente confundido con él. Los geranios olorosos crecen por todas partes, y los heliotropos, los guisantes de olor y los alhelíes contribuyen a la fragancia del jardín.

La finca tiene muchos ejemplares de palmeras, demasiados, quizá, en perjuicio de las flores, porque, al parecer, sus raíces envenenan el terreno; los hibiscos, los pittosporum y una larga lista de los árboles más comunes en los jardines subtropicales están bien ambientados, pero el árbol más admirado era un venerable ejemplar de olivo, que vivía junto a un bosquecillo de plumosos bambúes gigantes.

El paseo de los cipreses lleva a una amplia terraza que se asoma sobre el mar a tanta altura que da vértigo; abajo, las olas baten contra el acantilado, pero el agua salada parece no afectar a la bella vegetación, pues allí se desarrollan macizos de euforbias y kleinias que se han mantenido a lo largo de los años, haciendo frente a las temperaturas de los inviernos, cuando olas enormes se estrellan contra las rocas. A la izquierda, se extiende el Puerto y, enfrente, es posible divisar, en los días claros, la isla de La Palma, emergiendo de su manto de nubes; durante muchas puestas de sol, el pueblo se baña en



una niebla rosa pálido, reviviendo la vieja leyenda de que, en tiempos remotos, los navegantes llamaban Puerto de Oro o Casa de Oro al portezuelo pesquero, nombre éste último que antes aplicaban al Pico porque, en cada atardecer, el sol poniente tinte de oro pálido su nevada cumbre.

A la derecha, la quebrada costa se alarga en la lejanía, y las montañas se elevan sobre los caseríos que, iluminados, a su vez, por el sol poniente y besados por sus últimos rayos, se visten de color rosa; pero, cuando la bola de fuego se sume en el mar, surgen las sombras, desaparece, en un instante, la luz de esta tierra que no conoce los crepúsculos, y se apodera de ella el frío gris de la noche.

Justamente detrás de La Paz, está el Jardín Botánico, que debe su existencia al marqués de Nava quien, en 1795 y a sus expensas, emprendió la explotación de la colina de Durazno, preparándola para recibir los tesoros botánicos de otros climas. Aunque, con frecuencia, hay quien se queja por su lejanía de la llamada "colonia inglesa", el lugar fue bien escogido, porque la tierra de esta parte del barranco, que lo separa de la lava volcánica, es, sin duda, más fértil y, siendo más compacta y más profunda, resulta menos propicia a plagas y enfermedades, calamidades

que amenazan a los jardines creados sobre suelos más ligeros y más secos, por no disponer de riego suficiente. En este jardín se coleccionan plantas de todos los lugares del mundo, pero se necesitan nuevos terrenos porque, lamentablemente, los inmensos árboles y los arbustos hacen muy difícil el cultivo de flores. Humboldt estimulaba la creación de estos jardines para introducir plantas procedentes de Asia, África y Sudamérica, señalando que: "En tiempos más dichosos, cuando las guerras navales no interrumpían, por tan largo tiempo, las comunicaciones, el Jardín de Tenerife resultaba extraordinariamente útil en relación con la enorme cantidad de plantas enviadas desde las Indias a Europa; con frecuencia, muchas morían antes de llegar a nuestras costas, debido a la duración de la travesía durante la cual respiraban un aire saturado de agua salada. Estas plantas podían hallar en La Orotava el clima y los cuidados necesarios para su conservación; en Durazno, crecen, al aire libre, los Protea, los Pridium, los Jambos, la chirimoya del Perú, la sensitiva y la Heliconia."

Sería imposible dar una lista de todos los árboles y plantas, pero quien tenga curiosidad puede disponer del excelente catálogo redactado por el Dr.

Morris, de Kew, que se interesó mucho por este Jardín durante su visita a las islas, en 1895. El Jardín cayó, durante años, en un penoso estado de abandono pero se ha recuperado, con una nueva dirección, hasta volver a alcanzar su antiguo esplendor. Entre las principales galas del Jardín figuran los bellísimos ejemplares de pinos nativos, *Pynus canariensis*, un inmenso *Ficus nitida*, que es uno de los mejores árboles de sombra, y los viajeros de los trópicos encontrarán allí un viejo amigo en el *Ravenala madagascariensis*, el "árbol del viajero", que siempre tiene agua en el hueco de sus hojas.

Carretera arriba, se encuentra la finca de San Bartolomé. Ahora, su terreno está totalmente dedicado al cultivo del plátano; la casa está dejada en manos de un medianero, y el jardín no es más que un recuerdo de pasadas glorias. En el patio de la casa había un burro atado bajo una buganvilla púrpura, y unos altos cipreses parecían lamentar la decadencia de las cosas. En la capilla, todavía se celebra una misa cada día, pero me dijeron que la casa no se abre desde hace siete años. En el jardín, han crecido sin cuidados los setos de arrayanes, los jazmines se han convertido en una inmensa maraña, y los poyos,

que en otros tiempos estuvieron llenos de plantas, están desmoronándose hasta casi desaparecer.

Cerca de allí está El Ciprés, antigua casa de campo famosa por sus espléndidos cipreses, que nunca faltaban en los viejos jardines españoles y que, ahora, por desgracia, parece que ya no se plantan. Esta casa ha sido transformada en *pensión* y, así, también se ha esfumado su gloria. La finca El Drago ha tenido más suerte, porque ha sido rescatada de manos extrañas, y la abundancia de enredaderas, especialmente el jazmín azul, *Plumbago capensis*, que, en otoño, luce un completo dosel de pálidas flores, se extiende sobre las pérgolas que, junto con los espléndidos árboles, sirven de puntos de referencia en el paisaje.

Una tarde, me aventuré unos kilómetros más allá, por otro desierto jardín no del todo descuidado porque, según me dijeron, el dueño de la casa pasa allí unas semanas cada verano. Se veía que había sido trazado inicialmente con mucho esmero y no al azar, como sucede en otros muchos jardines; además, supe que había sido planificado por un jardinero portugués, y reconocí que los pequeños canteros, con sus bien cortados setos de boj, y los macizos de romero y brezo, aunque algo descuidados, permitían ver que,

en tiempos pasados, habían sido recortados al estilo de los buenos jardines lusos. Los muros del jardín y los bancos de cemento, con encantadores dibujos, conservaban huellas de pinturas al fresco de deliciosos colores, y unos azulejos de color verde pálido cubrían las paredes de la fuente en la que crecían papiros, aros y ñames. La casa, cuyo tejado estaba materialmente cubierto de *vistaria*, estaba rodeada por una balconada cuyas paredes estuvieron pintadas pero que, ahora, desdichadamente, han quedado destruidas por los bultos de plátanos empaquetados. Los únicos habitantes del jardín parecían ser una pareja de pavos reales; a la vista de una intrusa, el macho abrió su cola y dio unos pasos por la terraza, como para hacer los honores de la mansión. Los lugares que antes estuvieron llenos de begonias, azucenas, geranios y toda clase de bellas plantas, están ahora excesivamente sombreados por grandes árboles. Me gustaría que este jardín recuperase su antiguo esplendor.

Al otro lado del ancho barranco, están San Antonio y el Sitio del Pardo, antiguas casas construidas antes de que comenzara a desarrollarse la villa y aparecieran nuevos edificios en la parte occidental. Hace unos años, se inició la construcción de una nueva

carretera a través del barranco para enlazar con la del Puerto; pero se dejó sin acabar incluso después de haber construido un puente, porque el dueño de una pequeña parcela de terreno se negó a vender o a permitir el paso por su propiedad. Así, sigue la "carretera cortada" porque, al buen estilo español, nadie se había tomado la molestia de averiguar si se disponía del terreno antes de comenzar la obra; y el tráfico para el Puerto sigue teniendo que hacer, lentamente, un superfluo rodco de varios kilómetros.

El Sitio es otra de las antiguas casas visitadas por Humboldt, cuando asistió a una fiesta campestre, la víspera de San Juan, en el jardín cuyo primer propietario parece haber sido Mr. Little. Humboldt dice: "Aquel caballero, que prestó un gran servicio a las Canarias durante la última hambruna, ha cultivado una colina cubierta de materias volcánicas. En aquel delicioso lugar, creó un jardín inglés desde el que se disfruta de una magnífica vista del Pico, de los pueblos diseminados a lo largo de la costa y de la isla de La Palma, rodeada de una vasta extensión del Atlántico. Yo soy incapaz de comparar este panorama con ningún otro, si no es con los de las bahías de Génova y de Nápoles; pero La Orotava es muy superior, por la magnitud de las masas y por la

riqueza de la vegetación. Al comienzo de la tarde, la falda del volcán mostró el más repentino y extraordinario de los espectáculos: los pastores, siguiendo una antigua costumbre, sin duda española y de la más remota antigüedad, habían encendido las hogueras de San Juan. Las esparcidas lumbres y las columnas de humo, llevadas por el viento, formaban un bello contraste con el oscuro verdor del bosque que cubría las laderas del Pico. Voces de júbilo, que venían de lejos, eran los únicos sonidos que rompían el silencio de la naturaleza en aquellos solitarios parajes.”

El Sitio es también muy conocido por la casa en la que estableció su cuartel general Miss North, cuando visitó Tenerife e hizo su colección de dibujos de plantas de los jardines canarios, que ahora está en el museo de Kew. Miss North parece haberlo pasado muy bien allí y, en su libro “Recollections”, describe este jardín de la manera siguiente:

“Allí hay arrayanes de hasta tres, y tres y medio metros de alto, y buganvillas que trepan por los cipreses (Mrs. Smith, entonces dueña del jardín, se quejaba por lo que aquéllas ensuciaban), y unas azucenas de largas flores eran tan altas como yo. El suelo estaba blanco, cubierto de pétalos de azahar de

naranjos y limoneros; los enormes *Cherokee* rosados (*Rosa laevigata*), cubrían una gran barraca con sus hermosas flores. Jamás aspiré aroma más dulce que el de las rosas de aquel jardín. Sobre todo, la vista de la nevada cumbre del Pico, a la salida y a la puesta del sol, es del máximo esplendor, pero aun es más deslumbrante a la luz de la luna. Desde el jardín, podía dar algunos paseos hasta las colinas de lava sobre las que Mr. Smith había logrado reimplantar la vegetación natural de la isla. Magníficos aloes, cactus, euforbias, cinerarias, varios brezos y otras plantas típicas alcanzaron su máximo desarrollo. Los eucaliptos se plantaron en la parte alta y se dieron bien, con sus desgarradas cortezas colgando, y rodeados de trozos de ellas. Yo apenas hacía una salida sin encontrar algo que pintar, y gozaba de la vida, en la paz más perfecta, y de una completa felicidad, confortada, cada día, por el afecto de mis buenos amigos.”

Esta propiedad ha tenido la suerte de pasar a otras manos que aun la aprecian, y los párrafos anteriores, aunque escritos hace muchos años, siguen siendo una excelente descripción del jardín.

San Antonio no ha sido tan afortunado. Su jardín fue, durante muchos años, el orgullo de La Oro-



tava. En la parte explanada frente a la casa, había plantas y árboles originarios de todas las partes del mundo; pero, cuando lo abandonó su creador, el propietario arrancó despiadadamente las plantas para cultivar plátanos. Aun es posible ver algunas buganvillas entre las plataneras, trepando por unas empalizadas, pero quedan pocas, excepto en una terraza que hay debajo de la casa, como para dar testimonio de que el jardín estuvo, en otro tiempo, bien cuidado. Aun quedan, también, algunos restos de buenos arriates. El estilo de las paredes, arcos y cenadores es claramente Chippendale, por su carácter y por su dibujo, y están pintados de un apagado color verde claro. En otros varios lugares, he visto admirables detalles en las maderas de los tabiques, al fondo de las galerías, y en los remates de las puertas. El Chippendale debe haber sido muy admirado y copiado en las Canarias, porque aun hay, en las más humildes casitas de campo, sillas de auténtico diseño de aquel estilo, aunque toscamente realizadas.

## VI

### TENERIFE (Continuación)

Icod de los Vinos, una pequeña villa situada sobre la costa, a unos treinta kilómetros de La Orotava, fue, en sus buenos tiempos, un gran centro vinícola y productor de cochinilla. Sus días de prosperidad son ya cosa del pasado, aparentando ser hoy un pueblo dormido; pero, quizá por esta razón, es más pintoresco que algunos de sus más ricos vecinos, cuyos habitantes tienen medios para construir casas más modernas y menos agradables.

El paseo en automóvil desde La Orotava hasta Icod es, con mucho, el más bonito de la isla.

En cuanto se deja atrás el polvoriento tramo de la carretera que va desde Tacoronte al Puerto, la excursión resulta muy amena. La carretera pasa por el pie del pintoresco pueblo del Realejo Bajo, bordea un pre-

cipicio del que cuelga el caserío de Icod el Alto, unos 500 metros más arriba, y sigue la costa. Cada curva del camino ofrece una nueva vista de la profundamente dentada orilla del mar, entre los viejos tarajales, curvados por el viento, que bordean la carretera. Las largas filas de eucaliptos, con sus rasgadas cortezas colgando a tiras, estarán para siempre asociadas en mi memoria a las carreteras de Tenerife. A primeros de marzo, la vegetación nos recuerda que ha llegado la primavera. Los geranios, por fuera de las casitas, anuncian su esplendor veraniego, orlando los muros o colgando de los tejados. Las lluvias del invierno han eliminado el polvo de los cercados y de las márgenes de la carretera; los puntos donde el agua gotea de las rocas se han cubierto con un espeso manto de helechos de cabello de Venus, y las flores de color lila de uña de caballo (*Cineraria tussilaginis*), tachonan los campos. Me agradaría saber si de esta planta procede la variedad conocida por *Cineraria stellata* que se cultiva, desde hace unos años, en invernaderos ingleses. Las mismas rocas se adornaban con la curiosa siempreviva plana, *Sempervivum tabulaformae*, que recuerda unas verdes cabezas de clavos de gran tamaño, y de la *S. canariensis* surgían flores como espigas, que brotan de unas rosetas semejantes a las coles.

Pequeñas cascadas proporcionan el grado de humedad, se extienden las zarzas comunes colgando en enorme profusión, retorciéndose consigo mismas hasta dar la impresión de ser lianas de una selva tropical. En las oquedades, y debajo de los puentes de piedra, las frondas de helechos, las hojas curvadas de algún vástago de platanera, y las anchas de un ñame común sugieren un jardín subtropical.

Entre la carretera y el mar, hay amplias zonas de plataneras, fuentes de riqueza para sus propietarios que ya no frecuentan las residencias veraniegas que poseen en estas fincas. Los abandonados jardines hablan de pasados deleites, y muchas de estas casas se han dejado caer en la destrucción y la ruina, o están simplemente habitadas por el medianero de la finca.

A las afueras de San Juan de la Rambla, la carretera pasa sobre un puente de piedra y, justamente al otro lado, el barranco de Ruiz corta la montaña. Es un gran cauce rocoso por el que, siguiendo un estrecho y pendiente camino, se puede llegar a Icod el Alto, en la parte más elevada del barranco.

El pueblo de San Juan de la Rambla está pintorescamente situado. A todos los viajeros, a su paso frente a una vieja casa, en una angosta callejuela, se les muestra un balcón de madera bellamente tallada.

Nos dijeron que, afortunadamente, este balcón está hecho de la durísima y muy durable madera de los hermosos pinos nativos, *Pinus canariensis*, que cada vez escasea más en las zonas bajas de la isla. A esta madera la llaman *tea*, y los campesinos no dan a sus árboles otro nombre que el de *teasoles*.

Pasado San Juan, el Pico concentra todo el interés de la excursión. Atrás queda la lujuriente vegetación, se olvida la belleza de la costa, y el aspecto completamente diferente que presenta el Teide absorbe toda nuestra atención. Al fondo, no hay más que un terreno rocoso, pero la abundancia de *Cistus berthelonianus* alegra el árido paisaje con sus macizos de vistosas flores rosadas. En algunos lugares, se entremezclaban con asfodelos que, con sus espigas de rutilante blancura y sus parduzcas flores, no parecen merecer su romántico nombre. La verdad es que siempre han salido perjudicados por mi idea preconcebida del asfodelo —la flor favorita de los antiguos, la flor del feliz olvido— que, en mi imaginación, era como un soberbio lirio, de puro blancor, y los “campos de asfodelos” de nuestras lecturas eran verdes y húmedos prados donde crecían los lirios hasta las rodillas, y no áridas pendientes de piedra pómez donde se elevan las erectas varas de estas extrañas

flores, desde grupos de hojas estrechas y medio famélicas. Su nombre vulgar es *gamona*, y una de las zonas más extensas de Gran Canaria donde abundan se llama el *Llano de las Gamonas*.

A mayor altitud, comienza el pinar, bosque poblado por el más hermoso de todos los pinos, el nativo *Pinus canariensis*. En la zona baja del terreno cultivado, quedan algunos ejemplares que se han librado de una completa destrucción, pero están mutilados en su mayor parte, por habérseles cortado las ramas más bajas para leña o, quizá, por creerse que sus sombras perjudican a las patatas y a las cebollas. Los ejemplares más jóvenes parecen plumeros, por haberles dejado sólo un copete en lo alto.

La pequeña ciudad de Icod de los Vinos está situada en una gran ladera, entre muchas corrientes de lava. Tiene una plaza muy pintoresca, con un jardincito y una fuente frontera a la iglesia de San Agustín, cuya fachada luce varios balcones de *madera tallada, como los que embellecen todas las casas antiguas de Tenerife*.

Todos los visitantes van a contemplar su famoso drago, *Dracaena draco*, orgullo muy justificado de los icodenses, porque ahora, desde la desaparición de su rival de La Orotava, es el mayor y el más antiguo de

la isla. Nos aseguraron que su edad excede de los 3.000 años, afirmación que yo no estaba en condiciones de rebatir; por otra parte, me habría guardado muy bien de aparentar incredulidad que podría ser interpretada como menosprecio de su casi sagrado drago. Sin duda, el desarrollo de estos árboles es increíblemente lento; crecen en altura como una palmera, echando nuevas hojas en el centro de la copa, y perdiendo la misma cantidad de las viejas por abajo, proceso del que van quedando señales en la corteza. Al parecer, nadie sabe con qué frecuencia florecen; pero, con toda seguridad, es sólo una vez cada muchos años, brotando nuevas ramas sólo después de la floración; en ejemplares centenarios, la copa se convierte en una masa de pequeñas ramas de extremos como ramilletes que, a su vez, se subdividen, y así sucesivamente, hasta el punto de que uno empieza a preguntarse si no habrá algo de verdad en lo de la enorme edad que se le atribuye. Las curiosas raíces aéreas descienden gradualmente y refuerzan el tronco original, permitiéndole soportar el peso enorme de la frondosa copa, porque, al parecer, el tronco está siempre interiormente podrido, de modo que, con el tiempo, el interior de estos venerables ejemplares se ha quedado hueco. Un documento que describe este árbol, dice:

“Dentro, no tiene corazón. Su madera es muy esponjosa y ligera, por lo que sirve para cubrir las colmenas y para escudos. La savia que exuda se llama sangre de drago; y la mejor, la sangre de goteo, es la que desprende sin hacerle cortaduras. Es muy buena como medicamento, para sellar cartas, y para teñir los dientes de rojo.”

Icod es un buen punto de partida para excursiones; y los que se sientan con valor bastante como para enfrentarse a una sucia e incómoda *fonda* española, pueden pasar allí, agradablemente, una semana más o menos. Es una verdadera lástima que no haya mejores alojamientos disponibles en muchos de los pueblecitos, porque yo me siento incapaz de hospedarme en una de sus posadas. No hay cosa peor que la incómodidad de unas casas sucias, una comida intragable; y el ruido del patio de una fonda donde, con toda frecuencia, las cabras, las gallinas, las palomas y los rebuznos de los burros se añaden al concierto de los estridentes chillidos de las criadas.

Ahora que hay automóviles disponibles en La Orotava, se facilitan mucho las excursiones de un solo día. Antes, la mayor parte del tiempo se iba entre la ida a Icod y el regreso; pero, si se sale temprano, queda un buen rato para estar en Icod hasta la una,



pudiendo visitar la cueva de enterramientos guanches, o para seguir por la carretera hasta Garachico. Este pueblo, ahora sin importancia, fue antaño el puerto principal de la isla, de lo que nos dan buena idea iglesias y conventos aun existentes, que hablan por sí solos de la antigua importancia del lugar. Entonces, cuando Icod de los Vinos, como indica su nombre, era célebre por sus caldos, los que allí se producían se embarcaban por el puerto de Garachico. La antigua fábrica de azúcar, que aun existe, fue propiedad de una firma inglesa, pero las distintas épocas de auge del vino, de la cochinilla y del azúcar son algo del pasado, y La Orotava es ahora el centro, con su próspera producción platanera.

Las excursiones más agradables a realizar desde Icod son, seguramente, las del pinar que hay detrás de la ermita de Santa Bárbara. Los buenos andarines encontrarán magníficos lugares para pasear por terreno llano después de haber realizado la primera subida, de unos 900 metros, llegando hasta la Corona y bajando, por un camino en zig-zag, hasta Icod el Alto, o siguiendo por otro más bajo, en una buena mula, hasta La Orotava.

## VII

### TENERIFE (Continuación)

Para ir de La Orotava a Güímar, muchos viajeros cruzan las montañas entre el invierno y la primavera, que es la época mejor para esta excursión. Aunque el tiempo que realmente se tarda para recorrer la distancia entre ambos puntos es de unas siete horas, dependiendo del estado del camino, lo aconsejable es salir temprano, y aprovechar el tiempo antes de la una para tener ocasión de descansar en algún punto y disfrutar de las vistas.

Dejadas atrás las últimas y empinadas calles de la Villa, el campo cambia de aspecto. Han desaparecido las plataneras —que ya resultan algo monótonas después de una larga temporada en aquellos contornos— el aire es más fresco y, al amanecer, el suelo está impregnado de humedad. En la primavera,

los tiernos maizales colorean el campo de un verde intenso, y los perales y otros árboles frutales aclaran el paisaje, mientras, al borde de los caminos, se agrupan las pequeñas *Fuchsia coccinea*, de flores rojas, y los grandes pies de retama común, florecidos de amarillo. Por todas partes, se prodigan las maljuradas o hierbas de San Juan, *Hypericum canariensis*, y la *H. floribundum*, cargadas de bayas, porque sus pétalos se han caído unos meses antes. Los helechos y las violetas de olor crecen en los lugares húmedos y sombríos y, de vez en cuando, aparecen los preciosos macizos de escobones, *Cytisus prolifer*, como espolvoreados por una capa de flores blancas, suaves y sedosas. Poco a poco, se llega a la región de los castaños; pero éstos, que han perdido sus hojas con los fríos de primeros de enero, aún están desnudos, y resulta triste ver cómo han sido terriblemente mutilados por los campesinos. Aunque no se permite talar los árboles, parece que las leyes no protegen sus ramas y, con frecuencia, apenas quedan más que los troncos y unas cuantas ramas dispersas, porque lo demás ha sido cortado a hachazos, para hacer leña. Pronto aparecen los brezos, *Erica arborea*, de flores blancas, y de las vistosas *Cistus vagi-*

*natus*, con pétalos de color rosa, que yo no conocía.

A unos 1.200 metros de altitud, se llega al caudaloso manantial de Aguamansa. Aunque, no está, realmente, en el camino que lleva a Gülfar, muchos excursionistas se desvían ligeramente para ir a visitarlo y contemplar el paisaje hermosamente poblado de árboles. La ausencia de bosques en la parte baja de esta región hace doblemente apreciada la vegetación de esta garganta, entre pendientes laderas. Muchos angostos senderos pasan entre brezos y laureles y, en la vertiente umbría del valle, la extrema humedad del ambiente ha vestido los troncos de los árboles con el vetusto gris de los líquenes. El lujo del rumor de una corriente de agua es raro en Tenerife, por lo que una siente la tentación de demorar su marcha, y gozar de él un instante, a la sombra de un gigantesco castaño que ha acogido a muchos excursionistas del Puerto.

Repasando un corto sendero, se vuelve al camino; enfrente, a lo lejos, se vislumbra Pedro Gil, y comienza la subida de una larga pendiente, un estrecho camino de herradura que se abre paso entre espesas ramas de brezos. Aquí, los brezos son simples arbustos, y no como los espléndidos ejemplares de

Agua García, que están protegidos de la saña de los carboneros, pero son preciosas las amplias extensiones cubiertas de blancas flores que surgen, de manera encantadora, de entre la niebla que atraviesa el monte de vez en cuando, incluso en los días claros.

En estas cumbres, la vegetación es la misma que encontramos camino de Las Cañadas y, en primavera, las menudas flores amarillas de los codesos, *Adenocarpus viscosus*, o del *anagyris*, asomando entre las hojitas que pueblan sus ramas, son casi el último signo de vida vegetal. En esta región, sólo hay algunas manchas de musgos que viven gracias a la humedad de las nubes y que, con la mayor frecuencia, envuelven estas alturas. Al llegar a éstas, y cuando el cielo está despejado, se olvida la larga y más bien tediosa escalada de la última parte del camino, disfrutando del magnífico panorama que, entonces, se divisa. La parte más elevada, a 2.000 metros de altitud, está en el borde de lo que se puede considerar la espina dorsal de la isla, en una de cuyas vertientes se despliega el valle de La Ortava, con el Pico alzándose a la izquierda, grande y majestuoso, y, en la otra, la pendiente que llega hasta el pinar que domina Arafo. No es posible coincidir con un autor que describe este paisaje como

“de inmensa desolación y fealdad, cuyo silencio sólo se rompe por los graznidos de las cornejas que dan vueltas planeando”. Este silencio, esta tranquilidad, es, precisamente, lo que atrae a tantos en estas regiones montañosas; en la completa paz que reina en estas alturas, hay algo intensamente reparador, que incluso inspira un cierto temor reverencial.

Fue preciso hacer una larga parada para que descansaran los muleros y sus bestias, no sólo porque el camino es largo y fatigoso sino, también, porque el sol es tan extraordinariamente fuerte que, a pesar de la altura, parece abrasar las inclinadas y áridas pendientes de lava y arenas volcánicas, así como las sueltas cenizas que, al final del descenso, entorpecen el paso de las mulas. El llamado camino resulta casi invisible excepto para los avezados ojos de las caballerías que lo buscan entre las sueltas escorias. Cuando uno pregunta “¿Dónde está el camino?” encuentra la invariable respuesta del arriero, “*El mulo sabe*”, en lugar de decir “*A la derecha*” o “*A la izquierda*”. Comprobé que el hombre tenía razón: el mulo sabía.

Muchas personas prefieren la subida a la bajada. Por mi parte, aunque tengo que elogiar a las mulas como medio de locomoción para las subidas, hubo

momentos en que opté por confiar a mis propias piernas la bajada por aquellas trochas de arenosas cenizas.

El hecho de que la vertiente oriental de la cordillera sea más cálida y más seca, porque la pluviosidad es menor, hace que la vegetación busque una mucho mayor altitud, abandonando el estéril suelo de cenizas y lava. Pronto nos saluda nuestro viejo amigo el *Adenocarpus*, como adelantado de la vida vegetal, y vamos pasando, gradualmente, por las regiones de los pinos, los brezos, los laureles y, finalmente, por los huertos.

La depresión conocida por valle de Güímar ha sido descrita como "uno de los más formidables efectos de las fuerzas eruptivas que puedan verse en el mundo. El valle parece haber sido materialmente lanzado al espacio". Una red de corrientes de lava, que podrían ser tomadas por diques, parecen cortar la superficie, siendo de gran interés para los geólogos. Al observador ordinario le parece, en efecto, un desolado yermo, y la negra corriente, conocida como "el volcán de 1.705" no ayuda a dar vida al paisaje. El blanco líquen, que es el verdadero anuncio de la vida vegetal, está sólo comenzando a aparecer, aunque, en oquedades donde, probablemente, profundas

grietas de la lava dejan al descubierto algo del suelo subyacente, las fuertes euforbias encuentran donde aferrarse, y otras plantas igualmente robustas, como la plumosa *Sonchus leptcephalus*, ya mencionada, parece bien ambientada sobre la lava. Quizá cuando pase otro siglo habrá cambiado el panorama; pero, desde luego, durante los doscientos años ya transcurridos desde la erupción no han aparecido señales de un retorno de la vegetación, pues el río de fuego hizo su trabajo bien a fondo. Es grande el alivio que se siente al llegar al pinar que domina Arafo y, pasado el cansancio —no el peligro del descenso— agrada llegar, en Güímar, a la comodidad del bien llamado Hotel Buen Retiro.

Aunque está a más de trescientos metros sobre el nivel del mar, la situación de Güímar es tan abrigada, acogida como un nido entre montañas, que presume de tener uno de los mejores y más soleados climas de Tenerife. El florido jardín del hotel lo prueba por sí sólo mejor que cualquier anuncio o guía, y especialmente botanistas o amantes de las plantas pueden pasar allí una semana explorando los distintos barrancos de los alrededores. El del Río está reconocido como el lugar que ofrece la mejor colección botánica de la isla. El Dr. Morris dice que allí



encontró no menos de un centenar de diferentes especies de plantas autóctonas, muchas de las cuales no habían sido vistas por él en otros sitios. Las húmedas rocas están cubiertas de helechos "cabello de Venus", y los ranúnculos, "*Ranunculus cortusae-folius*", se dan perfectamente en la humedad y al aire libre. El barranco de Badajoz es, quizá, más amplio y más escarpado; en algunos puntos, sus rocosas paredes alcanzan los 60 metros de altura, y llaman mucho la atención de los que admiran estos agrestes paisajes. Durante mi estancia en Tenerife, nunca logré ver una rugiente cascada despeñándose desde aquellas alturas. Puede que hayan existido en el pasado, y desaparecido a consecuencia de alguna erupción, porque allí parece haber el lecho de una corriente; pero, lamentablemente, no hay ni gota de agua. La que haya, por poca que sea, ha de ser aprovechada para el consumo del pueblo o para el riego; y esto, combinado con la deforestación de la isla, ha contribuido, sin duda, a secar los barrancos. Pero en Güímar es donde hay más agua que, procedente, supongo, del Barranco del Río, o de la Madre del Agua, abastece a todo el pueblo.

Los que se interesan por las reliquias, pueden visitar El Socorro, a una hora de marcha a pie, pri-

mitiva morada de la milagrosa imagen de la Virgen de Candelaria. Fue tan célebre esta imagen que la Hakluyt Society publicó casi un libro entero, con una traducción de documentos antiguos sobre ella hecha por Sir Clement Markham. Se supone que la imagen fue hallada, hacia el año 1400, por unos pastores que la encontraron colocada sobre una piedra de un árido y desierto lugar de la playa.

Más tarde, cuando los españoles conquistaron la isla, alzaron una cruz para señalar aquel lugar, y construyeron, enfrente, la pequeña ermita llamada "del Socorro". Un pastor vio lo que le pareció una mujer que le cerraba el camino, llevando un niño en brazos, y como, bajo pena de muerte, la ley prohibía a un hombre hablar a toda mujer que se encontrase en lugar solitario, le hizo señas para que se apartase, dejando pasar su rebaño. Al no ser obedecido ni recibir respuesta, tomó una piedra para tirarla a la supuesta mujer, pero su brazo quedó repentinamente rígido, sin poder moverlo. Su compañero, lleno de miedo, quiso averiguar si se trataba de una mujer viva, para lo que intentó cortarle un dedo, pero se cortó uno de los suyos, quedando intactos los de la imagen. Según esto, se trató de los dos primeros milagros de la sagrada efigie.

Los pastores dieron cuenta de estos hechos al mencey de Güímar quien después de ver la rigidez del brazo y los cortes en los dedos, convocó a sus consejeros para consultarles sobre lo que debería hacer. Acompañado de su séquito y guiado por los pastores, llegó al lugar, y ordenó a éstos que levantaran la imagen porque, al parecer, no era un objeto viviente. Al aproximarse a ella los pastores para cumplir las órdenes del rey, el brazo del uno y los dedos del otro quedaron instantáneamente sanos. El mencey y sus acompañantes quedaron sorprendidos por las raras y espléndidas vestiduras de la mujer, que ahora probaba estar investida de poderes sobrenaturales. Decidido a honrar a tan extraña huésped de sus dominios, el rey de Güímar tomó a la imagen en sus brazos, y la llevó a su morada.

Los no creyentes dicen que la imagen era, simplemente, el mascarón de proa de un buque hundido frente a la playa, pero los creyentes sostienen que era tan bella, tan hermoso su vestido, y tan brillante el oro que la adornaba, que no podía ser obra humana, y que, por otra parte, la acción del mar habría ajado la vistosidad de sus colores.

El mencey envió la noticia de su hallazgo a los demás reyes de la isla, y ofreció que la imagen, evi-

dentemente dotada de sobrenaturales y sagrados poderes, pudiera pasar la mitad del año en el territorio del mencey de Taoro. Fue declinada la oferta, pero éste llegó, con muchos de los suyos, para contemplar la nueva maravilla que estaba cuidadosamente guardada en un hueco dentro de la cueva. La imagen permaneció, durante unos cuarenta años, protegida por los infieles, que la contemplaban con toda reverencia, y, luego, por un joven, llamado Antón, que había sido convertido al Cristianismo por los españoles para que explicase a los nativos cuál era la naturaleza de su tesoro. Cuando le mostraron la efigie, la reconoció inmediatamente como representación de Nuestra Señora y, después de haber orado ante ella, instruyó a los naturales sobre la historia de la Virgen María. En recompensa, el joven fue nombrado camarero de la imagen, guardándola día y noche. De vez en cuando, se veían procesiones por la playa, y se encontraban restos de cirios, creyéndose que había caído una lluvia de cera sobre la orilla para que se hicieran velas que ardiesen en honor de Nuestra Señora de la Candelaria.

Las islas vecinas tuvieron pronto noticias de la sagrada reliquia y acudieron a visitarla muchos de sus habitantes. Durante varios siglos, y en diferentes

ocasiones, se atribuyeron a la imagen maravillosos milagros, mientras seguía siendo guardada con la más profunda reverencia, aunque su alojamiento y su cuidado dieron lugar a varios conflictos. En una ocasión, fue robada y llevada a Fuerteventura, pero devuelta más tarde.

Desgraciadamente, en 1826, durante una gran tempestad, el mar arrebató la sagrada imagen, perdiéndose la Virgen de la Candelaria original y, aunque hicieron una nueva, que fue bendecida por el Papa, nunca ha sido considerada con tanto respeto ni con la misma reverencia, si bien numerosos peregrinos visitan la iglesia el 15 de agosto de cada año, fiesta de la Candelaria y, también, el 2 de febrero.

## VIII

### GRAN CANARIA

He notado que, en un grupo de islas, siempre hay celos entre sus habitantes. Claro está que, en el pasado, no se conocían, y hasta hablaban lenguas diferentes que dificultaban su mutuo entendimiento. Aunque, naturalmente, éste no es el caso porque, en pocas horas, los pequeños vapores interinsulares cruzan de una isla a otra, aun es posible oír en Tenerife que, en Gran Canaria no hay nada que ver y, si uno visita antes Las Palmas, probablemente le dirán que va a perder el tiempo, si se propone pasar unas semanas o unos meses en Tenerife o, incluso, si pretende hacer una visita rápida a las otras islas.

Aguardaba yo, llena de curiosidad, nuestra visita a Gran Canaria cuando, una tarde de finales de mayo, nuestro vapor se deslizó alrededor del istmo conocido por La Isleta, y penetró en el Puerto de la

Luz. Muchas ciudades parecen más bonitas vistas desde el mar, y esto es, quizá, especialmente cierto en el caso de Las Palmas. Estaba poniéndose el sol tras las bajas colinas que asoman sobre una larga línea de dunas, moteada de tamariscos, que va del Puerto a la Isleta y, a la luz del atardecer, la misma ciudad, distante unos cinco kilómetros, parecía muy atractiva, con las torres de su catedral asomando sobre las palmeras de la costa.

Pronto desapareció la ilusión con el desembarco; la tierra, como es normal en Las Palmas, volaba jubilosamente llevada por el viento del nordeste, que parece soplar perpetuamente, y la locomotora que une el puerto y la ciudad rechinaba a lo lejos, lanzando columnas de humo negro. Yo llegué a pensar que no estaba muy descaminado el autor que escribió que Las Palmas es "un lugar de alambres de espinos y cenizas".

El destino de casi todos los viajeros es el Hotel Santa Catalina, situado a medio camino entre el puerto y la ciudad, y allí se quedan muchos de ellos durante toda su estancia en la isla, sin caer en la tentación de salir fuera del agradable y cómodo hotel, salvo, quizá, para jugar una partida de golf en el campo próximo, que es un gran atractivo y una

suerte para los que invernan allí tomando el sol en busca de salud.

Al parecer, la isla cambió su nombre de Canaria por el de Gran Canaria debido a la resistencia opuesta a la invasión española por los nativos, que se daban a sí mismos el nombre de canarios. Se dice que el nombre original está relacionado con la casta, ya desaparecida, de grandes perros nativos de las islas. En relación con la forma de ésta, se ha dado la siguiente descripción: "Su forma es casi circular, pareciéndose mucho a una fuente de barro invertida, y con un superficie surcada por largos y profundos barrancos. Su punto más alto es una destacada eminencia, de 1.950 metros de altitud, llamada Los Pechos. Confieso que, al acercarme a la isla, iba notando la curiosa sensación de echar de menos algo, de que algo me faltaba, y entonces caí en la cuenta de que ya no estábamos acogidas a la sombra del Pico, que ya alguna distante mirada ocasional sería todo lo que tendríamos de la gran montaña a la que nos habíamos habituado, como a una amiga.

La visita más interesante próxima al hotel es la de la fuente de Santa Catalina donde, el 15 de agosto de 1492, y después de orar en la vecina capilla, llenó Cristóbal Colón las barricas del agua que



habría de necesitar hasta su llegada al Nuevo Mundo. Colón recaló en las Canarias en cada uno de sus viajes; pero, al comienzo del primero, uno de sus barcos perdió el timón y sufrió algunas otras averías, por haber capeado un temporal; por ello, viajó, durante tres semanas, entre las islas en busca de una nueva carabela. Aunque le llegaron rumores de la presencia de tres naves portuguesas por los alrededores de Ferro (ahora llamada Hierro), le detuvo un tiempo en calma de tres días, al cabo de los cuales logró acercarse al paraje donde habían sido vistos los barcos; pero éstos habían desaparecido, por lo que, reparando el timón lo mejor que pudo, continuó su viaje hacia lo desconocido, llegando a una isla del archipiélago de las Bahamas. La siguiente visita de Colón a las Canarias fue con ocasión de su segundo viaje, en cuyo paso por las islas se proveyó de madera, agua, ganado, plantas y semillas para sembrarlas en La Española, donde le había llamado la atención la bella y variada vegetación. En Las Palmas, hay un edificio que se considera la casa donde murió el descubridor, pero me temo que, si hemos de creer a los historiadores, esto no pasa de ser pura fábula. En la "Vida de Colón", de Washington Irving, se nos dice que murió en Sevilla, rodeado de

fieles amigos, y una nota dice: "El cuerpo de Colón fue depositado, primero, en el convento de San Francisco, celebrándose sus exequias, con un solemne funeral, en la iglesia parroquial de Santa María la Antigua, de Valladolid. Sus restos fueron trasladados, en 1513, a la cartuja de Santa María de las Cuevas, en Sevilla. Los cuerpos de Colón y de su hijo Diego fueron llevados, en 1536, a La Española, y enterrados junto al altar mayor de la catedral de Santo Domingo. Pero ni siquiera allí permanecieron para siempre, porque, en 1795, cuando La Española fue cedida a los franceses, los restos fueron nuevamente exhumados y trasladados con toda solemnidad por los españoles, a la catedral de La Habana, donde reposan hasta ahora."

Una de las excursiones más fáciles de realizar desde Las Palmas consiste en recorrer, todo a lo largo, la carretera principal hasta el sur de la isla, yendo montados o en auto. Extensas fincas de plantaneras suministran la fruta al mercado inglés, abriéndose diariamente camino hacia el muelle; y, en primavera, centenares de carros siguen el mismo camino, cargados de cajas de patatas luciendo la etiqueta de "Covent Garden". Poco antes de llegar al pueblo de Jinámar, situado en medio de un desolado paraje de

lava y negras cenizas, el camino atraviesa un túnel, que debe haber sido de difícil perforación, y, más adelante, la carretera pasa por una ancha corriente de lava. Allí hay enormes ejemplares de *Euphorbia canariensis*, lo que prueba que esta planta no es exclusiva de ninguna de las islas, sino que vive igualmente ambientada en cualquier risco o lecho de lava.

Telde —famoso por sus naranjas— carece de interés; pero, visto desde fuera y a poca distancia, para abarcar también el anejo caserío de Los Llanos, su cúpula morisca dentro de un palmeral y sus dispersos grupos de casas blancas constituyen uno de los más insólitos pueblos de Canarias. Los célebres naranjales están más bien distantes, y se teme que, por la poca atención que se les dispensa, pronto serán atacados por la plaga que ya ha matado a casi todos los del archipiélago. La enfermedad podría ser contenida mediante insecticidas en una acción combinada entre los propietarios, pero los labradores no acostumbran hacer frente a las plagas si no lo hacen también sus vecinos, dejando de permitir, por negligencia, el ataque a sus árboles, aunque la excelente calidad de sus naranjas parezca hacerlas acreedoras de un mayor cuidado. Si se hunde el negocio de los

plátanos —y ya he oído rumores de descontento por el absurdo precio de los terrenos, y de que en el África occidental hay mucha tierra con abundante agua y mano de obra a mitad de precio— es posible que los naranjales sean cultivados por quienes, con experiencia adquirida en Florida, logren obtener nuevas doradas cosechas.

El destino final de la mayor parte de los excursionistas es la Montaña de las Cuatro Puertas, curiosísimo e interesantísimo ejemplo de un lugar nativo de culto religioso. Los canarios parecen haber sido muy inclinados a la vida en cavernas, muy abundantes en Gran Canaria, aunque no sean desconocidas en las otras islas, y no es raro encontrar zonas donde una parte de la población hace vida troglodítica, residiendo en cuevas excavadas en rocas de blanda consistencia arenosa. Hay familias que disponen de estas amplias, aunque extrañas, viviendas y, junto a las habitaciones, de paredes blanqueadas, tienen establos para cabras o mulas. Un autor ha escrito: "La señal distintiva de nobleza en los pueblos trogloditas consiste en la posesión de *una puerta*. Esta es la prueba de que la familia paga impuestos sobre la casa, que no está habitada por los que viven simplemente al aire libre, y que se

siente satisfecha con un simple saco colgado en la abierta entrada, a modo de cierre.”

Webb y Berthelot, en su “Histoire Naturelle” parecen haberse sorprendido por estas cuevas y, en su descripción de la ciudad de Las Palmas, anotan; “Las escarpaduras que dominan la ciudad por el poniente están agujereadas por grutas, habitadas por familias de jornaleros que han abierto estrechos senderos por la ladera para poder llegar a estas excavaciones. Después de la puesta del sol, cuando la montaña se oscurece, el barrio troglodita comienza a iluminarse y, entonces, sus aéreas luces brillan por un instante y desaparecen repentinamente, produciendo el más curioso efecto”. La cueva de las Cuatro Puertas es de dimensiones mucho más amplias que las de cualquier gruta ordinaria, porque toda la montaña parece haber sido excavada logrando una vivienda realmente bien ventilada, ya que las cuatro entradas que le dan nombre sólo están separadas por columnas, dejando libre paso al aire. Se dice que esta sagrada montaña estuvo parcialmente ocupada por embalsamadores de los cadáveres que, luego, eran llevados a la aneja gruta sepulcral. Otra parte de la montaña era la residencia de los *faicanes*, o sacerdotes, que oficiaban en las ceremonias fúnebres, y allí

estaban, también, las vírgenes consagradas, o *harimaguedas*, que se mantenían, durante años, en la más estricta reclusión, dedicadas a la espeluznante tarea de coser las pieles de cabra que envolvían a las momias. Se consideraba muy honroso el hecho de depositar los cadáveres de los individuos de alto rango en una especie de anaquel que había en la gruta funeraria orientado de norte a sur, donde eran embalsamados con el máximo esmero. Se ha supuesto la superior categoría de las momias encontradas juzgando por los ricos bordados de las pieles que las envolvían. Los cadáveres de individuos de clase inferior yacían orientados de este a oeste. Los interesados en el estudio de las momias canarias encontrarán muchos objetos de interés en el museo de Las Palmas que, según se dice, es el más rico del mundo en restos de los aborígenes. Allí pueden ver filas de momias conservadas en urnas de cristal, algunos curiosos recipientes de barro, y las *pintaderas*, utilizadas para estampar señales en las pieles.

En el mismo museo, en la sala dedicada a los peces de la zona, se puede ver el temible "pez diablo", que tendría que hacer estremecer de horror a los muchos visitantes procedentes de La Orotava, al considerar con qué ligereza se habrán bañado, impru-

dentamente, en la playa de Martiánez, diversión que, a menudo, me pareció peligrosa por la fuerza de las corrientes y del choque del oleaje contra los rompientes. Pero cuando, además de estos riesgos, me aseguraron que este monstruo abraza a sus víctimas arrebatándolas bajo las olas, como hacen los pulpos, y que no son raros en Canarias, me alegré de no haber accedido a bañarme en el mar.

## IX

### GRAN CANARIA (Continuación)

En verano, muchos habitantes de Las Palmas se trasladan al monte; pero, incluso antes, avanzada la primavera, muchas personas disfrutaban saliendo de la ciudad para librarse de la tierra blanquecina que se deposita, en esa época, en espesas capas, sobre las carreteras. El monte es la otra única alternativa de residencia para los viajeros, porque las fondas de Gran Canaria tienen mala reputación por incómodas y sucias, mientras que este lugar es un buen punto de partida para excursionistas, además de ofrecer un completo cambio de aires y de paisaje.

En la parte final del paseo de unos diez u once kilómetros, que se hace montado desde la ciudad, se disfruta de bonitas vistas del campo, y se puede observar la inmensa longitud de los barrancos de



esta isla. Parece que nunca hay seguridad sobre el nombre de uno determinado, porque no es raro que tenga hasta cuatro o cinco diferentes a lo largo de su errático desarrollo hasta el mar. El gran barranco que se ve desde la carretera junto a Tafira se llama, en aquel sitio, barranco del Dragonal.

Hace un siglo, esta zona no era más que una extensión de residuos volcánicos entremezclados con las plantas canarias que se encuentran, corrientemente, en los más desolados hechos de lava. Sólo rompían su monotonía gris las masas de euforbias y sus dos inseparables compañeras, la *Senecio kleinia*, miniatura de drago, y la graciosa *Plocama pendula*. Ahora ha cambiado el escenario, y la antes desolada región se ha transformado en uno de los parajes más fértiles de la isla. Los viñedos que dan el mejor vino tinto de Canarias se producen en terrazas construidas en la ladera. Caminos bordeados de flores, que recuerdan la costumbre tinerfeña de adornar con ellas los paseos, conducen, a través de estas inmensas plantaciones de vides, hasta unos platanares cuyo propietario aun conserva cierto gusto por la jardinería, porque ha reservado una faja de su precioso terreno para el cultivo de plantas ornamentales. Al comienzo del invierno, más de un camino se alegra con hileras

de poinsettias alimentándose y floreciendo en el agua y el guano que se aportan, en abundancia, para los cultivos, y filas de geranios blancos y escarlata se entremezclan, junto a los rosales, con grupos de azucenas. El campo está perfumado al término de la primavera, y se alegra con las retamas (*Spartium junceum*) que bordean los caminos; sus flores amarillas contrastan bellamente con el suave verde-gris de los viejos agaves que forman tan excelentes setos.

La gran depresión de la Caldera está, justamente, detrás del monte. Se ve mejor desde el Pico de Bandama, una montaña de 600 metros de altitud que no sólo proporciona una excelente vista del cráter sino, también, de toda la tierra circundante. La gran Caldera de Bandama, una amplia y completa depresión sin salida, tiene un diámetro de unos 2.000 metros y unos 300 de profundidad, por lo que es uno de los cráteres más perfectos del mundo. Sus paredes son de rocas, que, en numerosos fragmentos, intensamente coloreados, pregonan claramente su origen, con sus bordes rodeados de cenizas. Es deseable que no llegue el día en que reviva el volcán y brote un pico, como se supone ocurrió en las Cañadas apareciendo el gran cono del de Tenerife. Hoy parece bastante pacífico, mientras nos llevan unos mulos por su

interior. En el fondo del cráter, hay vides en cultivo, y allí vive tranquilamente un labrador en lo que, en un tiempo, fue bullente crisol.

Las viñas parecen vivir lozanas sobre el suelo volcánico. Sus raíces se profundizan en busca de la humedad del subsuelo lo que, probablemente, las ayuda a mantenerse libres de enfermedades, aunque, en primavera, desaparece el bello aspecto de los tiernos brotes verdes, con sus largos zarcillos, cuando, justamente en el momento de la floración, llega la orden de espolvorearlas con azufre. Los hombres y mujeres que, unas semanas antes, han estado ocupados en la recolección de las patatas, se emplean entonces en el azufrado. Por dos meses o más, se apalabran familias enteras para la recogida de las patatas; los surcos son removidos con arados primitivos, o bien cavados con unas típicas azadas anchas, que hacen las veces de nuestras layas o zapas. Así se recogen, entonces, las patatas con gran rapidez, ayudando, incluso, los miembros más pequeños de las familias. Luego, se seleccionan, se empaquetan en cajas de madera de pino, con capacidad para unos 30 kilos, cubriéndolas con una capa de fibra de palma, y se embarcan para Inglaterra. Es bien sabido que las patatas de Canarias no se cotizan a muy

buen precio en el mercado inglés, y yo me he preguntado con frecuencia si no será por alguna razón ajena a la calidad. Casi nunca se cultiva la variedad *Kidney*, que en Inglaterra se considera de la mejor calidad, porque desagrada a los canarios, y, aunque anualmente importan semillas inglesas, el resultado, en mi opinión, no es satisfactorio, porque nunca vi un patatal digno de calificación de "new potatoes". Quizá el suelo y el clima sean inadecuados, produciéndose, según me han dicho, una tendencia a un excesivo crecimiento en todas las variedades; los guisantes y las habicbuelas que, sin duda, se producen mejor en el suelo inglés, alcanzan allí proporciones gigantescas, inconvenientes en una buena cosecha. Sólo la experiencia nos dice cuáles son las variedades más aptas para el clima y la tierra. Los guisantes sembrados de semillas obtenidas en la isla pierden en sabor y en color, produciendo vainas pequeñas con sólo tres granos, y lo mismo ocurre con las habichuelas francesas, que tienen idéntica falta de sabor cuando proceden de semillas nativas.

Tanto las patatas como los tomates son, por desgracia, propensos a las enfermedades, hasta el punto de perderse cosechas enteras. La misma enfermedad parece afectar a ambas plantas. Cuando el Dr.

Morris visitó las islas, consideró la gravedad de este hecho si no se emprendía una acción sistemática, y dijo que había un remedio eficaz si se aplicaba cuidadosamente, pero los isleños parecen contemplar la situación con extraña indiferencia, manteniéndose en la actitud de decir: "Si se pierde esta cosecha, se planta otra."

Los terrenos volcánicos parecen adecuados para cultivos de hortalizas, así como de vides, plátanos y patatas. Las huertas próximas a Telde resplandecen de colorido, y tienen una maravillosa riqueza de flores en mayo que es, esencialmente, el "mes de las flores" en todas las islas. Realmente, al comienzo del invierno es cuando las trepadoras están más vistosas. Entonces, ya habrán caído las últimas flores de forma de trompeta de la más espléndida de las enredaderas, la *Bignonia vetusta*, y se habrá desvaído el color de las buganvillas, roja, púrpura o lila, aunque parecieran estar en perpetua floración. Las alemandas florecen incluso a esta altura, así como la *Thumbergia grandiflora*, otra planta tropical. Aunque sus macizos de flores azul-gris, como las de la gloxinia, son muy hermosos, pierden su bello aspecto por las flores muertas, que cuelgan tristemente y son, entonces, singularmente feas; no tienen la gracia de caer

dejando a las nuevas flores adornar las largas ramas rastreras con las que cubre, en un tiempo increíblemente corto, toda la tapia de un jardín, o se apodera de un árbol próximo al que, probablemente, matará. Los rosales florecen tan profusamente que se cubren por completo de rosas, de modo que una rosaeda compensa del poco trabajo que parecen requerir sus plantas. Los españoles prefieren podar sus rosales sólo una vez al año, en enero; pero, si los podaran de manera rotativa, podrían tener rosas durante todo el año; la mitad de las plantas podrían ser podadas en octubre, después de la fuerte floración del verano, con lo que se obtendría una nueva cosecha de flores en enero. Pero el jardinero nativo es absolutamente obstinado y si, de acuerdo con sus propias ideas, el mes de enero es el de la poda, no hay quien le haga probar podando algunos de los rosales en otra estación, y lo hace sólo en enero, junto con las enredaderas, los árboles y los arbustos, sin tener en absoluto en cuenta si es, o no, la estación adecuada.

En la mayor parte de los jardines, los árboles más abundantes son los ficus, el orgullo de la India (*Melia azedarach*), muchas palmeras, naranjos, mangos y guayabos, lagerstroemias, granados y daturas, mientras que los macizos son de claveles, alhelies,

cinerarias, malvalocas y azucenas, cada planta empujando a las otras en un forcejeo por hacerse un sitio. Me llamó la atención el hecho de que allí la gente muestra más amor a las flores que en Tenerife, donde el cuidado del jardín de una casa de campo o de un grupo de macetas es casi una rareza. Los geranios y otras plantas cuelgan desde los bordes de las azoteas, pareciendo que viven en el aire porque las cajas o latas en que están plantados se ocultan a nuestra vista. Aquí, la más modesta habitante de una casita de campo cultiva, con amoroso cuidado, claveles, fucsias, begonias y geranios en toda caja de lata o vieja cacerola que caiga en sus manos. Una de las razones de que escaseen las plantas cultivadas en tiestos es el enorme costo de las macetas que son, en gran parte, importadas y, a menudo, cuando yo deseaba comprar una planta, el precio era más del doble si se incluía una maceta. En mayo, que es el mes especialmente dedicado a la Virgen María, todos sus santuarios y todas las capillitas que se encuentran al borde de los caminos se mantienen adornadas con flores. En las iglesias, el altar de la Virgen y sus gradas se alfombran de azul y blanco, y se engalanan con montones de azucenas cuyo fuerte aroma, mezclado con el del incienso, se hace casi irresistible;

pero, en capillas más modestas, las ofrendas consisten en simples ramos de flores variadas puestas allí, probablemente, por alguna mujer agradecida a Nuestra Señora. Siempre me sorprendió el número de cruces y de altarcillos que se encuentran por los caminos; en muchas de ellas lucen lámparas por las noches, pero aun no puedo decir si la gente es sólo reverente o si es profundamente religiosa. Nunca pude lograr una explicación sobre las cruces que uno se encuentra en los lugares más inesperados, y hasta en las ramas de los árboles. Al principio, me imaginé que podrían ser ofrendas votivas, en memoria de alguien que hubiera salido con bien de algún peligro, quizá de un niño que se hubiera caído del árbol resultando ileso, pero el jardinero me dijo que era, simplemente, una costumbre, y no me explicó más. El 3 de mayo, Fiesta de la Cruz, todas las cruces, hasta la más humilde, se engalanan con guirnaldas de flores —que, frecuentemente, se quedan allí colgando hasta el año siguiente— y, frente a muchas de ellas, arde una lámpara durante esa única noche del año.

Los domingos y días festivos, las mujeres, especialmente al ir a misa, se tocan con blancas mantillas de casimir y, cuando pregunté si esto tenía algo que



ver con el mes de Nuestra Señora, me dijeron que, antiguamente, la mantilla era casi el único tocado, moda que, lamentablemente, está desapareciendo a toda prisa. Este parecía ser el único detalle distintivo de sus atuendos. Ahora, lo corriente es que las mujeres y niñas de todas las islas se toquen con pañuelos de vistosos colores, plegados cuidadosamente en la frente y anudados en la nuca. Cuando la familia está de luto, todas sus mujeres, incluso las niñas, usan pañuelos negros que armonizan con el brillante negror de sus ojos, pero me temo que pronto llegará el día en que los sustituirán por unos ajados sombreros de paja, no los graciosos sombreritos redondos, con cintas negras, que usan todas las mujeres del país para llevar las cargas a la cabeza. Durante generaciones, las mujeres han llevado cántaros y cestas que muchos obreros ingleses considerarían cargas abrumadoras, y no es posible dejar de admirar sus espléndidas figuras y su esbelta presencia porque, ni andando ni paradas, sostienen cargas con las manos. La única singularidad en la vestimenta de los hombres consiste en sus mantas usadas a modo de capotes; en algunas islas, son tejidas con lana del propio país si, como ocurre a menudo, no se trata de una manta importada que, en este caso, se frunce con un

cuello de piel o de terciopelo negro. En los pueblos de montaña, y en las tardes frías, cada hombre y cada muchacho está forrado en su manta que, casi siempre, está indescriptiblemente mugrienta. Por la noche, la manta hace de abrigo en la cama y, por el día, se arrastra por la tierra y el agua; pero es que, en las viviendas rurales españolas, no se tiene muy en cuenta la limpieza. Allí, las gallinas, las cabras y hasta, en ocasiones, algún cerdo, parecen compartir la habitación común.

Yo me imagino que las escasas cuevas que los turistas son invitados a visitar, como modelos, en Atalaya, no son verdaderas muestras del tipo medio de caverna. Atalaya fue antiguamente una fortaleza de los nativos, y puede uno imaginarse fácilmente la formidable resistencia que deben haber hecho frente a los invasores desde estas primitivas fortificaciones. Los angostos bordes cortados en la parte frontal del acantilado hacen casi imposible su escalada, excepto para los canarios que, al parecer, eran tan ágiles como cabras y que, desde las estrechas grietas, podían lanzar lluvias de piedras sobre los asaltantes. Ahora, Atalaya es vivienda de unos alfareros que hacen recipientes de barro sobre una piedra redonda, tal como los hacían los primitivos canarios. Por lo

visto, viven aislados y mirados con recelo por sus convecinos, que no se relacionan con ellos. Todos los miembros de este grupo, tanto los viejos como los jóvenes, son mendigos habituales, pero como los turistas invaden sus dominios —para poder decir que han visto “la más perfecta colonia de trogloditas del archipiélago”— y les piden, para su propia edificación, que modelen unas vasijas, no parece sorprendente que esperen alguna propina.

## X

### GRAN CANARIA (Continuación)

Quienes no tengan inconveniente en madrugar, pueden visitar una buena parte de la isla haciendo bonitas excursiones sin tener que alojarse en las aterradoras fondas isleñas. Cuando incluso nuestra guía —y el autor de una guía está obligado a presentar las cosas con su aspecto mejor posible— advierte al viajero que “los alojamientos son pobres”, o que “hay que avisar previamente para asegurarse la disponibilidad de camas”, ya se sabe lo que puede suceder, de modo que es preferible una salida por todo el día, aunque resulte fatigosa, si hay posibilidad de regresar por la tarde.

En un paseo de un par de horas a lomos de mulo, se llega a San Mateo, donde el hallazgo de un buen alojamiento sería una gran suerte, porque se

trata de un estupendo punto de partida para otras excursiones, además de estar bellamente situado en la proximidad de pinares y castaños. Por un mal camino de herradura, se llega, en algo menos de tres horas, a la Cruz de Tejeda, que es uno de los más bonitos lugares de la isla. Los buenos andarines preferirán probablemente confiar en sus propias piernas más que en las mulas, pero el camino es muy pendiente, porque San Mateo está sólo a 800 metros sobre el nivel del mar, mientras que la Cruz está a 1.700. Desde el borde del profundo barranco que lleva nuevamente a Tejeda, la vista, en un día claro, es magnífica, El Roque Nublo, curiosísima roca aislada, se alza, como un gran pilar o como un obelisco, apuntando directamente al cielo. Su altura es de 115 metros sobre su base y está a más de 1.800 sobre el nivel del mar, por lo que se ve, frecuentemente, desde Tenerife. El gran valle de Tejeda se extiende ante el excursionista que, con toda seguridad, se siente compensado de su escalada ante el espléndido paisaje. Al frente, en vasta sucesión, se siguen profundos precipicios llenos de azules sombras y, a la derecha, los campos cultivados en el valle muestran la mancha verde esmeralda de los maizales. Al fondo, sobre el azul oscuro del océano, campea

el gran Pico de Tenerife, majestuoso, e inspirando temor al verlo alzarse sobre la cadena de altas montañas, veladas por leve y misteriosa bruma. Acaso nunca se evidencia mejor la gran altura de aquella cumbre como cuando aparece destacándose sobre este paisaje que, según se lee en nuestra guía, "es inolvidable, y sin comparación con ninguno de Suiza o de los Alpes".

Otra excursión favorita de los que están en buenas condiciones físicas y, sobre todo, de los que deseen alcanzar los puntos más altos de la isla, es la de las Cumbres. El pico de Los Pechos es el más alto (1.950 metros), pero la montaña de la Cruz Santa, a la izquierda, es la preferida de los excursionistas porque allí pueden reunirse grupos de los que han ido montados con los de a pie, a la sombra de la Cruz donde se celebran fiestas religiosas los días de San Pedro y de San Juan. Este lugar debe haber sido mucho más hermoso antes de la enorme deforestación sufrida; ahora, es un silencioso mundo sin sombras, una desolada y pedregosa región con enormes barrancos que parecen rasgar las montañosas laderas. Probablemente, ninguna otra isla ha sufrido más cruelmente por el hacha del carbonero; en las cercanías de Las Palmas, ha sido talado todo lo que

podía ser convertido en carbón y, ahora, se importa este artículo de primera necesidad.

Uno de los más bellos bosques naturales, el de Doramas, es ya poco digno de su fama: unos árboles dispersos por la falda de la montaña es todo lo que queda de uno de los más hermosos bosques primitivos que tan célebres fueron en los días de la conquista. Ya, en 1839, cuando lo visitaron Barker Webb y Berthelot, lamentaron la destrucción de los árboles. Todos los lugares de la isla que, antiguamente, habían sido pinares y lauredales, sólo estaban poblados de retamas. El príncipe Doramas que, según la tradición, vivió en una cueva próxima a Moya, dio su nombre al bosque y la montaña, y aquellos viajeros visitaron la cueva que aún era objeto de veneración, debido a los relatos de las heroicas hazañas y la casi sobrehumana fuerza del príncipe, que se habían transmitido de generación en generación. Encontraron la puerta o, más bien, la entrada, obstruida por ramas de hibalbera (*Ruscus androgynus*) y de bicacaro (*Canarina campanulata*) de flores escarlata, porque el lugar ya estaba, entonces, abandonado. Unos años antes, Viera se había maravillado de la belleza del bosque, como lo reflejan los siguientes párrafos de su "Historia General

de las Islas Canarias", por los que es posible imaginar cómo era la maravilla que los españoles han perdido al permitir su destrucción: "Muéstrase allí la Naturaleza en toda su simplicidad, pero nunca tan rica, tan risueña ni tan agradable. Esta parece su obra más exquisita por la diversidad y espesura de árboles robustos siempre verdes, descollados, rectos, fértiles y frondosos. Jamás ha penetrado el sol el laberinto de sus ramas ni las yedras, hibalveras y zarzas se han desprendido de sus troncos. La gran copia de aguas claras y sumamente frías que en arroyos muy caudalosos cortan y bañan el terreno por diferentes parajes, especialmente en los que dicen Madres del Agua, conservan un suelo siempre entapizado de yerbas medicinales y olorosas. El canto de los pájaros y el continuado vuelo de las aves que allí habitan en infinitas tropas dan un aspecto delicioso a toda la selva. Los pascos dilatados y planos parecen un esmero del arte y agradan más porque no lo son. Hay un sitio, que los paisanos llaman la Catedral, que a la verdad representa una gran pieza de arquitectura, decorada de columnas, arcos y bóvedas. Finalmente, toda esta montaña tiene bellos lejos y puntos de perspectiva; si los bosques afortunados de los Campos Elíseos no tuvieron en nuestras islas su



asiento, esta montaña es una buena prueba de que le debieron tener.”

El poeta Cairasco, conocido como “el Divino”, y cuya tumba está en una capilla lateral de la catedral de Las Palmas, compuso unos versos en elogio de este bosque que él debió ver en todo su esplendor en 1581 y, unos cincuenta años más tarde, el venerable don Cristóbal de la Cámara, obispo de Gran Canaria, visitó el bosque, del que escribió: “La montaña de Doramas es una de las maravillas españolas: los diferentes árboles crecen a tal altura que es imposible ver lo alto de sus copas; sólo la mano de Dios tiene que haberlos plantado, aislados entre los precipicios y en medio de masas de rocas. El bosque está surcado por corrientes de agua, y es tan denso el arbolado que, incluso en los días más claros, no puede penetrar el sol. Me había parecido fabuloso todo lo que me contaban sobre su belleza pero, cuando lo visité, pensé que no me lo habían elogiado bastante.”

El bosque parece haber sufrido mucho entre 1820 y 1830. Todavía al comienzo de dicho período, una parte, por el lado de Moya, conservaba su primitiva belleza, y aun existían los grandes tiles (*Laurus fatens*); pero, diez años más tarde, cuando Barker

Webb y su compañero volvieron a visitar el lugar, aquellos magníficos ejemplares habían sido desmochados de sus ramas más finas, y había comenzado la devastación del bosque.

Mucho antes de aquella fecha, la montaña parece haberse convertido en la manzana de la discordia. Algunos influyentes propietarios pidieron la repartición del monte, discreparon los *comuneros*, y el asunto derivó hacia una cuestión política. Justamente cuando llegó una sentencia favorable a éstos últimos, cayó el partido en el poder, y apareció en escena el general Morales, al que Fernando VII concedió la propiedad de una gran parte de aquel terreno en reconocimiento de sus servicios, y comenzó la afanosa deforestación de la zona, a pesar de la resistencia local contra la real orden.

En la mayor parte de las islas hay un viejo pino llamado Pino Santo, protegido por alguna leyenda especialmente devota; pero, de todos ellos, quizá el Pino Santo de Teror sea el más venerado. El árbol, según cuentan viejos historiadores, era de gran tamaño, y crecía junto a la capilla de Nuestra Señora; estaba, efectivamente, tan próximo, que sus ramas servían de campanario. La debilidad de este extraño soporte provocó, naturalmente, su destruc-

ción y, el 3 de abril de 1684, se vino abajo el árbol sagrado, a causa del peso y de la edad, estando a punto de derribar la capilla. La bendita imagen de Nuestra Señora del Pino recibió este nombre porque, según se dijo, había sido hallada entre las ramas del árbol. Este milagroso descubrimiento tuvo lugar en 1483, después de la conquista. Los canarios habían observado un resplandor que rodeaba el árbol, pero no se atrevían a acercarse, hasta que don Juan de Frías, obispo y conquistador, más valeroso que los demás, trepó por el árbol y bajó una imagen de la Virgen. Se dice que la encontró en las gruesas ramas y junto a dos dragos, de tres metros de alto, que habían crecido entre el ramaje. La imagen recibió, inmediatamente, el nombre de Nuestra Señora del Pino, y se le dedicó una iglesia construida en el lugar de la vieja capilla. El sitio donde estuvo el árbol está, ahora, señalado por una cruz, y hay un pino muy próximo, del que se dice que procede del primitivo. Pero esto no es todo sobre el árbol milagroso: a su lado brotó un manantial a cuyas aguas atribuyeron los creyentes determinadas virtudes curativas, acudiendo a bañarse en ellas en busca de salud; pero a un codicioso sacerdote se le ocurrió que podría aumentar las limosnas de los que iban a

visitar la fuente, para lo que la tapó con un muro y una puerta que mantenía cerrada hasta que el manantial se secó, y fracasaron sus proyectos. En la parte baja del pueblo, hay todavía algunos veneros de agua mineral dedicados a Nuestra Señora de Lourdes. ¡Quién sabe si se tratará del mismo milagroso manantial, reaparecido para el bien de los enfermos!

## XI

### LA PALMA

Todo el mundo coincide en que La Palma es la más bella de las siete islas Afortunadas y, por ello, lamentan profundamente que no haya mejores medios de comunicación entre el puerto de Santa Cruz de la Palma y los de Tenerife y Gran Canaria. A raros intervalos, durante el invierno, habíamos contemplado la isla, especialmente a la puesta del sol, emergiendo de entre las nubes que normalmente la envuelven, y destacando, teñida de rojo púrpura, contra un dorado sol poniente, presagio de lo que habíamos aprendido a temer en La Orotava, comprobando que era muy cierto lo que decía la gente del pueblo: "Cuando se ve La Palma, llueve antes de dos días."

La pequeña ciudad de Santa Cruz, o "la Ciudad", según la llaman allí, como si fuera la única ciu-

dad del mundo, está muy pintorescamente situada al pie de una alta y pendiente montaña, pareciéndose mucho, aunque en menor escala, a la situación de Funchal, en Madeira. Puede que a La Palma le aguarde un gran futuro desde el punto de vista turístico, cuando el nuevo muelle colme las esperanzas de sus habitantes, y su puerto se convierta en una estación de carboneo para vapores de mayor porte. Un hotel en el pinar tendría un gran atractivo, singularmente en primavera, cuando toda la isla se cubre de flores. Ahora, sólo hay en Santa Cruz una mala fonda por todo alojamiento y, en consecuencia, la gente acorta su estancia en ella apresurando su marcha al cabo de los tres días que transcurren mientras el vapor viaja a El Hierro y La Gomera, o van, a lomos de mula, a Los Llanos, movidos por la noticia de que allí les aguarda una muy cómoda posada. La isla ofrece la posibilidad de un número casi infinito de excursiones, especialmente para los buenos andadores, porque los caminos son malos y resbaladizos para las monturas. En el barranco de la Madera, próximo a Santa Cruz, está la iglesia dedicada a la Virgen de las Nieves, antigua y muy venerada imagen de Nuestra Señora. Cada cinco años, la bajan, en solemne procesión, a la Ciudad, y aparecen y empa-

vesan el barco de piedra situado en la desembocadura del barranco llamado de la Virgen de las Nieves. Para honrar a la Virgen, se congregan allí no sólo los devotos de toda la isla sino, también, de otras muchas partes, asistiendo a una fiesta que debe consistir en una curiosísima y muy interesante ceremonia.

La ida al barranco del Río es la excursión más bonita de los alrededores. Como su homónimo de Güímar, en Tenerife, éste es un magnífico cazadero para los botánicos y, los de cabeza firme, que no teman las estrechas vvedas ni los precipicios, pueden disfrutar recorriendo aquellos lugares donde unas preciosas rocas están cubiertas de helechos y otras plantas nativas.

Antiguamente, los guanches daban a la isla el nombre de Benahoare, que quiere decir "mi patria". Esto sugiere que el orgullo despertado en ellos al tomar posesión de la isla —a la que, posiblemente, llegaron haciendo la travesía desde Tenerife— les ha llevado a sentirse asumidos por ella. El nombre actual de La Palma aparece, por primera vez, en el viejo mapa de los Medici (1351), que se conserva en Florencia y que se considera la carta más antigua de estas aguas. Se supone que la isla recibió su nombre

de una expedición de florentinos, genoveses y mallorquines, que había visitado la isla diez años antes. Probablemente, fue bautizada con este nombre en recuerdo de la capital de Mallorca porque, aunque los españoles introdujeron muchos cambios, cuando la Conquista, en relación con las leyes, la religión y la agricultura, no lo hicieron con el nombre europeo por el que ya era conocida la isla.

Cuando Webb y Berthelot la visitaron, en 1837, hicieron grandes elogios de la riqueza y abundancia de su vegetación que, en su opinión, superaba a la de todas las otras islas del archipiélago. Los isleños se sienten muy orgullosos de su viejo cráter, afirmando siempre que el Pico de Tenerife no es más que algo surgido de *su* volcán, en uno de sus más terribles cataclismos. Como en las otras islas, la región de los laureles y de otros árboles de hoja perenne, a cuya sombra viven los helechos, va seguida, a cierta altura, por las retamas y, aun más arriba, por los hermosos pinares, con su deslizante alfombra de pinochas sobre la que caminan con dificultad tanto los hombres como los animales. En las laderas más áridas de parte de la cumbre, la escasa vegetación es más propia de las regiones alpinas. Los botánicos atribuyen la presencia del inmenso número



de almendros y otros frutales, aparentemente silvestres, a que se han diseminado por sí solos a partir de los árboles primitivos llevados por los conquistadores, dando lugar a un cambio del suelo y del clima al ser rechazada la vegetación natural hacia las regiones más altas, a medida que las bajas iban siendo progresivamente cultivadas con almendros, vides, naranjos, limoneros y plátanos, hasta entonces desconocidos en la isla. Los castaños, que también fueron introducidos, han desplazado, en algunos lugares, a los bosques primitivos. A los dos viajeros mencionados les corresponde el honor y la gloria del descubrimiento del taginaste, *Echium* peculiar de la isla al que dieron el nombre de *Echium pininana*, aunque lo de *nana* no resulta adecuado, porque es cualquier cosa menos enano, ya que se desarrolla hasta los cuatro metros y medio, con vistosa espiga de flores azul oscuro. Algunas de las hermosas retamas canarias parecen ser nativas de esta isla, y el profesor Engler, de Berlín, que la visitó el año pasado, encontró dos variedades de la *Cytisus stenopetalus*, la *palmensis* y la *sericcus*, junto a la colgante, perfumada y blanca *Cytisus filipes*, la *Retama rhodorrhizoides*, y la *Cytisus proliferus*, común en la mayor parte de las islas.

En general, los excursionistas prefieren visitar el gran cráter partiendo de Los Llanos, gira que dura tres días. El trayecto que cruza la cumbre hasta Los Llanos vía El Paso, es de gran belleza, porque el monte comienza muy pronto después de salir de Santa Cruz y, a una altitud de 300 metros, aparecen los castaños, los laureles y los brezos. El camino se eleva, a través de estos encantadores bosques, hasta una altura en la que ya sólo quedan los brezos. Desde lo alto de la Cumbre Nueva, se disfruta de una magnífica vista sobre toda la isla, reposando Santa Cruz, como en un nido, entre las montañas y la costa y, a lo lejos, se divisan Tenerife y La Gomera. Al sur está la Cumbre Vieja, en contraste con su vecina la Nueva; se dice que de una de ellas descendió, en 1585, una corriente de lava que fue la última ocasión en que el volcán mostró alguna actividad. La densa vegetación que cubre algunas de estas corrientes volcánicas habla, por sí misma, de la vejez de éstas, porque ya se ha dicho que, sobre la lava, no aparece un solo indicio de vegetación mientras no hayan transcurrido cuatro siglos de enfriamiento y que, entonces, la primera señal de retorno de la vida es un líquen que aparece sobre las rocas volcánicas. La gran montaña del Time, cuyo negro

y formidable acantilado se alza desde el barranco de las Angustias, hace que muchos viajeros admiren al primero que tuvo el valor de abrir un sendero tan pendiente y angosto en el frente de la roca. Probablemente, los primeros en hallar un camino fueron los cabreros, saltando con sus lanzas, y con asombrosa agilidad, de roca en roca, y, luego, otros no tan avezados a esta extraña manera de desplazarse, habrán hecho el camino más practicable.

Pronto aparecen los pinares en la ladera occidental, siendo sus árboles cada vez de mayor tamaño hasta llegar al Pino de la Virgen, un gigante cuyo tronco mide ocho metros de contorno. Raro será el excursionista que pase por aquel lugar sagrado sin dejar alguna moneda, por modesta que sea, en el cepillo que allí hay para su conservación. Yo no sé desde cuándo se considera sagrado aquel árbol, ni cuántas generaciones han encendido, cada noche, su lamparita; pero, Berthelot escribió lo siguiente en 1830: "Este bello árbol, que se considera contemporáneo de la conquista, no representa su edad; han colocado una pequeña imagen de la Virgen en la primera cruz de sus ramas y, cada tarde, los leñadores de los alrededores se acercan, silenciosos y reverentes, para encender la lamparita que cuelga sobre la

sagrada efigie. Si uno pasa al anochecer por cerca del *Pino Santo*, aquella lámpara, que brilla solitaria en la profundidad de la floresta, proyectando sombras sobre la hojosa enramada que protege aquel misterioso y venerado lugar, se siente invadido por una cierta ternura y un profundo respeto. La presencia de este árbol que se considera sagrado y al que se atribuyen misteriosos poderes, movió en mí una sincera veneración."

Aunque el pueblecito de El Paso está algo más cerca de la gran Caldera, pocos viajeros paran allí, porque carece de una posada, aunque fuera humilde, y ser un "huésped de pago" no resulta muy atractivo. Es mejor alojarse en Los Llanos, un agradable pueblo al que se llega por carretera desde Tzacorte, entre naranjales. Allí, en primavera, el aire se adensa con el aroma del azahar, más arriba, entre almendrales y huertos, sigue la carretera, a cuyo final el viajero se siente más que satisfecho.

Aunque siempre se ha calificado de muy peligrosa la excursión a la gran Caldera, los naturales se sienten decepcionados si un visitante de la isla no va a admirar su inmenso cráter. Este es, efectivamente, enorme: un vasto hoyo que mide, por algunos sitios, y de un borde al opuesto, de 8 a 10 kiló-

metros, y unos 2.000 a 2.500 metros de profundidad. Estas dimensiones hacen difícil comprobar que se trata de un cráter, pudiendo fácilmente tomarse por una depresión entre las montañas. Aunque sus murallas son unos grandes riscos grisáceos, los pinares que cubren los declives inferiores de las montañas que se alzan desde el fondo del cráter, y los lugares en que el propio fondo está cubierto de árboles, hacen del conjunto lo menos parecido a un cráter ordinario. Grandes y profundos barrancos desgarran la base y, a su vez, se cubren de pinares, alfombrándose con la suave y deslizante pinocha que ha ido depositándose allí, quizá, durante siglos, sin ser removida jamás. La Caldera es un lugar recomendable para acampar, porque el agua es abundante, mientras que escasea en el resto de la isla; en realidad, cauces secos y, al parecer inocentes, pueden convertirse, repentinamente, en pasos de rugientes caudales, cuando llueve en lo alto de las montañas. Alguien podría pensar que éste es un lugar demasiado inaccesible, pero la soledad y el rumor del viento, silbando entre los pinos, puede atraer a muchos. Es evidente que la profundidad del cráter se ha alterado con el paso del tiempo, porque las cuevas de los Haovarythes, los habitantes aborígenes de La Palma, son ahora absolutamente inac-

cesibles; sólo los pájaros pueden entrar en ellas. Dicen que esto se debe a la acción del agua; posiblemente, unas corrientes subterráneas desatadas después de un esfuerzo plutónico y un cataclismo volcánico, han hundido las capas superiores del terreno.

Aun es posible ver a los campesinos usando la típica caperuza o *montera*, hecha de lana marrón oscuro y forrada de franela roja, con forma apuntada por delante, ajustándose bien a la cabeza y con un ala o faldilla colgante por detrás, forrada también de rojo. Las puntas de esta faldilla se pueden recoger y abotonar sobre la cabeza, cuando no se quiere utilizar para protección contra la lluvia o el sol. Las mantas son de lana, tejidas en la propia isla. Ambas prendas corresponden al atuendo masculino. Los sombreros de las mujeres no tienen alas, y son muy feos; ya ha desaparecido el traje típico que se usaba en la Breña Baja hasta hace poco, así como el diminuto sombrero redondo, tejido con hojas de palma.

## XII

### LA GOMERA

La Gomera apenas es visitada por los turistas, pero se puede hacer una rápida visita durante la escala del vapor interinsular que presta servicio en el archipiélago. En verano, sus montañas y bosques ofrecen lugares ideales para acampar con tiendas de campaña, pues el clima es muy bueno. El campo parece extremadamente rico, retribuyendo bien al que lo cultiva, y las cumbres aun tienen hermosos bosques que, por ahora, se van librando de los destructivos carboneros. El suelo de la isla, aunque volcánico, es uno de los pocos del archipiélago que no alardea de poseer un viejo cráter, siendo de 1.350 metros su punto más alto. Un detalle curioso de su vegetación es la ausencia de pinos; actualmente, no hay ninguno, y ya algunos viejos historiadores comentaron esta ausencia. Esto dio a antiguos autores una

idea aproximada de la altura de la isla, porque el *Pinus canariensis* se encuentra adecuadamente ambientado a unos 1:200 metros sobre el nivel del mar, mientras que lo que vive a menos de esta altitud es la *Erica arborea*. En La Gomera, los brezos se desarrollan más que en las otras islas, adquiriendo aspecto de verdaderos árboles y, en el encantador trayecto desde San Sebastián, donde está el puerto, hasta Vallehermoso, al que le cuadra muy bien su nombre, el viajero pasa por una serie de terrenos bien irrigados y arbolados que componen un bello paisaje forestal, sin igual en Canarias. San Sebastián tuvo antiguamente más importancia que ahora porque, en tiempos pasados, su abrigado puerto era más valioso para los navegantes.

Probablemente por esta razón, se convirtió en el lugar favorito de recalada de Cristóbal Colón en sus viajes de descubridor. Primero visitó el Puerto de la Luz, en Gran Canaria, para reparar la avería de uno de sus buques; pero, dejando a un lugarteniente al cuidado del barco averiado, se trasladó a La Gomera el 12 de agosto de 1492. En aquella ocasión, pasó allí once días, regresando a Gran Canaria para recoger La Pinta, pero volvió a La Gomera el 1 de septiembre. Al parecer, pasó una semana acopiando pro-



visiones, y allí se adhirieron a la expedición algunos marineros de la isla. En el segundo viaje, volvió a su antiguo fondeadero, recogiendo, esta vez, más tripulantes y, como llevaba bajo su mando una flota mucho mayor, embarcó vacas, ovejas, cabras, cerdos y gallinas, además de plantas y semillas que deseaba introducir en la tierra que había descubierto, hecho de gran interés para los zoólogos, que intentan aclarar el verdadero origen de muchos animales encontrados en las Indias occidentales. Colón visitó dos veces más La Gomera que, sin duda, era su escala favorita. Algunos historiadores afirman que vivió allí durante algún tiempo, y aun hay quien señala una casa de San Sebastián asegurando haberle pertenecido. A partir de su matrimonio, en Lisboa, con una hija del navegante portugués Perestrello, se sabe muy poco sobre su vida durante unos años. Los habitantes de Madeira dicen que vivió en una casa de Funchal, mientras que otros autores afirman que residió en La Gomera, y hablan de su regreso a "su viejo domicilio", después de uno de sus viajes.

Antiguamente, los habitantes de la isla se llamaban Ghomerythes y, después de la conquista por los españoles —lograda sin dificultad porque, aunque los isleños eran un pequeño grupo de valientes, sabían

poco o nada del arte de la guerra— los invasores tuvieron su ayuda para atacar a las otras islas. No vivió La Gomera en paz, incluso después de la conquista, porque, en 1585, *Sir Francis Drake* hizo varios intentos de ataques a la isla y una flota holandesa, al mando de *Van der Does*, invadió la ciudad cinco años más tarde. En las paredes de la curiosa y vieja iglesia de San Sebastián, hay unas pinturas que representan el rechazo de la flota holandesa en 1599. Los moros atacaron la población en el siglo XVII, e incendiaron parte de ella.

Una particularidad de la isla es su extraño lenguaje silbado que fue practicado, probablemente, por todos los habitantes, pero que hoy está más o menos localizado en una comarca, la próxima a la montaña de Chipude, siendo raramente utilizado por los naturales de San Sebastián que, en su mayoría, no saben hacerlo. Los mejores silbadores pueden hacerse oír a seis o siete kilómetros y, en la zona donde todavía se aplica, todos los recados se transmiten por este medio que, sin duda, es muy conveniente donde no se conocen los telegramas, y profundos barrancos separan los pueblos unos de otros. Los que mejor utilizan esta habilidad no emplean los dedos para silbar y, por simples entonaciones y modulaciones de dos

o tres notas, elaboran un lenguaje inventado para hacer posible una conversación. El siguiente relato de un viajero da idea de lo que puede hacerse con este lenguaje: "Un terrateniente de San Sebastián, que tenía fincas en el sur de la isla, aprendió, en secreto, a silbar. La primera vez que visitó a sus medianeros, oyó que se iba anunciando su presencia de montaña en montaña, y que se estaban dando instrucciones para ocultar una vaca aquí, un cerdo allá, y así sucesivamente, con el fin de que él no reclamase su parte de aquello". El mismo viajero, oyó el siguiente mensaje: "Aquí hay un caballero que quiere que le traigan una carta de San Sebastián. Dile a Fulano que vaya y la traiga". En cuanto se oyó esto, se pusieron en marcha. Si tiene alguna duda sobre la exactitud del mensaje, el receptor lo repite y, una vez aclarado, contesta nuevamente "Aye, aye". Es deseable que no desaparezca del todo esta práctica, porque creo que el lenguaje silbado de La Gomera es único.

### XIII

## FUERTEVENTURA, LANZAROTE Y EL HIERRO

Las tres islas de Fuerteventura, Lanzarote y El Hierro completan el grupo de las siete Afortunadas, porque sus pequeños satélites, Graciosa, Alegranza, Montaña Clara, no son más que grandes rocas deshabitadas, sólo visitadas, alguna vez, por los pescadores.

Fuerteventura, aunque no es pequeña, pues tiene más de 110 kilómetros de largo y unos 35 de ancho, se ha quedado en unas condiciones primitivas y sin explotar porque, a pesar de la fertilidad de su suelo, que parece considerable, es grande la escasez de agua, y sus habitantes dependen, exclusivamente, de la lluvia. En un año bueno, es decir, lluvioso, la isla recoge una buena cosecha de trigo, casi mayor que la de cualquiera otra de las islas; pero la inexistencia

de manantiales o la apatía de los naturales, que no aprovechan lo que tienen, impide el desarrollo de la agricultura. La isla no tiene pinares, y escasean los árboles. Grandes extensiones son estériles llanuras, rocosas y arenosas, y se dice que la poca vegetación que allí hay es parecida a la que se encuentra en algunas partes de los desiertos del norte de África. Su mayor altitud es de sólo 820 metros; se llama Orejas de Asno, y está situada en la arenosa península del extremo meridional de la isla. A los viajeros se les advierte que el agua es escasa y mala, y que, con frecuencia, hay que pagarla. No sé si el clima es aun más seco que al comienzo del siglo pasado, pero Berthelot y su compañero dicen que allí había varios buenos manantiales que, incluso en julio, el mes más seco, eran de agua fresca y clara, pero que los habitantes los habían dejado perderse, por no tomarse la molestia de aprovechar el agua para riegos o para usos domésticos.

Tanto Fuerteventura como la isla más próxima, Lanzarote, ofrecen un claro aspecto africano por el extendido empleo de camellos para locomoción y carga, siendo los burros comparativamente menos corrientes y más difíciles de conseguir, de modo que

la comunicación entre los pueblos se hace, casi exclusivamente, en camello.

Lanzarote recibió su nombre por corrupción del de un genovés, Lancelot de Malvoisel. En el viejo mapa de los Medici, aparece señalada la isla con el escudo de armas de la ciudad de Génova, para indicar que le pertenecía.

Aunque no está tan próxima al continente africano como Fuerteventura, distando unos cien kilómetros de Cabo Juby, la isla es muy africana, recordando al Sahara por el aspecto de muchos lugares, por los camellos, por las vastas extensiones de arenas pardas, y por su escasa vegetación.

Lanzarote es casi la isla más volcánica de todas; en ella se abrieron no menos de veinticinco nuevos cráteres entre 1730 y 1737. Por eso, no es de extrañar la alarma de los habitantes cuando, durante el verano de 1824, observaron nuevos síntomas de erupción. En una serie de cartas escritas por don Agustín Cabrera, habitante de la isla, se contiene un excelente relato de lo ocurrido: En la madrugada del 1 de julio de 1824, un ligero movimiento sísmico precedió a la repentina aparición de un nuevo cráter próximo a Tao, en el centro de un llano. El cráter, que al principio parecía una gran brecha, emitía llu-

vias de arena y de rojas piedras incandescentes, causando importantes destrozos en las cercanías y arrasando algunos de los más valiosos estanques. Se llegó a temer la destrucción de Tiagua, aunque estaba a bastante distancia, porque comenzó a humear una *montañeta* próxima. Cuenta el escritor que el 16 de septiembre, después de las seis de la tarde, cesó la lluvia de arenas ardientes, pero brotó una densa columna de humo, con gran estruendo audible en varios kilómetros a la redonda, y de la *montañeta*, que al principio sólo humeaba, surgió un torrente de agua hirviendo. "Ayer —decía el comunicante—, después de que todo había estado comparativamente tranquilo durante algún tiempo, se oyó un fuerte ruido, y brotaron torrentes de agua hirviendo. A veces, surge un humo denso que desaparece, y brota nuevamente el agua". Al escribir en octubre, da una información más gráfica y más alarmante sobre lo ocurrido el 29 de septiembre, cuando el volcán rompió la capa de lava de 1730 y corrió hasta el mar un río en llamas. Un recio fragor, como un trueno, se mantenía sin cesar, impidiendo el sueño incluso a muchos kilómetros de distancia. No extraña que temieran una repetición de los desastres de 1730-37 porque, en dos meses, se habían abierto dos nuevos

cráteres. Otra carta, ésta del 18 de octubre, dice: "Sin duda, hay un horno bajo nuestros pies. Durante doce días, el volcán parecía muerto, aunque frecuentes temblores de tierra nos advertían de que no era así, y, en efecto, ayer resquebrajó una capa de lava, en el centro de un gran llano, lanzando al aire una columna de agua hirviendo de 45 metros de alto". También dice que, durante varios días, el calor era sofocante, y que los marinos apenas podían vislumbrar la isla, debido a la densa niebla.

La isla ha atraído el máximo interés de los geólogos, y M. Buch, Webb y Berthelot pasaron en ella muchas semanas, entre 1820 y 1838. Ahora, son pocos los viajeros que llegan allí porque no hay puerto ni muelle, y es preciso desembarcar en lanchas desde los barcos fondeados.

La pequeña isla de Graciosa, que sólo tiene 9 kilómetros de largo y 2 de ancho, y que está separada de Lanzarote por el angosto estrecho de El Río, es un alargado trozo de arena cubierto de conchas; pero sus tres conos principales son volcánicos, denunciando el origen de la isla. Después de las lluvias otoñales, la arena se cubre de plantas herbáceas por lo que, antiguamente, los habitantes de Lanzarote llevaban allí su ganado para pacer.



Montaña Clara, poco más que una peña de 90 metros de alto, está al norte de la Graciosa. Y Alegranza, así bautizada por Bethencourt porque fue el primer suelo que pisó en las islas, está aun más al norte, siendo, en realidad, la primera isla del archipiélago que se encuentra cuando se llega desde Europa, por lo que tiene un faro. La posesión de la isla fue motivo de disputa en el pasado, debido al valor de las plumas de un ave nativa, el guincho (*Larus marinus*), casi tan valiosas como las del ganso del norte; también había allí gran número de avefrías, que eran saladas y exportadas, y, ahora, también se sala pescado en algunas estaciones. La mayor parte de la isla está ocupada por un cráter de considerable extensión, de modo que el diminuto islote no es más que su caldera.

El Hierro es el extremo suroccidental del archipiélago y, durante varios siglos, fue, probablemente, considerado por los navegantes como el punto más occidental, en el límite de lo desconocido. El nombre es una corrupción española de la palabra *heres* que, en el idioma de los aborígenes *Ben-bachir* —nombre que, a su vez, se cambió por *Bombachos*— significa un pequeño depósito o estanque para contener el agua de lluvia. Como la isla depende, casi exclusiva-

mente, de la lluvia, estos estanques eran muy valiosos para los naturales, tanto que viejos documentos dicen que un here era algo mucho más valioso que la tierra para la vida de una familia.

La teoría de que la isla se llamó Hierro por la existencia de este metal en ella, carece de crédito porque los viejos cronistas señalaron claramente que, cuando la atacó Bethencourt, los nativos estaban armados con lanzas que *no* tenían puntas de hierro, añadiendo que el único hierro que estos naturales conocieron fue el de las cadenas de sus opresores, que parecen haberlos tratado con gran crueldad.

La mucha humedad del aire y la gran cantidad de terreno boscoso que la atraen, permite la crianza de ganado lanar, que vive de los buenos pastos. Su única agua es la contenida en las hojas de las hierbas, saturadas de humedad, siendo su único forraje hojas, e incluso raíces, de gamones, así como hojas de higueras y de morales. El Hierro es especialmente famoso por sus higos, que son los mejores de las islas, y de cultivo extremadamente económico. Un solo árbol puede dar hasta 400 libras de fruto. Las fuentes más conocidas son la de Los Llanillos, que da la mejor agua potable de la isla, porque está siempre clara y fresca, y la de Sabinosa. Esta es caliente,

huele a sulfuroso, y tiene sabor amargo y propiedades medicinales. Uno de los capellanes de Bethencourt aseguraba que era muy buena: "Cuando se ha comido hasta no poder más, bebes un vaso de esta agua y, al cabo de una hora, ya se ha digerido toda la carne, y sientes tanta hambre como antes de empezar, pudiendo comenzar de nuevo."

No hay puerto, de modo que el lugar de desembarco es una caletilla resguardada por montones de rocas, y la pequeña capital, Valverde, está a unas dos horas de camino. Como no se dispone, prácticamente, de alojamiento alguno, se recomienda que los que vayan a conocer la isla se provean de tiendas de campaña. Se dice que la vegetación es de gran interés para los botánicos que son, al parecer, los únicos que visitan la isla.

## XIV

### BOSQUEJO HISTÓRICO

Pocas personas se han preocupado por conocer algo de la historia de las islas Afortunadas —nombre por el que parecen haber sido conocidas las siete canarias desde la más remota antigüedad— hasta que se han propuesto visitarlas. Aparte del hecho de saber que son españolas, retazo de información que procede, quizá, de los días escolares, no se han complicado la vida con este asunto, y yo he observado una mirada de sorpresa en el rostro de una dama inglesa al oír que un español mencionaba un hecho que, probablemente, databa “de antes de la Conquista, hace unos cinco siglos”, por creer que “la Conquista” no podía ser otra que la Conquista inglesa, en lugar de la de las Canarias por los españoles, en el siglo XV.

La razón de que queden tan pocos documentos auténticos de la antigua historia de las islas se debe, posiblemente, a que, aunque sólo están a 80 o 100 millas de la costa africana, se encontraban en el límite extremo del mundo antiguo. Las diversas teorías de si en ellas residía el Jardín de las Hespérides o Jardín de Atlas, rey de Mauritania, donde un dragón guardaba la manzana de oro —siendo el Teide el mitológico Monte Atlas— o la de que son, simplemente, restos del sumergido continente de la Atlántida, no pueden ser tenidas en cuenta; pero es casi seguro que no fueron totalmente desconocidas por los antiguos. El hecho de que Homero mencione una isla “más allá de las columnas de Hércules”, como se conocía el estrecho de Gibraltar, ha dado lugar a la introducción de una representación de dichas columnas en el escudo de una de las islas, con un lema que dice: *océano*, aunque el escudo más correcto parece ser el que tiene las siete islas con dos canes soportes (en recuerdo de los dos perros que llevaron al rey Juba, alrededor del año 50 a. C., cuando envió unos barcos desde Mauritania para explorar las islas) a ambos lados del escudo en el que figuran las siete islas. Herodoto, en su descripción de las tierras de más allá de Libia, dice que “el

mundo termina donde el mar deja de ser navegable, en el lugar donde están los jardines de las Hespérides, donde Atlas soporta el cielo en una montaña tan cónica como un cilindro". Herodoto dice que "Júpiter envió unos héroes muertos al final del mundo, a las islas Afortunadas que están en medio del océano". Sin duda, es allí donde los romanos descubrieron las islas Afortunadas, *Insulae Fortunatae*, nombre que se les aplica desde entonces.

Plinio, al escribir sobre las islas, cita la narración de Juba, quien decía que las islas estaban situadas en el último extremo del mundo, y perpetuamente cubiertas de fuego.

Es una pena que los españoles, cuando las conquistaron, no se preocuparan por conservar algunos antiguos recuerdos porque, como los nativos no sabían escribir, se perdió cualquier tradición verbal que se hubiera transmitido de generación en generación. Por esta razón, se sabe muy poco sobre lo que puede haber ocurrido en las islas durante la Edad Media, aunque aparecen mencionadas por un geógrafo árabe, de principios del siglo XII, que escribió sobre "la isla de los hermanos magos, Cheram y Clerham, de la que, durante los días claros, podía verse el humo desde la costa africana". Varias nacio-

nes europeas, habiendo conocido algunas leyendas sobre las islas de más allá del mar, parecen haber hecho intentos de conquista. No se conoce la suerte corrida por la expedición genovesa de 1291 y, aunque los franceses dicen haberlas "descubierto" en 1330, fueron los portugueses quienes se adelantaron a este descubrimiento y, unos cuantos años más tarde, enviaron una expedición para conquistarlas. No tuvieron éxito, siendo rechazados por los habitantes de La Gomera y, aunque hicieron un nuevo intento, tampoco obtuvieron buen resultado.

Sin duda, la relativa paz que reinó en el archipiélago durante largo tiempo se debió al hecho de que Europa estaba demasiado ocupada en guerras civiles y cruzadas, como para explorar y conquistar tierras lejanas; pero, durante el siglo XIV, un noble francés de ascendencia española fue nombrado por el Papa "rey de las islas Afortunadas" encomendándole su cristianización del mejor modo posible. Nada parece haber acontecido a propósito de aquellas instrucciones, aunque es seguro el envío de algunos misioneros a Gran Canaria.

La conquista de las islas costó a los españoles cerca de un siglo de esfuerzos, pues sabemos que Jean de Bethencourt (apellido éste muy extendido en

las islas) fletó un barco, en 1402, con el fin de conquistarlas y establecerse en ellas. Lanzarote fue ocupada pacíficamente, pero el invasor fue rechazado en Fuerteventura. El rey Enrique de Castilla envió refuerzos con la condición de que el archipiélago fuese conquistado en su nombre, y Bethencourt fue nombrado Señor de cuatro de las islas. Pronto quedaron bajo su dominio las cuatro más pequeñas: Fuerteventura, La Gomera, Lanzarote y El Hierro. La conquista de las mayores, Gran Canaria, Tenerife y La Palma, quedó abandonada durante algún tiempo por estimarse necesario un mayor empeño, y porque los invasores estaban siendo vigorosamente detenidos y tenían escasas fuerzas. Bethencourt no sobrevivió para verlas dominadas, y su sobrino vendió sus derechos a los portugueses, que complicaron más las cosas. Hasta 1464, no se tomó la determinación de volver al ataque, aunque las tropas españolas habían hecho un intento de conquistar La Palma diez años antes.

El Señor de La Gomera, Diego de Herrera, protagonizó los ataques más decididos en 1464, comenzando sin éxito en Canaria: pero, en el mismo año, reunió nuevamente sus fuerzas y atacó Tenerife, desembarcando en lo que hoy es Santa Cruz. Don



Diego, que había sido rechazado por los canarios, envió a su yerno, Diego de Silva, para contraatacar. Este no tuvo mejor suerte y, al serle cortada la retirada, ofreció rendirse, pero no consiguió que se le diera cuartel. Mediante una estratagema, secuestró un rehén canario y pidió paso libre hasta su barco, siéndole concedido. Como recelaba de la sinceridad de los canarios, se sintió tan feliz por haber escapado con vida que, cuando llegaron a su barco, él y todos los suyos alzaron sus brazos y prometieron no volver a luchar contra los canarios, promesa que Silva cumplió siempre, a pesar de la indignación de Herrera. Algunos de sus hombres quebrantaron su compromiso y se unieron a las fuerzas de Herrera atacando de nuevo. Cuando fueron nuevamente apresados por los nativos, en lugar de ser condenados a muerte lo fueron a perpetuos trabajos forzados, porque una ejecución era demasiado honrosa para tan viles individuos. Fueron liberados unos años más tarde, porque Diego logró pactar con los canarios, pero aun no fue conquistada la isla, que continuaba ofreciendo una fuerte resistencia, aunque los españoles ya estaban decididos a no dejar escapar su presa. Llegaron refuerzos de España, y un pequeño contingente de caballería aterrorizó a los nativos. Aunque los por-

tugueses intervinieron en ayuda de los canarios, los españoles consiguieron avanzar por la isla en 1478, durante el reinado de Fernando V de Castilla.

Después de muchos ataques infructuosos desde las otras islas, correspondió a don Alonso de Lugo la suerte de completar la obra de Jean de Bethencourt. "Lugo, conquistador y, más adelante, gobernador de las Canarias, fue un noble gallego que se había distinguido contra los moros en la conquista de Granada, y había sido recompensado con el valle de Agaete, en pago de sus servicios. Una vez allí, concibió la idea de conquistar Tenerife y La Palma, reconociendo sus costas y estudiando sus posibilidades geográficas."

Ayudado por los habitantes de La Gomera, que se habían habituado al papel de conquistadores, Lugo, realizó, en 1491, un desesperado, aunque fallido, intento de conquista de La Palma, que había disfrutado de una relativa paz durante más de medio siglo. Hasta 1492, después de meses de esforzada lucha, no logró dominar la isla, uniéndola a los dominios de España.

Un año más tarde, fijó su atención en Tenerife y desembarcó en Añaza (Santa Cruz). Confiaba en que podrían favorecerle ciertas discordias entre los guan-

ches pero, después de que un gran número de sus hombres perdió la vida en La Matanza, se vio obligado a retirarse y, al cabo de un año de lucha, abandonó la isla, en espera de la llegada de nuevos refuerzos. Antes de terminar el año, reanudó el ataque, encontrando una desesperada resistencia en La Laguna. Aunque los guanches contuvieron con éxito a los invasores en la costa, se desmoralizaron al perder a varios de sus jefes, y comenzaron a pelearse entre sí. No es posible saber cuánto habrían podido resistir aun, pues parece que la Providencia se puso de parte de los españoles.

Entre los guanches se propagó la enfermedad conocida como *modorra*, posiblemente una variedad de tifus. Viejos cronistas describen esta enfermedad como de lo más maligno y misterioso, siendo espantosos sus efectos entre los nativos. Los españoles permanecieron inmunes, pero yo me imagino que no dejarían de tener escrúpulos de conciencia al contemplar la horrible aniquilación de sus enemigos, que parecían atacados de una desesperanzada melancolía. Perdido todo desco de seguir viviendo, vagaban sin rumbo en grupos desorganizados, o se tendían en las cuevas para esperar la muerte. Un autor dice: "Incluso hoy, se encuentran, ocasionalmente, algunos

de estos retiros; pequeños montones de huesos o esqueletos sentados marcan los lugares donde las víctimas se dejaron caer para no levantarse más. Se dice que unos españoles que hacían una descubierta, camino de La Laguna, encontraron una mujer solitaria sentada en la montaña de Taco junto a una cueva, y que les hizo señas con la mano pidiéndoles que entraran y ocuparan aquel osario donde no quedaba nadie que pudiera resistirse.”

Parece que Lugo atravesó la zona afectada por la modorra, pero encontró resistencia en el valle de La Orotava, donde el mencey de Taoro avanzó a su encuentro mandando considerables fuerzas. En La Victoria, tuvo lugar otro sangriento choque, y los invasores hubieron de retirarse una vez más. Aun duraba la epidemia de modorra y, en 1496, los lugares donde hoy se sitúan los Realejos, Alto y Bajo, en el valle de La Orotava, fueron el escenario de la capitulación final de los guanches, abatidos por la enfermedad y la larga lucha.

No sorprende que otras naciones mirasen más bien con recelo la nueva posesión española y, tanto los vecinos portugueses como los moros, hicieron uno o dos débiles intentos de reclamación.

Tampoco Inglaterra dejó de atacar varias veces las islas. Una frustrada expedición, al mando de Sir Francis Drake, fue rechazada en Las Palmas en 1595, y, unos sesenta años más tarde, Sir Robert Blake, al mando de treinta y seis navíos, atacó Santa Cruz de Tenerife pero, además de destruir unos fuertes y los buques que había en el puerto, hundiendo algun valioso cargamento de los galeones, no consiguió mucho. Los ingleses turbaron, una vez más, la paz de los isleños en 1743, pero el ataque del almirante Nelson, en 1797, es el único de verdadero interés para los ingleses, por el hecho de que fue, posiblemente, la única derrota de Nelson, y de que allí fue donde perdió su brazo. En dos vitrinas de la iglesia de la Concepción, siguen conservándose cuidadosamente dos banderas de Nelson que llaman mucho la atención de los turistas británicos. Al almirante Jervis, que estaba asediando Cádiz, le llegó la noticia de la arribada a Santa Cruz de un galeón cargando un tesoro e, inmediatamente, ordenó al vicealmirante Nelson, que mandaba una flota con 1.500 hombres y 393 cañones, que acudiera a Tenerife para cobrar la codiciada presa. El 20 de julio de 1797, las autoridades tinerfeñas fueron formalmente conminadas a entregar el tesoro, pero rechazaron el ultimátum. Al

parecer, la ciudad estaba bien guarnecida, y Nelson, entorpecido por un viento desfavorable, hizo inútiles esfuerzos por desembarcar y desalojar a los defensores de sus fuertes. 700 hombres, protegidos por la oscuridad, lograron aproximarse al muelle sin ser descubiertos por el enemigo, pero éste abrió repentinamente fuego, hundiendo varias lanchas de desembarco. Aun no había puesto Nelson pie en el muelle cuando le arrancaron el brazo de un cañonazo. Incapacitado por el dolor y la pérdida de sangre, regresó inmediatamente a su navío, pero su primer pensamiento fue para los hombres que había dejado atrás, ordenando que su lancha volviese a tierra, para auxiliarlos. Los hombres que habían logrado ocupar el muelle, animados por una retirada del enemigo y empuñando sus armas, hicieron un denodado intento de ataque a la ciudad. Sus contrarios eran demasiado numerosos para su valeroso grupo, y los cañones del castillo de San Cristóbal mataron a casi todos sus oficiales e hirieron al resto, por lo que los supervivientes se retiraron en buen orden, después de haber mantenido su posición del muelle durante casi toda la noche. Debido a la oscuridad, un contingente al mando del capitán Trowbridge se separó de los demás, quedándose eventual-

mente aislado al otro lado de la población y ocupando el antiguo convento de Santo Domingo. Al dar por seguro que las fuerzas de Nelson se mantenían en el muelle, avanzó hacia allá para unirse a ellas pero, cuando estaba exigiendo la rendición del castillo, cayó en la cuenta de que la victoria se había inclinado a favor de sus enemigos. Ante esta situación, y viendo que no había posibilidad alguna favorable, pidió que se le permitiese abandonar la ciudad con sus armas, prometiendo no atacar parte alguna de las islas, pero advirtiéndole que, si no se aceptaba su petición, incendiaría y saquearía la ciudad. Es históricamente bien conocida la cortesía con que los españoles trataron a su enemigo, una vez acordados los términos de la retirada. Los heridos fueron cuidadosamente atendidos, y se permitió que los atacantes adquiriesen provisiones, intercambiándose regalos entre el almirante inglés y don Antonio Gutiérrez, comandante general de Canarias. Se dice que la primera carta que escribió Nelson con su mano izquierda fue para agradecer al general español las atenciones prodigadas a sus heridos.

Después del ataque de Nelson, las Canarias parecen haber quedado, sin disputa, en posesión de España. Fueron declaradas provincia de La Madre

Patria, con capitalidad en Santa Cruz de Tenerife, sede del Gobierno, con disgusto de las otras islas. Los realmente interesados por la historia de la Conquista de las islas encontrarán muchas obras escritas, en su mayor parte, en español, en la gran biblioteca pública de La Laguna.





## ILUSTRACIONES

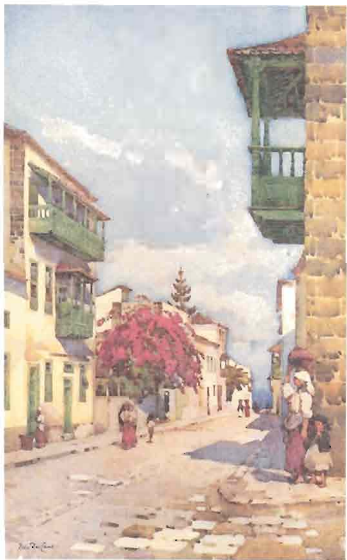
UN PATIO.



ALMENDROS EN FLOR.

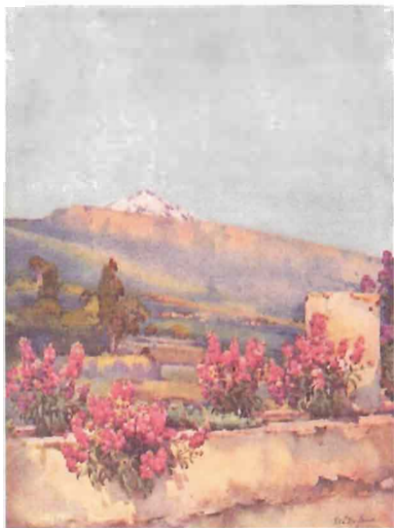


UNA CALLE DEL PUERTO DE LA OROTAVA.

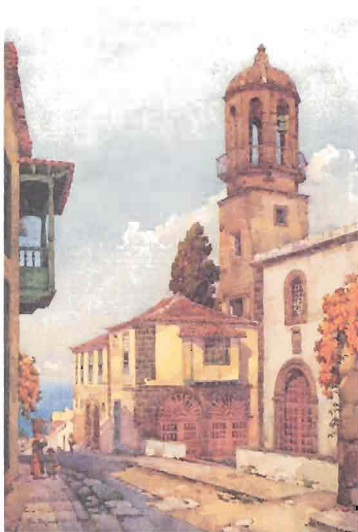




EL PICO, DESDE LA OROTAVA.



SANTO DOMINGO. LA OROTAVA.



REALEJO ALTO.



ENTRADA A UNA VILLA ESPAÑOLA.





PUERTO DE LA ORÓTAVA.

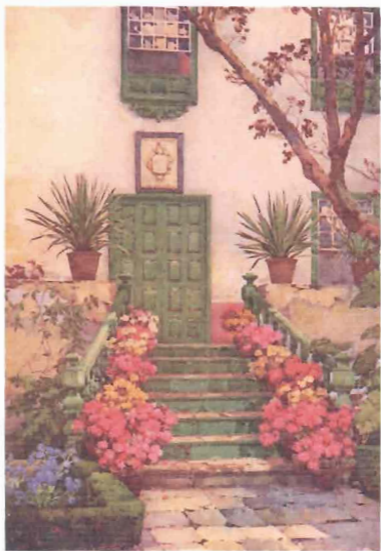


STATICES Y ORGULLO DE TENERIFE.



LA PAZ

XX



JARDÍN BOTÁNICO. LA OROTAVA.





EL SITIO DEL PARDO.



CONVENTO DE SAN AGUSTÍN. ICOD DE LOS VINOS.



LAS PALMAS.



UN BALCÓN ANTIGUO.





CARRO CARGADO DE PLÁTANOS.



UNA VIEJA CANCELA.



PINO CANARIO.

XXXVI



SAN SEBASTIÁN.

XXXVIII





UN JARDÍN ESPAÑOL.



SKETCH MAP OF THE  
CANARY ISLANDS



Se acabó de imprimir  
el día 10 de mayo de 1993,  
en los talleres de  
**MARIAR, S. A.**  
de Madrid.

LAS  
ISLAS  
CANARIAS



DU•CAN



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES  
GOBIERNO DE CANARIAS



9 788479 470401

**BIG**  
**908.64**  
**DUC**  
**isl**

